
3 1761 09544664 7





VIDA Y OBRA
DE
ANGEL GANIVET

VIDA Y OBRA
DE
ANGEL GANIVET

POR

Melchor Fernández Almagro



EDITORIAL SEMPERE
MARTÍ, C C • VALENCIA
(Printed in Spain)

Talleres Tipográficos «Minerva», Luis Morote, 51.—Valencia.

*A la memoria
de mi padre.*

PROPÓSITO

Voy a intentar un estudio de la vida y de la obra de Angel Ganivet. Pienso que el infatigable —y a la postre fatigado—creador de Pío Cid significa en la perspectiva de nuestras letras contemporáneas un interesante punto de referencia. «Ganivet ha sido un precursor—escribía en 1903 la Redacción de *Helios*—; nosotros, los recién llegados a justas de belleza, debemos no poco a la impulsión de aquel que compuso *Granada la bella*.» Precisamente, el mismo año, otro grupo de escritores, entre los que se contaban los más representativos de la llamada «generación de 1898», consagraba a la memoria de Angel Ganivet una velada en el Ateneo de Madrid.

Atenuado un tanto el fervor de la iniciación, el culto a Ganivet ha ido parando en rituario y formal. Pero todavía, de vez en vez, su cualidad de antecedente es corroborada de modo auténtico. «Nuestro predecesor inmediato», le ha llamado Ramiro de Maeztu. «Glorioso precursor, antorcha del Fin de siglo y de Granada», escribía, no ha mucho, Eugenio d'Ors.

La especial consideración en que se ha tenido a Ganivet, se nos muestra, inequívoca, bajo toda suerte de exteriorizaciones: lápidas y monumentos, estudios, veladas y conferencias. Las alusiones que a sus puntos de vista hallamos en periódicos, revistas y libros de diversa índole, son frecuentes. Mas si para trazar el perfil de tan singular espíritu no contásemos con colaboración distinta a la de sus escoliastas y glosadores, muy difícil nos fuera el logro de un mínimum de provecho. Presentan unos a Ganivet como paladín tenaz de la tradición española. Otros, como debelador inexorable de los grandes principios. Los de acá, como educador de considerable poder formativo. Los de allá, como una corrosiva lección de escepticismo y de hastío. Probablemente yerran todos, por querer representar en una sola expresión la ideología y el temperamento de un hombre típicamente ondulante y asistemático, que se debatió siempre entre solicitaciones contradictorias, incapaces, por lo mismo, de saciar sed tan vehemente: sed de una verdad superior.

Las gentes se han acostumbrado ya a conocer a Angel Ganivet de segunda o tercera mano, a través de frases sueltas, de párrafos mutilados, de alguna paradoja más o menos hábilmente desengarzada, a fin de servir esta o aquella tesis. Todo lo cual denota, sin duda, que Angel Ganivet es más admirado que conocido: fenómeno no ciertamente insólito entre nosotros.

En un rapto de hiperbólico entusiasmo, escri-

bió un día Navarro Ledesma: «Más tarde o más temprano, como a Cervantes, le llegará a Ganivet la hora de la justicia». Pero puede asegurarse—me parece—que la hora de la justicia, en el sentido de pública glorificación que para Ganivet pedía su fervoroso evangelista, no tardó en sonar, y con intensidad varia ha persistido su vibración hasta el presente. Mejor dijérase que es la hora del estudio objetivo y sereno, de la crítica, la que precisa señalarse ya.

No cometamos la ligereza de culpar sólo a los ganivetistas de la atmósfera ofuscante e indirecta en que flota, más espectral que real, la patética memoria del malogrado escritor, convertido hoy —es preciso repetirlo—en punto menos que una superstición. Contornear con nitidez la obra de Ganivet, discernir lo vivo de lo muerto, ha sido tarea a la que tampoco han contribuído los disidentes, que asímismo los ha habido, siquiera en corto número. El más conspicuo entre ellos, José Ortega y Gasset, se ha limitado a formular incidentalmente, y con aire desdeñoso, su discrepancia (1). «De Ganivet—ha dicho—tengo una opinión muy distinta de la común entre los jóvenes;

(1) *Algunas notas.* Artículo publicado en *Faro.* Madrid, 9 de Agosto de 1908.—Con posterioridad se hallan en el señor Ortega y Gasset nuevas alusiones a Ganivet, que no modifican esencialmente el juicio transcrito. Véase *Personas, obras, cosas...* Madrid, 1916. Página 268.—*El Espectador.* Tomo I. Madrid, 1917. Págs. 129-30.

pero que me callo, por no desentonar inútilmente.»

Yo quiero, pues, acercarme al prestigioso fantasma para contrastar la fe con el conocimiento. Pondré en orden unos cuantos datos biográficos y trataré de destacar, en cuanto a la obra de nuestro autor, las líneas más significativas. En la seguridad, claro está, de no haber agotado cuantas sugestiones laten en aquélla. Mas quizá no sea del todo inútil mi trabajo para quien, tiempo adelante, guste de emprender labor de más alto porte.

Cúmpleme declarar en esta confesión de mi propósito, que nada, o muy poco, hallará el lector en las páginas que siguen respecto a la tragedia de amor que, según suele afirmarse, llevó a Ganivet hasta el suicidio. Fácil sería, de seguro, reconstruir esa tragedia, si las fuentes de información con que se cuenta fuesen accesibles como son caudalosas. Ganivet era expansivo y cultivó con profusión la confidencia epistolar. Aparte de que aun vive la mujer que jugó el papel decisivo. Pero ¿cómo había de ser delicado y lícito forzarla a la revelación de intimidades? Navarro Ledesma, como es sabido, no acabó de publicar las cartas que de su amigo recibiera. Y las que conserva el otro gran camarada de Ganivet, Nicolás María López, escritor granadino, están del todo vedadas al investigador. Confieso que no me duelen estas trabas para penetrar en el secreto sentimental de nuestro autor, recatado

con celo entre plieguecillos de papel que palidecen en piadosas gavetas. Tengo una idea casi religiosa del respeto que se debe a las idas y venidas del corazón ajeno. Y en último término: estas historietas que componen a medias el amor y la lujuria suelen ser iguales en todos los casos. Sin olvidar que en el suicidio de Angel Ganivet hay seguramente algo más hondo que un desengaño promovido por mano de mujer. Acaso una decepción universal, estimulada por cierto imperativo patológico. Pero ello se verá en lugar oportuno.

I

LA TRAZA FÍSICA

¿Cómo era físicamente Angel Ganivet? A Navarro Ledesma, a Nicolás María López, a Rodrigo Soriano, a Román Salamero y a Almagro San Martín debemos sendos y puntuales retratos de Angel Ganivet. Como es natural, todos coinciden al describirle en su aspecto exterior. Pero discrepan, y aun se contradicen, cuando pretenden dar a los meros rasgos físicos una valoración estética o una significación psicológica. Llegamos a saber, desde luego, que Ganivet era un hombre de aventajada estatura, largo de brazos y piernas, ancho de pecho, los ojos claros y brillantes, la frente alta y serena, la mandíbula inferior de acusado prognatismo, los labios, carnosos, de reposada comisura; el pelo, espeso y crecido...

El retrato de Angel Ganivet, así compuesto, se afirma y se completa cuando lo confrontamos con el que él mismo se trazó pintando a Pío Cid, su *alter ego:* «Sobre la blancura de las ropas del lecho—escribe—y de la camisa de dormir, resaltaba con vigor su cabeza, más bien grande que

pequeña, poblada de cabello muy obscuro, largo, que casi le llegaba a los hombros, formando juntamente con la espesa y descuidada barba, que le cubría parte del pecho, un marco en el que se ocultaba el rostro en parte. Sólo quedaba descubierta la frente, anchísima, y debajo de las salientes órbitas, los ojos penetrantes y duros, cuya mirada estaba sostenida por la expresión punzante de la nariz, correcta, fina y afilada como una lezna».

Pero esta enumeración de rasgos físicos, que las imágenes fotográficas comprueban, no son suficientes para darnos en conjunto la cabal idea que buscamos: la impresión moral y estética de Angel Ganivet. Así, seguimos preguntándonos: ¿Era nuestro hombre resueltamente feo, o realizaba cierto tipo de masculina belleza? ¿Atraía por la sola acción de su presencia, o repelía más bien? Los textos antes aducidos se contradicen. Según Nicolás María López, Ganivet era feo, desagradable y predisponía mal. «Para tenerle cariño y gustar de su trato—afirma—es menester ser un poco benévolo y algo despreocupado.» En el pelo abundoso y desordenado que, por lo visto, cubría su ancha testa, pudo ver, en visión favorable de amigo, la melena desenfadada de un espíritu independiente. Pero no: ve una «pelambrera gitanesca». La fría mirada de sus ojos claros le recuerda la del saurio. La facha se le antoja desgarbada, y los movimientos, aturdidos. Presentado Ganivet a don Francisco A. de Icaza—nos

cuenta López—, el ilustre diplomático y poeta mejicano no pudo ocultar el mal efecto que aquel hombre, desaliñado y brusco, le causara. Mas no concedamos a la anécdota demasiado alcance, porque el señor Icaza ha contado luego, con su gracejo peculiar, que todo el mal humor que en tal escena pudo advertírsele, provenía de la intempestiva hora en que a Nicolás María López se le ocurrió llevar a Ganivet a su casa: a las tres de la madrugada. Ganivet, muchacho obscuro a la sazón, ganó desde un principio la simpatía de Icaza, quien descubrió en él algo o mucho de hombre extraordinario. Y quedó iniciada una amistad que llegó a ser muy efusiva.

El encanto personal de Ganivet ha sido definido muy devotamente por Navarro Ledesma. Ganivet, según éste, se mostraba lleno de sugestión. En su ademán había imperio y prestancia; en la cabeza, autoridad y proporción; en los andares, movimientos y posturas, naturalidad absoluta, desembarazo e independencia, alegría y soltura. Al trasladarse Ganivet de Flandes a Finlandia, «adquirió—asegura Navarro Ledesma—no sé qué expresión misteriosa, vaga y profética, ennobleciéndole y transfigurándole hasta llegar a una de las más espirituales bellezas que varón alguno haya alcanzado».

¿Hiperbólicas estas frases? Sin duda. Todo el discurso necrológico que Navarro Ledesma consagrara a su amigo, vibra de apasionado amor. Ganivet no era tan feo y repulsivo como

López nos lo presenta. Pero tampoco tan bello como Navarro Ledesma quiere. Los dos, de seguro, aciertan a medias. Y así, el retrato de Almagro San Martín aparece como más exacto, en cuanto busca el término medio. En él vemos a un Ganivet «grave y deslavazado, muy velloso, un tanto patizambo, algo encorvado; la cabeza, enorme y greñuda. Llevaba un principio de melena romántica, que acordaba a maravilla con la larga barba negrísima y la dulzura de los ojos, a veces iluminados por ráfagas de alegría bonachona e infantil. La expresión de su rostro era serena y franca; vestía modestamente, a la manera provinciana, tocándose con negro chambergo».

Román Salamero no ofrece datos distintos, y en cuanto a Soriano, tan coincidente es su retrato con el de Nicolás María López, que incluso llega a utilizar, literalmente, las mismas palabras y giros. Pudiendo pensarse, en definitiva, que era exacta la analogía apuntada por cierta muchacha finlandesa al definir a Ganivet, según él mismo cuenta, como «una mezcla rara de moro y sacerdote egipcio».

El propio Ganivet creíase, indudablemente, en la posesión del «inexplicable e imperioso influjo» que le asigna Navarro Ledesma. Refiriéndose a Pío Cid, escribe: «Notábase en él un *poder misterioso*, semejante al que los dioses paganos mostraban en sus tratos con las criaturas, mezcla de

energía y de abandono, de virtud y de perversión, de serenidad y de burla...». Y este prurito de sentirse dominador se nos evidencia de modo elocuente en anécdotas que ya se contarán y en determinados matices de la obra de nuestro autor, inclinado, por temperamento, al ejercicio de un magisterio, no menos cierto porque lo profesase sin pedantería ni tiesura: al contrario, con graciosa espontaneidad y amable tono familiar. En último término, para la motivación de este ascendiente espiritual, no es indispensable establecer el supuesto previo de la belleza física. Recuérdese—y conste que en la alusión hago las salvedades de rigor—que el hechizo de Sócrates radicaba en su palabra. Con su palabra también adoctrinaba Ganivet a sus amigos, quienes así quedaban cautivos de él. Y con su palabra captaba el corazón de las mujeres. «Seguíanle—oigamos de nuevo a Navarro Ledesma—con aquel instinto sublime con que otras mujeres de otros tiempos siguieron al Redentor y le acompañaron hasta el pie de la Cruz.» ¡Oh, no! Esto ya es demasiado... No es preciso ditirambo tal para que cedamos a la convicción de que Ganivet, en efecto, poseía extraordinaria fortuna en cuanto a catequizaciones de amor... Pero algo nos falta—y muy importante—para que podamos medir el alcance real de las empresas atribuídas. Nos falta la nómina amatoria de nuestro hombre.

Sabemos, sí, que Pío Cid llegó a conquistar una duquesa. Pero ¿y Ganivet?... Ganivet no parece

que pasase de ganar el amor—y de poseerlo en precario—de una mujer sin grandes pretensiones. De no ser por el giro trágico que, al final, tomó el episodio, este lance no diferiría, en principio, de cualquiera de esas historietas que suelen contarse en las sobremesas de las casas de huéspedes. Y en último término: el pretendido conquistador paró en conquistado, en seducido, en víctima realmente.

Antes he aludido a las imágenes fotográficas que de Ganivet se conservan. Conócense tres: en una de ellas, la más antigua, se nos muestra con su muceta de recién licenciado cubriendo el busto: una sotabarba a la marinera encuadra el ancho rostro, regido por unos ojos firmes. En otro de los retratos vemos ya a Ganivet con la barba copiosa y densa que tuvo hasta la muerte. Un cuello de pajarita, una americana abrochada, un aspecto vulgar... Entre unas cuantas fotografías de viajantes de comercio o de notarios rurales, la de Ganivet no suscitaría impresión diversa. Y en el tercero y último retrato, lo hallamos en uno de esos momentos—¡tan humanos!—en que la vanidad de un nuevo cargo nos empuja al estudio de un fotógrafo. Probablemente nuestro autor se hizo este retrato muy a poco de ingresar en la carrera consular. Se peinó aquel día con insólito esmero, se untó de cosmético la forzada cabellera, se recortó la barba, se vistió un frac y apretó su garganta con cuello planchado y solemne corba-

tín... Es éste un Ganivet que traiciona su gesto habitual seguramente, un Ganivet colocado en actitud falsa y violenta.

De la intimidad cotidiana de Ganivet creemos hallar una versión más exacta en el retrato al óleo que con devoto pincel le hiciera un discreto pintor granadino, José Ruiz de Almodóvar, que frecuentó mucho su trato. Fué una tarde, entre la fragancia y los rumores de un carmen. Angel Ganivet, sencillo de indumento y confiado en la actitud, se encontraba, por lo visto, en un momento de plácido reposo. Sus grandes ojos de moro miraban con insistencia sabe Dios qué realidad interior y remota.

II

UN POCO DE GENEALOGÍA

A un distinguido genealogista granadino—antes faltará en una capital de provincia el agua o la luz que un buen genealogista—debemos interesantes datos sobre los antecedentes de familia de Angel Ganivet.

Desde un punto de vista simplemente nobiliario, la genealogía de nuestro autor no tiene, en realidad, valor alguno. Las gotas de sangre azul que su apellido materno—García de Lara—pueda arrastrar, se pierden, bien pronto, en el torrente circulatorio de una familia llana de labradores y molineros. En realidad, Angel Ganivet y García de Lara no es más ni menos noble que la casi totalidad de los españoles. ¿Qué español, en efecto, por humilde que sea, no halla en el fondo de su estirpe el resplandor prestigioso de una hidalguía bien acreditada?

Los datos pacientemente reunidos por el señor Díaz Martín de Cabrera (1)—tal es el nombre del

---

(1) La obra del señor Díaz Martín de Cabrera aparece reseñada en la *Bibliografía* inserta en el Apéndice de este libro.

genealogista aludido—sí nos servirán, al menos, para convencernos de cómo todos los juicios que suelen formularse acerca de la influencia espiritual en un hombre de sus ascendientes, son harto arriesgados. Que el carácter se nos forma mediante la confluencia de elementos que, en gran parte, vienen del suelo en que nacemos y de la sangre que recibimos, es evidente. Pero precisar esta influencia en cada caso, descomponer cualitativa y cuantitativamente los factores de la herencia psicológica, significa, a no dudarlo, una empresa de improbables resultados.

Figúrese el lector que Navarro Ledesma trazó una sinopsis de las prendas espirituales de su amigo, en orden a los principios de troncalidad y de filiación geográfica que las determinaron. Según Navarro Ledesma, al abolengo catalán de la línea paterna debía Ganivet la calma reflexiva y meditabunda, la naturalidad, la llaneza y la simplicidad infantil, la fogosidad interna que le caracterizaba. De los castellanos recibió, a través del apellido García de Lara, el alma calenturienta de los místicos y el ardiente espíritu de los conquistadores. Y mediante la integración de las restantes líneas, tenía de Granada la gracia urbana y elegante en el decir y el amor al agua...

Pues bien: demos por cierto que Ganivet poseía estas cualidades. Pero no vayamos más allá sin alguna precaución. Porque en su casta no hay un solo catalán, y en cuanto a los castellanos, tan lejos quedan en la perspectiva histórica, que,

para aprehenderlos, sería menester saltar por encima de los cuatro siglos que llevan los García de Lara establecidos en Granada.

Y conste que contra estas afirmaciones no valen cualesquiera argumentos, ni aun el testimonio del propio Ganivet, que escribió una vez: «Yo soy catalán candongo, injerto en godo silingo...» (1). El señor Díaz Martín de Cabrera ha andado por registros parroquiales y archivos municipales lo bastante para ofrecernos, íntegramente reconstruída, la genealogía de Ganivet en todas sus líneas.

La creencia en su catalanidad deriva, sin duda, de la divisa que inequívocamente ostenta el sustantivo lemosín que le sirve de apellido. *Ganivet* es voz que en diccionarios catalanes hallaremos como equivalente a *cuchillo*, o mejor, a *cañivete*, palabra castellana arcaica que vale por cuchillo pequeño. Pero no dejemos de advertir que *canivet* es diminutivo francés de *canif*, cortaplumas. Y Canivet es apellido que en las enciclo-

(1) «Tengo sangre de lemosín, árabe, castellano y murciano...». Angel Ganivet: *Hombres del Norte. El porvenir de España.* Madrid, 1905. Pág. 76. Es posible que el autor esté en la obligación de ilustrar cada cita de Angel Ganivet con nota expresiva de la obra a que pertenece, amén de datos puntuales en cuanto a página y edición. Pero convencido de que se haría empachoso tal alarde de exactitud, innecesario en gran parte para el lector, sólo anotará en tal forma circunstanciada las citas que juzgue más importantes.

pedias podemos hallar como llevado por varios franceses más o menos ilustres. (Acaso recuerde el lector que *Canivet* se llamaba un médico de Madame Bovary.)

Es precisamente en Francia, no en Cataluña, donde hay que buscar las raíces de esta familia. Pero es preciso ahondar mucho en el tiempo. Por cierto que, según cuenta *Colombine*, una de las hermanas de Ganivet la aseguró que el primero de este apellido nacido en Granada fué su bisabuelo, «hijo de un general francés que vino a España cuando la guerra de la Independencia, y se quedó prisionero en los ojos de una granadina, con la que se casó, quedándose en Granada». El lector puede darse cuenta, mediante un cálculo sencillísimo, de que es absolutamente imposible que un señor casado después de 1808 tuviera tataranietos no más tarde de cincuenta años (1).

En 1669 se estableció en Cogollos de la Vega de Granada un francés de condición humilde, aunque letrado, procedente de Turena, llamado *Gaignebe* o *Gaynevet*, quien algún tiempo des-

---

(1) Los señores Hurtado y González Palencia, en su reciente *Historia de la Literatura española*, acogen esta versión, si bien algo recelarían de su exactitud, puesto que convierten en bisabuelo al pretendido tatarabuelo de Angel Ganivet. De esta suerte el dato gana en verisimilitud, pero continúa, naturalmente, siendo falso.

pués, en 1677, contrajo matrimonio con una moza del lugar llamada Salvadora Izquierdo del Pozo.

La dificultad que, sin duda, entrañaba para aquella gente rural la transcripción del apellido extranjero, es causa de que no todos los que lo fueron usando a través del tiempo acertasen a escribirlo de igual manera. El hijo del *Gaynevet* o *Gaignebe* primitivo, firma *Gainivete*—de nombre Francisco—al suscribir el acta de sus nupcias, todavía en Cogollos, con Ana de Torres y de Leyva. De este matrimonio nace Pedro *Cañavete* de Torres, padre de Juan *Cañivet* Muelle, natural de Monachil, bisabuelo de nuestro autor. Y *Cañivets* o *Gañivets* son llamados hasta hace poco tiempo los miembros de esta familia, siendo Francisco *Ganivet* Gutiérrez y Francisco *Ganivet* Morcillo, abuelo y padre, respectivamente, de Angel, quienes consolidan el apellido en la forma hoy conocida.

Un rey de armas no sacaría el más mínimo provecho de estas buenas gentes, gentes de campo, que se consagran más tarde a los afanes de un molino harinero. Pero un explorador de almas sí podría conseguir conclusiones de significativa importancia si lograse conocer los caracteres a que corresponden tales nombres de ascendientes. El ya nombrado Francisco Ganivet Gutiérrez —muy aficionado a riñas de gallos—murió de pulmonía traumática, determinada por este suceso: Celebrábase en la noche del 10 de Octu-

bre de 1862 un baile en la Alhambra para festejar a la reina doña Isabel II, de visita en Granada a la sazón. Subían cuesta de Gomérez arriba los coches de las autoridades y de los invitados, cuando uno de aquéllos tuvo la mala suerte de volcar, sin que los esfuerzos de cocheros y transeúntes oficiosos fuesen bastante a levantarle de nuevo. No hizo falta, empero, cabria ni coadyuvante mecánico alguno: Ganivet Gutiérrez se destacó, gustoso, del grupo de curiosos, y «levantando la caja del vehículo la apoyó sobre sus espaldas, dándole empuje hasta colocarla en posición normal sobre las ruedas». El esfuerzo realizado le produjo un vómito de sangre y, tras él, la muerte.

Hermano de este Hércules artesano fué un sujeto conocido de los granadinos de su tiempo por el mote bien expresivo de «tío Cañivete, el *Loco*». Hasta la locura, en efecto, parece que llegaron los alardes de su extraordinario vigor físico. Un día cruzó el Genil llevando en vilo a un burro cargado de sacos de trigo; otro día, para amedrentar a unos cuantos bravucones, tronchó de una puñada un árbol de la Carrera... Hijos del *Loco* fueron el *Tenazas* y el *Seguío*. El *Tenazas* debió de ser un tipo muy curioso. Vagabundo irredimible, se sentía poseído por el alma de San Juan de Dios. Roto y sucio siempre, cubría su pecho con medallas, cruces y escapularios. Comía de limosna y pasaba las noches sobre las escalerillas de la Catedral. Con-

taba que por no perder su virginidad renunció a un matrimonio ventajosísimo. Y, al morir, cubierto de miseria, halláronle entre los harapos una suma de dinero no despreciable.

Su hermano el *Seguío*, tío segundo, como él, de Angel Ganivet, se hizo digno de sobrenombre semejante en atención a su empeño de no apartarse un milímetro del camino que se propusiera recorrer, sin dársele un ardite de los demás transeúntes ni de este o aquel obstáculo que estorbase a su prevista e inquebrantable trayectoria. ¿Es aventurado presumir que estos antecedentes pesarían, de seguro, en el dictamen que un psicopatólogo formulase sobre el *caso* de Angel Ganivet?

El Francisco Ganivet Morcillo, padre de Angel, se perfila en este friso clínico con líneas normales. Fué, a lo que parece, un escogido ejemplar del menestral granadino: trabajador y leal, propicio a la emoción de la belleza lograda por la pintura, afición muy difundida en Granada, hasta el punto de que es raro el granadino que no ha coqueteado con los pinceles. Aprendió el dibujo en la Academia de Bellas Artes que sostenía el Liceo. Sirvió a la Patria, como soldado, en el Regimiento de Lanceros de Lusitania, que guarnecía Burgos. Y a poco de regresar a Granada casó con una muchacha *de su igual:* Angeles García de Lara y Siles, o simplemente Angeles García Siles. Toda la vida de este hombre bueno—que no fué larga—estuvo consagrada

por entero a la familia que él se creara y a la industria que a todos les mantenía. Murió, en 1875, sin poder sospechar que su nombre iba a perpetuarse: los lectores de *Idearium español* saben bien que al frente de este libro escribió la piedad filial una sencilla dedicatoria: «A don Francisco Ganivet Morcillo, artista y soldado».

Homenaje análogo—el más puro que podría soñar—recibió de su hijo doña Angeles García Siles, «granadina amantísima de su ciudad», como reza la dedicatoria de *Granada la bella.*

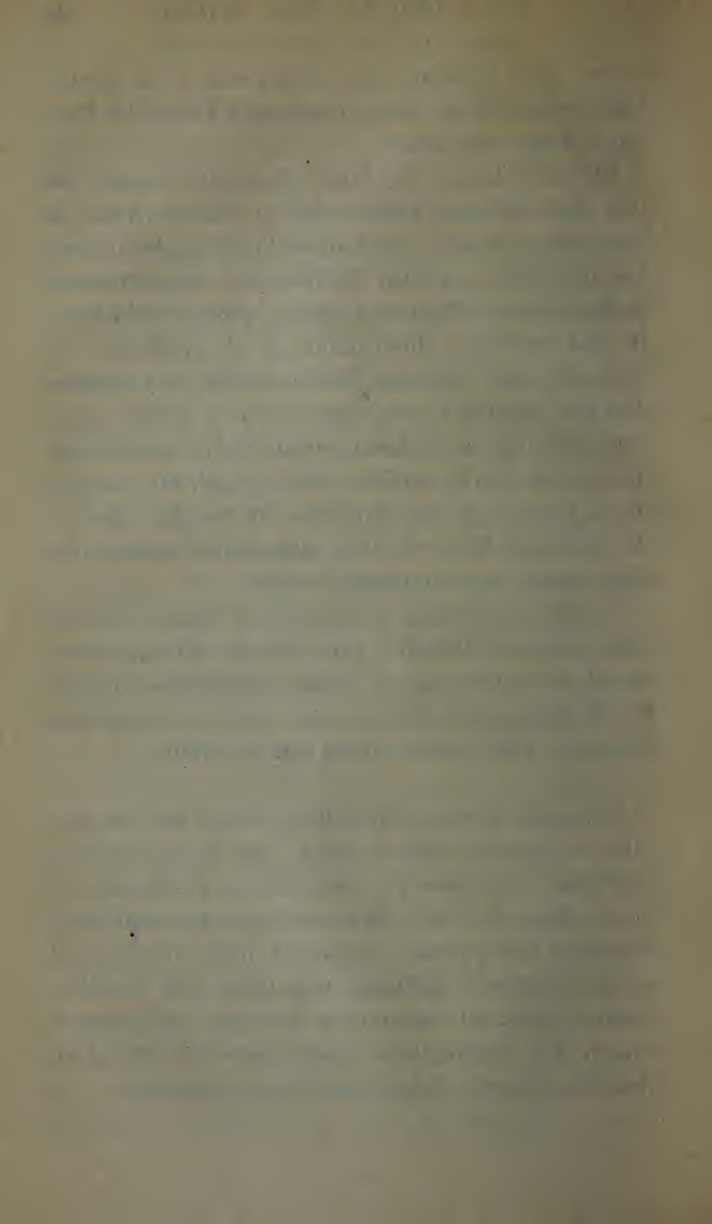
Pertenecía esta señora a una rama trasplantada a tierras de Granada, con ocasión de la Reconquista, del insigne árbol de los García de Lara, el linaje aquél, tan íntimamente ligado a la historia de Castilla, que Salazar y Castro ha estudiado minuciosamente en sus clásicos cinco tomos. La reducción de tan sugestivo apellido al escueto de *García* que la madre de Ganivet y sus ascendientes más inmediatos usaron, ya denota la falta absoluta de humos nobiliarios en esta familia de singular modestia. Nobles de escasa hacienda, por las muestras; avecindados en La Zubia, no tardaron en entroncar con las gentes del pueblo; hecho frecuentísimo en las estirpes que eran relegadas al margen de vinculaciones y mayorazgos. Mas eso que, en un sentido, no hicieran los exiguos bienes, lo harían quizá, en otro, las bastardías. Ello es que son muchas las alcurnias abatidas en la vega de Granada, donde

no es raro toparse con un arriero o un hortelano que se llame nada menos que Pérez del Pulgar o Ponce de León.

El tatarabuelo de Angel Ganivet, esposo de una doña Vicenta Calero, fué el último varón de esta línea que usó, sin mutilarlo, el apellido García de Lara. Su hijo se firmaba, simplemente, García Calero. Pero aun tuvo el obscurecido linaje una postrera ilustración en el Arzobispo de Granada don Salvador María de Reyes y García de Lara, pariente muy alejado ya de Angel Ganivet. Otro García de Lara, en muy otro sentido famoso, fué cierto médico, rico y galante, amigo de la caza y de los caballos, de nombre José y de apodo el *Niño de Oro*, que murió asesinado, muy joven, en un enredo de amor.

El abuelo materno de Ganivet se llamaba Francisco García Hurtado; vivía de un trabajo similar al de su consuegro. Tenía establecido un horno de pan cocer. Era hombre cabal y ordenado. Murió en 1898, meses antes que su nieto.

Francisco Ganivet Morcillo, feligrés de San Cecilio, y Angeles García Siles, que lo era de las Angustias, casaron en esta última parroquia el 10 de Mayo de 1863. Él tenía entonces veintinueve años. Ella apenas contaba veinte. Al año, les nacía el primer vástago: una niña, que fué llamada Josefa. El segundo de los hijos fué nuestro Angel. Los siguientes—hasta tres—se llamaron Natalio, Isabel y Francisco, respectivamente.



III

AÑOS DE NIÑEZ

La casa en que Angel Ganivet nació la mañana del 13 de Noviembre de 1865 es la señalada con el número 13 en la calle de San Pedro Mártir, residencia de su abuelo materno, que en uno de los inmuebles medianeros tenía instalado su horno. Los padres de Ganivet habían constituído su hogar en la calle del Darro, número 3, muy próxima a la antes referida; emplazadas ambas en el barrio de la Virgen, ni antiguo ni moderno, más húmedo que soleado, de vecindario bastante batido, pues con el caserón de algún maestrante alternan sencillas viviendas de burgueses, destartaladas casas de inquilinos pobres, talleres de pequeña industria y tenduchos de mínimo comercio.

Al aproximarse el alumbramiento, quiso doña Angeles, por lo visto, acogerse a la asistencia inmediata de sus padres y hermanos. Mas pasado el trance, el matrimonio Ganivet y sus dos hijos volvieron a su domicilio habitual, y en esta casa, que por ser la primera de la calle del Darro

se asoma a la plaza de Mariana Pineda, fué donde pasó nuestro autor los primeros años de su vida. De aquí que, tiempo adelante, hablase Angel Ganivet de su «voluntad a tal lugar por haber vivido allí cuando muchacho». Gustó en algún pasaje de su obra recordar los tragos de leche con que le obsequiaban las cabreras al cruzar por las mañanas, y guardó amoroso entusiasmo por una pollinilla—«la borrica más demócrata de España» — en la que solía montar para recorrer la nombrada plaza en torno al monumento que perpetúa la memoria de la *Mariana*, altar, como se comprende, de la fe liberal de Granada. «Cuando los Nacionales—escribe Ganivet, animando sus recuerdos de infancia—venían a dar vueltas, al son de patrióticos acordes, alrededor de la estatua de la heroína de la libertad, mi pollina se escapaba de la cuadra, e incorporándose a aquellos aguerridos batallones, bailaba de contento y hacía mil graciosas diabluras, que regocijaban a aquel animado cotarro.»

No es hora aún de aquilatar el grado en que la devoción política de las milicias urbanas de Granada y de la aludida borrica se comunicó al ánimo del niño Ganivet, más inclinado, sin duda, a practicar la libertad como exigencia de su instinto, que a profesarla como supuesto racional de toda comunión civil. Pero es el caso que ni aun después se sintió dispuesto nuestro autor a ganar esa noción social y objetiva de la liber-

tad. Dijérase que cuando Ganivet llegó a tratar temas de régimen de Estado y gobierno de los pueblos, resurgían en él los caprichos del chico de la calle.

Nuestro autor comenzó a instruirse, en efecto, en el aula innumerable de las calles de Granada. Incorporado, en un principio, a la chiquillería del Campillo, y luego, al mudar de domicilio, a la del Campo del Príncipe, Ganivet fué un niño del arroyo que apedreó perros y abroncó guardias municipales. Precisamente esas dos grandes falanges de los *chaveas* de Granada en que nuestro autor formó, sucesivamente, llegaron a ser un día enemigas irreconciliables, y en una de las trifulcas sobrevenidas intervino Ganivet, afiliado en tal sazón al bando en segundo lugar aludido, actuando, como él escribió luego, de «Ercilla de cabo de barrio». Vencieron los del Campillo a los del otro frente, llamados, por cierto, *greñudos*, «no se sabe—dice el propio Ganivet, conmilitón de ellos—si por lo inculto de sus espesas cabelleras o si por lo selváticos que son por fuera y por dentro». Con los *greñudos*, pues, salió Ganivet maltrecho. Su madre, al recibirle descalabrado tras la pugna infeliz, debió de sentir cerca de sí la sombra legendaria de Aixa, puesto que le reconvino de esta manera:

—Eso que te ha pasado es jústo castigo del cielo. Has peleado sin motivo y, lo que es peor,

contra tu parroquia, contra la Virgen de las Angustias...

Quebrantos de mayor calidad parece que produjeron al niño Ganivet otras travesuras suyas. Una caída le hirió de tal forma que permaneció en cama cerca de dos meses. Guardó en una caja las esquirlas del hueso que hubo de fracturársele en una de sus piernas, caja que en «más de una ocasión sacó a relucir», en alarde que no es ciertamente del mejor gusto. Forzado a usar muletas, las abandonó inmediatamente por eludir confesión tan explícita de su ocasional cojera. Agarrándose a paredes y muebles, gateando con almohadillas cosidas al cuerpo para atenuar los golpes, acabó por lograr su empeño de andar, mal o bien, como fuese, pero por sí mismo. Esta firme voluntad, de que él quiso hacer la maestra del carácter, fué, por lo visto, el primer rasgo que más pronto y con más vigor apuntó en su espíritu. Análoga calidad de anécdota reveladora tiene otra, referida, como la anterior, por los familiares de Ganivet, fuente de información que, en tesis general, se nos aparece como sospechosa, pero que en el caso presente no mueve a la recusación, por cuanto ninguno de los lances anotados tienden a revelar la precocidad intelectual de Ganivet, que es justamente la tentación a que, raras veces, saben resistir los deudos y amigos de un hombre famoso.

Un día de procesión de la Patrona de Granada, Angel Ganivet presenciaba el retorno de la comi-

tiva a la puerta de la iglesia. Aclamaciones, bengalas, músicas, gozoso campaneo... Un golfillo se valió del natural embobamiento de Angel para arrebatarle la gorra. Como nada hiciese por recuperarla, y su madre, luego, le reprobase pasividad semejante, dicen que la contestó: «A él le haría una gorra más falta que a mí, seguramente...». No olvidemos este suceso, gracias al cual se nos descubre el alma desinteresada que Ganivet fué siempre.

El ambiente de la casa de Angel Ganivet no era, a la verdad, el más favorable para que se anticipara en él la sed de la cultura. Su padre no era un James Mill ni mucho menos. No podía capacitarle, pues, como al pobre Stuart, para leer a los siete años, y en griego, el *Tetetes*. Pero ya que no hombre de letras, sí lo era don Francisco Ganivet de sensibilidad para las emociones del Arte, caso significativo, por lo frecuente, en los granadinos de cualquier condición. En todo granadino—o granadina— hay un poeta, un pintor fracasado, desconocido o simplemente latente: imposición natural de un medio maravillosamente cargado de sugestiones estéticas.

Para que en Granada haya existido siempre una devoción practicante a las Bellas Artes, coadyuvan, además de la predisposición temperamental o de la influencia del ambiente, razones de índole social, fáciles de destacar. Granada ha sido, hasta el momento en que sorprendió a todos

la riqueza remolachera, una ciudad de tipo universitario y aristocrático. Las clases altas vivían entregadas a la ociosidad; la burguesía no estaba poseída en grado alguno por la fiebre de los negocios, y el bajo pueblo, criado en la holgura de la labor en las huertas de la Vega o en los gratos afanes de la cerámica, la talla, los dulces o las blondas, era de esta suerte materia bien dispuesta al gusto del Arte y de las Letras.

Así como don Francisco Ganivet había frecuentado el trato con los pinceles, doña Angeles García Siles era amiga leal de los libros. Que así buscaba en la lectura el desquite a la vida de aislamiento que es propia de la mujer andaluza, fenómeno que explica el desarrollo logrado en tales ambientes por la llamada «literatura de familia». ¡Y qué literatura a las veces!... Con los primeros años de Ganivet coincidió el apogeo de cierta escritora local, muy caracterizada en el cultivo del género: doña Enriqueta Lozano de Vilches, poetisa y folletinista, más estimable, sin duda, por su intención moralizadora que por el acierto literario. Dada la popularidad de doña Enriqueta, que irradió a todas las provincias andaluzas, no es aventurado presumir que Angel Ganivet empezara a deletrear en las entregas de *Lágrimas del corazón o Juan, hermano de los pobres*, y en las hojas semanales de *La Madre de Familia*, revista que la misma autora comenzó a publicar por aquel entonces.

Otra revista granadina de la época es *El Liceo*,

así llamada por ser éste el título de la sociedad literaria a que pertenecían sus redactores. Años antes, en la Granada romántica que conoció Gautier, *El Liceo* había sido un considerable órgano de cultura. Hojeando la revista que en esta fase de esplendor publicara el mismo Liceo, titulada *La Alhambra*, pudieran obtenerse curiosas notas para una historia del Romanticismo en España. Colaboraron en ella Espronceda, la Avellaneda, Fernández-Guerra, los muchachos que más tarde hicieran célebre la razón social *Cuerda granadina*. Pero al marchar lo más granado de aquéllos a la Corte en busca de la fama y el provecho, era muy difícil evitar que la vida literaria de Granada decayese. Así, cuando el Liceo, sobreviviéndose a su buena época, quiso avivar sus luces y fundó en 1875 la revista antes nombrada que Ganivet hojeara de niño, sólo halló para nutrirla leyendas veinte veces contadas, *Orientales* contrahechas, vistas en Víctor Hugo y en Zorrilla, y artículos de costumbres demasiado ramplones. Apenas si en las yertas páginas de la olvidada revista provincial podemos encontrar hoy otro perfume agradable que el de alguna poesía de Baltasar Martínez Durán, el poeta aquel que en los subtítulos de su único libro de versos reflejó el sombrío y descompuesto atavío de su Musa, peregrina por la Andalucía del llanto y la Europa del sarcasmo heiniano: *Nocturnos*, *Delirium*, *Elegías*, *Spleen*, *Scherzos humorísticos*...

Las presunciones acerca de las primeras lec-

turas de Ganivet pueden documentarse con los libros que de su madre recibieron, y todavía guardan, sus hijas. Libros viejos, de encuadernación deslucida, leídos quizá en alta voz bajo la lámpara del hogar. Figura entre ellos *La leyenda de los siglos*. (¿No sería Víctor Hugo el escritor más presente en las sucintas bibliotecas domésticas de nuestras clases modestas del siglo XIX?) Otro volumen es una colección de artículos de *Fígaro*. Y junto a ellos muestran sus borrosos tejuelos los gruesos tomos de aquel *Viajero universal* que editara Gaspar y Roig para estimular la curiosidad por los países lejanos.

Lo que a Angel Ganivet no le enseñase la escuela—a la que fué tarde—se lo enseñó la vida. Dióle ésta la más capital de las lecciones, con la muerte de su padre. Don Francisco Ganivet venía padeciendo un cáncer del estómago, y en busca de alivio—ya que no de salud total—marchó con su familia a Dúdar, pueblo muy próximo a Granada, oreado por los finos aires de la sierra. Y en Dúdar murió un mal día, dejando su hogar en triste desamparo.

Paul Arbelet, al estudiar los primeros años de Stendhal, distingue los tiempos felices de los adversos. Entre ellos está, como un recodo decisivo, la muerte de su madre. «Con mi madre—escribió luego Stendhal—acabó toda la alegría de mi infancia.» De modo parecido perdió Angel Ganivet esa flor de niñez que es la alegría de

sentirse irresponsable ante la vida. La muerte de su padre representaba para él una forzosa iniciación en las responsabilidades de la familia y del negocio, si bien, de momento, asumiera la regencia de todo ello su abuelo materno, a cuya casa se acogieron la viuda y los hijos de don Francisco Ganivet. Mas si Stendhal pudo comenzar a ponerse en contacto con la cultura mediante la tutela de su abuelo, el doctor Dognon, Angel Ganivet no podía aprender de don Francisco García Hurtado cosa distinta a la técnica y amor de su oficio.

La nueva casa de la decapitada familia Ganivet se hallaba en la cuesta de los Molinos, pintoresca calle, más campesina que urbana, camino a la vez de la Alhambra, del barranco del Abogado—nidal de gitanería—, del cementerio, del incomparable valle del Genil, y de la Sierra, estupendo telón de fondo del paisaje granadino. Las circunstancias, pues, de la vida, acercaban al niño Ganivet a la Naturaleza y a las abigarradas gentes que frecuentaban tales afueras de la ciudad: molineros, chalanes, labradores, trajinantes... y matuteros. Las incursiones por los alrededores de su casa—más sugestivos, en cuanto campestres, que los de su anterior residencia en la calle del Darro—debieron de facilitarle mucho el libre juego de sus gustos: aire libre y trato de caracteres al natural. ¡Qué difícil le sería salvar la tentación del campo inmediato, saturado de perfumes y de rumores—agua en las acequias,

florestas superando las bardas, batir del aire en los chopos...—y mantenerse en la impuesta quietud de la escuela, bajo la férula en acecho! En Angel Ganivet, muchacho ya de once, de doce, de trece años, iniciaba sus brincos el diablo del análisis. La visión del maestro «con su disciplina en ristre», más que temor acabó por producirle risa, a lo que cuenta: una risa irreprimible, que pagó bien cara en ocasiones, porque los correctivos le producían risa más fuerte aún. «Recuerdo—añade—que en cierta ocasión me propinaron tan desaforada tanda de disciplinazos, que riendo como un loco tuve que escaparme de la escuela.» Y no deja de ser patético advertir que el procedimiento adoptado por Ganivet para reprimir sus inopinadas carcajadas era éste: evocar la memoria de todos los muertos conocidos: de su padre, en primer término, naturalmente.

El hecho de que Ganivet abandonase la escuela, hecho ya un zagalón, sin plan alguno de estudios ulteriores, denota que no se había acusado en él, de modo cierto, vocación intelectual determinada. Mas que entrase como escribiente en la Notaría de don Abelardo Martínez Contreras, parece indicar, por otra parte, que no mostraba precisamente afición a la industria de la molinería, vinculada en su familia. Ello es que el oficial de aquella Notaría, don Francisco Guerrero, advirtió en el muchacho extraordinarias prendas de agudeza y despejo. Tan firme intuición se apoderó de este buen hombre, respecto al

porvenir de Ganivet, que no vaciló en aconsejar a la familia de éste que le hicieran seguir una carrera.

Días de perplejidad aquéllos, seguramente. Angel iba a contar pronto quince años. Había crecido mucho. Era un mozo desgarbado que preguntaba sin tino, que se hacía de día en día más juicioso y que alguna vez se paraba ante el escaparate de la librería de Sabatel. Para ir a la oficina notarial prefería el camino más largo, que era justamente el más bello y deleitoso: el Caidero, la Alhambra, la cuesta de Gomérez... Su madre le dijo un día que, en efecto, don Francisco Guerrero llevaba razón: era hora ya de que Angel cumpliese su destino. No parecía razonable que se perdiese más tiempo... Y en unas semanas refrescó Angel los conocimientos adquiridos en la enseñanza primaria y se examinó de ingreso en el Instituto, trámite forzoso, ya que el Bachillerato significaba el camino de la Universidad. Porque es claro que su carrera sería necesariamente alguna de las universitarias. ¿Cabía concebir en Granada distinto rumbo profesional?

IV

EN EL INSTITUTO Y EN LA UNIVERSIDAD

Los cinco años de que en aquel tiempo constaba el Bachillerato fueron cursados por Angel Ganivet como alumno oficial. De suerte que no sólo tuvo que luchar con los libros de texto, sino que asímismo hubo de someterse a las explicaciones—no siempre útiles seguramente—de los catedráticos.

Nuestro juicio de la enseñanza que suministra el Estado a la sociedad española no puede formularse en un repudio total. Máxime al considerar que, si por un lado abundan los profesores sin amor ni conocimiento, es raro, por otro, el español de preeminente significación cultural que no ha encontrado puesto en los escalafones de Instrucción pública. Nuestros Institutos del siglo XIX, precisamente, han sido el órgano de enseñanza menos digno de crítica, dígase lo que se quiera, entre la enseñanza primaria, deficientísima por tradición inmemorial, y la universitaria, de enormes altibajos. El nivel medio de los Institutos ha venido estando representado por

hombres modestos, ya que los ambiciosos no suelen contentarse con el profesorado provincial, poco fecundo en provechos de otra índole; mas, por lo mismo, hombres de noble vocación docente.

En el Instituto de Granada, que frecuentó Angel Ganivet, el único hombre que se creía llamado a más altos destinos era el catedrático de Psicología, Lógica y Ética, don Antonio López Muñoz. Y no porque poseyera cultura de formación más rigurosa ni porque le moviese un afán de superación científica, sino porque contaba con ese talismán que, entonces más que otras veces, era la llave de las puertas principales: la palabra florida. En las veladas del Liceo, en el aula y en el foro, el «verbo galano» del señor López Muñoz deleitaba a los granadinos, que no habían de tardar en enviarle con su mandato a las Cortes del Reino, así como antes, en jornadas teatrales, que debían de resultar un poco pintorescas, aplaudían conmovidos sus sonoras redondillas.

Es difícil precisar la huella que en Angel Ganivet dejase su iniciador en filosofía: retórico picado de krausismo. Pero como los libros que con mayor o menor gana estudiamos de muchachos suelen sedimentar en nuestra memoria alguna que otra cita de fácil empleo, es posible que Ganivet aprendiera en López Muñoz—página 2 de su *Psicología*—aquella frase de San Agustín: «*Noli foras ire*», etc., que él empleó más tarde como lema de nuestra política exterior. Y no se

presuma ironía en esto. No es extraño que en los ocho o diez años de que Ganivet pudo únicamente disponer para adquirir su cultura, ganarse la vida y escribir todos sus libros, le faltase tiempo para gustar los pensamientos del obispo de Hipara en su propia salsa.

No podemos inferir de la hoja de estudios si Ganivet mostró grandes preferencias, como parece probable, por las disciplinas literarias. No logramos saberlo, porque en todas las asignaturas obtuvo matrícula de honor. Y a tal punto llegó su aplicación—con afán de recuperar el tiempo perdido—, que hubo de ganar, sucesivamente, dos premios de quinientas pesetas, y al cabo de los cinco cursos, el premio extraordinario de la reválida. De lo que sí es posible formarse idea es del íntimo desconcierto que produjeran en un muchacho como él, ávido de hallar un lucero orientador, las contrapuestas doctrinas de aquel claustro, incapaz, por deficiencias del régimen, de dar a sus enseñanzas esa ordenación sistemática de que depende toda eficacia pedagógica. En clase de Historia Universal, Ganivet tendría que ser providencialista a todo trapo, como lo era el profesor Arosamena; en Historia Natural, la adhesión a Darwin había de ser incondicional, dada la fe de don Rafael García Alvarez. Al paso que en Retórica y Poética tendría buen cuidado en abominar de toda suerte de libertades—incluso políticas—si quería ser grato a

don Joaquín María de los Reyes, sacerdote discretísimo, pero un tanto intransigente.

Ganivet cumplía de modo impecable sus deberes de asistencia y estudio, empleando los naturales ocios en lecturas y paseos, que gustaba compartir con sus amigos más íntimos Francisco Seco de Lucena y Nicolás María López, compañeros a quienes unió bien pronto la identidad de aficiones. Precisamente el primero de ellos cuenta la siguiente anécdota de nuestro autor: Como el catedrático de Retórica escribiese un día en el encerado unas cuantas consonantes en disposición de perfilar una décima y ordenase a sus alumnos —¡penoso ejercicio!—que la construyesen, Ganivet respondió, a fin de justificar su inhibición en semejante tarea: «Para decir tonterías en verso, es mejor escribir en prosa, o no escribir en prosa ni en verso, que es lo que yo hago». Comprendiendo que nada era tan provechoso para el adiestramiento en las letras como la lectura de los grandes autores, dióse a divagar por los tomos de la colección Rivadeneyra, que se procuraba en la Biblioteca universitaria. Fué entonces cuando conoció a Lope y cuando inició su amistad con Séneca, según la versión de sus *Siete libros*, por el licenciado don Pedro Fernández de Navarrete; lectura que le sirvió de estímulo para buscar la traducción de sus *Epístolas morales*, aparecidas poco antes en la *Biblioteca Clásica*, bajo la dirección del canónigo Navarro y Calvo. El acceso directo a las obras de Séneca no le era

posible aún a Ganivet, ya que el catedrático Gurría no enseñaba otro latín que el indispensable para traducir apenas las fábulas de Fedro, y nuestro autor aplazó para los estudios de Facultad la adquisición de instrumento de cultura tan poderoso. Mas la lectura de Séneca ya había operado en él lo bastante para alumbrar sus intuiciones éticas. «Cuando yo, siendo estudiante—nos dice Ganivet—, leía las obras de Séneca, me quedé aturdido y asombrado, como quien, perdida la vista y el oído, los recobra repentina e inesperadamente y viera los objetos que, con sus colores y sonidos ideales, se agitaban confusos en su interior, salir ahora en tropel y tomar la consistencia de cosas reales y tangibles» (1).

Próximo a graduarse de bachiller, no quiso Ganivet abandonar el Instituto sin seguir un curso de alemán, en el que, como se sabe, la matrícula es voluntaria. Al propio tiempo, buscaba y rebuscaba libros franceses de historia, filosofía y literatura. El deseo de elaborarse una cultura se acusaba ya de modo firmísimo.

Para estudiar en Granada, como en cualquier otra ciudad universitaria, una carrera que no sea la de abogado, se necesita una vocación definida en sentido contrario con tal vigor, que no suele ser frecuente. Ganivet parece que la llegó a manifestar con rumbo favorable a los estudios de Fi-

---

(1) *Idearium español.* Granada, 1898. Págs. 6-7.

losofía y Letras. Pero el tributo a la carrera de Derecho se paga, así y todo, de modo indefectible, porque a los ojos de todas las personas que se precian de prácticas es más rica en *salidas*, esto es, más adecuada para una colocación relativamente fácil que otra alguna. Ganivet hizo lo que muchos: coordinar el ideal y la presunta utilidad, matriculándose en ambas Facultades.

Es difícil que los estudiantes adquieran en nuestras aulas de Derecho la vocación que han menester. No se puede infundir aquello de que se carece, y la tacha más considerable de nuestro profesorado no es, con serlo mucho, sus deficiencias de inteligencia o preparación, sino la ausencia de amor a la función que desempeñan. Y tengo para mí que no es precisamente en las Facultades de Derecho donde menos abunda el tipo de profesor que ve en la cátedra fácil escabel para saltar a la política, al bufete o a cualquiera suerte de provechosas empresas.

La Facultad de Granada no parece que haya tenido en el pasado siglo una gran respetabilidad; contó, en tiempos, con claustrales de verdadero mérito, pero no en número suficiente para entonar siquiera un poco la pobre actividad universitaria. Apagadas las antorchas y abiertos los portillos, llegaban hasta las aulas granadinas las bandadas viajeras de estudiantes sin estudios, solicitando generosa remisión de culpas. Un refrancillo que, por fortuna, no tiene ya valor de actualidad, es muy expresivo a tal respecto: «Ba-

chiller en Cabra y abogado en *Graná*, ni chicha ni *limoná*». Don Juan Valera, al atribuir a su *Doctor Faustino* sus propios recuerdos de estudiante en la Universidad granatense, evoca, con gracia, la figura de cierto catedrático de Práctica forense que comparaba en sus disertaciones «al juicio civil ordinario con un cristalino arroyuelo que nace de la amena gruta del Derecho, y al ejecutivo, por el contrario, con un torrente impetuoso que despeñándose de las escarpadas cumbres donde mora la inflexible obligación», etcétera, etcétera.

Pero esta especie de profesor poseído por el delirio oratorio no es el más nocivo de cuantos podamos hallar hoy en nuestra rica fauna universitaria. Le aventaja en capacidad de dañar, el tipo, más difundido en nuestro tiempo, del profesor despreocupado y remiso en el cumplimiento incluso del deber que es condición *sine qua non* de su mandato educativo: el deber de asistencia. Con catedráticos cursis o incompetentes alternaban en los días de Ganivet otros de más positivo valer: don Andrés Manjón y don Manuel Torres Campos, por ejemplo. Pero el primero reservaba los fervores de su espíritu para su apostólica obra de las Escuelas del Ave María, y el segundo, maestro en los libros de Derecho Internacional, no lo era en la clase, desquiciado como estaba por extrañas manías y tragicómicas puerilidades.

Angel Ganivet estudiaba cuanto se le ponía por delante, y su aptitud de *empollón* sólo le fracasó

en Derecho procesal y en Derecho civil, en los que obtuvo los dos únicos *notables* que rebajan la altura de su sobresaliente hoja de estudios. Repárese en que significan esas dos asignaturas las ramas más genuinas de la Enciclopedia Jurídica. El hecho es bastante para probar, siquiera sea indiciariamente, el desamor de Ganivet a tales estudios. Pero no nos falta declaración terminante y expresa: «Yo he estudiado leyes—confiesa—y no he podido ser abogado, porque jamás llegué a ver el mecanismo judicial por su lado noble y serio». Ni era fácil que lo viese: los hombres indoctos o ligeros que ejercen, entre otros más dignos, el magisterio del Derecho, no aciertan a dar respetabilidad o simpatía a la toga. No es maravilla, por tanto, que muchachos adoctrinados en apuntes ramplones y pésimos ejemplos busquen la ganancia a toda costa improvisando bufetes sin cedazos morales, o acogiéndose, como en carrera de consolación, a la Judicatura, rumbo profesional considerado entre nosotros como propio de hombres modestos o cansados, con ser, indudablemente, el más noble y encumbrado. El abogado más tenaz prefiere los pingües rendimientos de la Notaría o el Registro. El contagiado de literatura, la carrera consular. El de más dilatadas aspiraciones, el Consejo de Estado, antesala a veces de los de la Corona. Esta manera de seleccionar puebla la Curia de rábulas sin fe y de picapleitos desalmados. Algo intuyó Ganivet de todo esto, puesto que escribió un día: «Antes pe-

diré limosna, que ejercer la abogacía ni nada que roce con ella». Pero no es éste aún el momento de precisar el uso que Ganivet hizo de su título de abogado, obtenido un año más tarde de pertenecer al Cuerpo de Archiveros.

La Facultad de Filosofía y Letras de Granada tiene una ejecutoria brillante, y Angel Ganivet pudo alcanzarla en épocas aún de esplendor, pues pertenecían a claustro tan distinguido figuras como el arqueólogo Góngora, el arabista Simonet, González Garbín, muy docto en letras clásicas; el famoso Eguilaz, y, en rango menos eminente, don Fernando Segundo Brieva Salvatierra, catedrático de Historia y escritor de engolado arcaísmo, y don José España Lledó, tribuno de fogosa palabra, talento descompuesto que realizaba ese tipo, tan característico en provincias, del «hombre que pudo ser ministro».

Si en Derecho no era fácil que descubriese Ganivet perspectivas distintas a las muy restringidas de los Códigos vigentes, en Filosofía y Letras encontró medios adecuados para estimular su sed de conocimientos. Puso verdadero empeño en aprender latín y griego, que llegó a poseer en grado suficiente para servir sus necesidades de lector. Y de la efusiva relación que estableció con uno de sus maestros, nos da fe don Miguel de Unamuno (1) al reproducir unos párrafos de la

---

(1) *Contra esto y aquello.* Madrid, 1912. Páginas 219-20.

carta que en determinada ocasión le escribiera González Garbín, «el hombre—dice Unamuno por su cuenta—que más había contribuído a formar el espíritu de Ganivet». En la carta de referencia escribe González Garbín con pluma conmovida: «Aquel discípulo amadísimo mío, Angel Ganivet, con el que perdió la Patria española un gran pensador y un consejero de gran valía, de nobilísimo corazón. Los maestros pasamos por ignorados días de luto y de aflicción...».

Angel Ganivet vivió poco la vida de estudiante. Doy por supuesto que el lector conoce el sentido real que esta expresión tiene en España. Cuando un español aviva memorias de sus años escolares, suele reducirse a la narración de historietas más o menos galantes y de anécdotas que tienen por sujetos a catedráticos necios y estudiantes tarambanas.

En el mapa espiritual de España, salvo el caso aislado—y ya prescrito—de Oviedo, apenas si podemos apuntar una ciudad universitaria capaz de inflamar, por la acción de su ambiente, las erguidas frentes juveniles con las luces puras de la cultura. Al contrario: las Universidades de nuestra tierra suelen ser no más que un episodio—el más tedioso, sin duda—entre cuantos integran la vida del estudiante: café, mancebía, reja de la novia... Cuando no el vicio, la frivolidad. Sin duda que el tipo del estudiante hampón más pertenece a nuestra tradición picaresca que a la

realidad de hoy. Pero todavía persiste, sobre todo, entre los que, por ser forasteros, se acogen a la hospitalidad deplorable de las casas de huéspedes. Libres de la fiscalización familiar, se entregan a toda índole de trazas, en cuyo conocimiento los adiestran los veteranos, muy expertos en juegos de azar y en terapéutica venérea.

Ganivet frecuentaba poco las tertulias de estudiantes. Escogidos ya sus amigos desde los tiempos del Instituto, amplió el círculo de sus afectos más íntimos hasta comprender a otros hombres mayores que él en ocho, diez o doce años, pero solidarios con las preferencias de su espíritu: Valentín Barrecheguren, Matías Méndez Vellido, Rafael Gago, Francisco de Paula Valladar, constituían la última promoción local de escritores y artistas. De ellos trataré con más detenimiento al hablar de la *Cofradía del Avellano*. Mas no de todos, porque antes de que se formara esta curiosa agrupación ya había muerto el primero de los nombrados.

De Valentín Barrecheguren cuentan que era uno de esos hombres extraordinarios que no aciertan, ni lo pretenden, a dejar en pos de sí prueba alguna de su genialidad. Era médico y pintor, hombre de letras y hombre de negocios; conversador por encima de todo. Viajó mucho. Amó el arte popular. Tenía las melenas y el entusiasmo de un Santiago Rusiñol; corazón apasionado e ingenio felicísimo. Con un grupo de amigos creó el Centro Artístico, tribuna y estadio de la

nueva juventud. Ganivet la frecuentó mucho, pero no incorporó su pluma a las varias que redactaban el *Boletín* de la sociedad. Sin anhelo alguno de comunicarse con el público, no mantenía otras aspiraciones que las de terminar sus carreras para granjearse una posición que le asegurara un mínimum de independencia y de holgura.

El Centro Artístico no tardó en desaparecer apenas le faltó el aliento de Barrecheguren, muerto en la flor de las esperanzas que suscitara.

La camaradería de Angel Ganivet con Francisco Seco de Lucena le llevó varias veces a la Redacción de *El Defensor de Granada*, periódico dirigido por el hermano del segundo. Mas Ganivet —no obstante insistentes solicitaciones—no escribió una sola cuartilla. Concorde con la pasividad literaria de Ganivet era su inhibición de las reuniones que entre las rosas, los mirtos y los pámpanos del Carmen de las Tres Estrellas presidía su propietario don Antonio Joaquín Afán de Ribera, caballero de pura sangre española, costumbrista muy veraz y poeta cómico de chispeante vena. No frecuentó, pues, Ganivet este cenáculo, jardín de Academo y jardín del Amor, ni *La Pajarera*, otra tertulia de relativa fama en los fastos locales, ni otra alguna.

Ganivet, con sus libros bajo el brazo y algún amigo a su lado, cruzaba las calles de Granada en busca del campo. Acostumbraba a sentarse en el pretil del Puente Verde, inmediato a su casa,

para contemplar el crepúsculo, si es que el paseo habitual no le había llevado hasta la Fuente del Avellano.

Licencióse, al fin, en Filosofía y Letras. Dos años más tarde, en Derecho. Pero en el intervalo habíase graduado de doctor en aquella Facultad y obtenido, en apresurada oposición, una plaza en el Cuerpo de Archiveros. La referencia de esta época requiere la amplitud de un nuevo capítulo.

V

OPOSICIONES, OPOSICIONES...

Angel Ganivet, estudiante del doctorado de Letras, conoció, en el curso de 1889 a 1890, un Madrid sin bulevares, con tranvías de mulas y gran profusión de chisteras, que se nos aparece hoy como más cercano al Madrid de las *Cartas* de Carnerero y de las *Escenas* de Mesonero Romanos que al de nuestros días. Pero tengo para mí que las mutaciones advertidas en la Corte, apenas si afectan a algo más que al aparato escenográfico. Con *cabarets* y con *metro*, el madrileño —esto es, el español—sigue siendo el mismo ciudadano despreocupado y alegre que conoció a Romero Robledo.

No ha sido precisamente el amor a la época quien ha llevado la mano de Pío Baroja al escribir en *La dama errante* una animada página que vale por un cuadro de la mejor historia: «Madrid entonces—dice, refiriéndose a los años de la Restauración y la Regencia—era un pueblo raro, distinto a los demás; uno de los pocos pueblos románticos de Europa, un pueblo en donde un hombre, sólo por ser gracioso, podía vivir. Con

una quintilla bien hecha se conseguía un empleo para no ir nunca a la oficina. El Estado se sentía paternal con el pícaro, si era listo y alegre. Todo el mundo se acostaba tarde; de noche, las calles, las tabernas y los colmados estaban llenos; se veían chulas y chulos con espíritu chulesco. Había rateros, había conspiradores, había bandidos, había matuteros; se hacían chascarrillos y epigramas en las tertulias; había periódicos en donde unos políticos se insultaban y se calumniaban a otros; se daban palizas, y de cuando en cuando se levantaba el patíbulo en el Campo de Guardias, en donde se celebraba una feria a la que acudía una porción de gentes en calesines. Entonces, los alrededores de la Puerta del Sol estaban llenos de tabernas, de garitos, de rincones, lo que permitía que nuestra plaza central fuera una especie de Corte de los Milagros. En la misma Puerta del Sol se podían anotar más de diez casas de juego abiertas toda la noche; en algunas se jugaba a diez céntimos la peseta, y los políticos eran, principalmente, chistosos. Albareda se jactaba de no entender de política y de hablar *caló*».

La cita es larga, pero de gran valor documental. Y hasta me parece que no son menester grandes modificaciones para poner al día pintura tan exacta de la vida pública española en mil ochocientos ochenta y tantos. Quizá recargue un tanto Baroja la cantidad de los tonos, pero las calidades están bien conseguidas.

«Bobos» llamó Pérez Galdós a los años que inmediatamente anteceden al Desastre, y a fe que lo fueron. Una inconsciencia punto menos que infantil regía el ir y venir apasionado de los españoles en relación con las cuestiones que suscitaba la realidad inmediata. Nadie miraba a lo lejos. Inconsciencia y optimismo. Pasada la batahola de la Revolución y la República, salvado el momento difícil de la muerte de Alfonso XII y sumido el país en enorme calma chicha, el gran niño, que era España, se entretenía en discutir a propósito del crimen de la calle de Fuencarral o, poco más tarde, del submarino inventado por Isaac Peral. El cuadro de nuestros grandes hombres, para mayor felicidad, estaba cubierto por dos veces. De aquí que los españoles se permitiesen el lujo de tener donde elegir, cifrando su fe en el ídolo público de alguna de las dos series puestas en juego, para satisfacción de toda necesidad banderiza: o Cánovas o Sagasta; o Galdós o Pereda; o Calvo o Vico; o *Lagartijo* o *Frascuelo*... Libres de cuidados, las gentes se consagraban a sus ocios predilectos. Triunfaban, con los toreros y los cantantes de ópera, los oradores, los poetas fáciles y los prosistas amenos. Los artículos de fondo sonaban muy bien, y las novelas se multiplicaban con lozanía sin precedente. Angel Ganivet, en su primer año de residencia en Madrid, pudo repasar en los escaparates de las librerías gran copia de frutos de las últimas cosechas: *Torquemada en la hoguera*, *La incógnita*, *Realidad*,

de Pérez Galdós. *Morriña*, *Una cristiana*, *La prueba*, de Emilia Pardo Bazán. *La Montálvez* y *La Puchera*, de Pereda. *La honrada*, de Picón. *El cuarto poder*, *La hermana San Sulpicio*, *La espuma*, de Palacio Valdés. Mucho énfasis en torno. Artículos brillantes de Julio Burell. Cuadros de Historia. Dramas de Echegaray. Ripios punzantes de Salvador María Granés. Como el glotón y el sátiro en las fábulas atelanas, juegan papel indefectible, en las piezas cómicas de la época, la patrona y la suegra, el cesante y el maestro de escuela: variantes estos dos últimos de la castizísima figura de nuestro hambriento tradicional. Caricaturas de *Mecachis* y de *Cilla*. Buen humor en todas partes. Manuel del Palacio y *Clarín* contienden sobre una valoración de poeta en 0'50. Se rumorean fraudes y cohechos en el Ayuntamiento de Madrid. Eusebio Blasco envía desde París crónicas llenas de españolería. Versos cortesanos de Grilo. Peña y Goñi alterna la crítica musical y la taurina. Palmas al Guerra. Wagner está a punto de llegar. Las muchachas de talle de avispa y mangas de jamón cantan habaneras. Chotis de Chueca en los organillos. Pronto se convertirá su *Marcha de Cádiz* en himno nacional... ¡Dichosa edad y años dichosos aquéllos!...

Tres sobresalientes y un notable—el último en Estética—obtuvo Ganivet al finalizar el curso, seguido con la diligente aplicación que le era propia. Pero atropelladillos debieron de venirle los

exámenes, toda vez que hacia los mismos días se celebraban las oposiciones a Archivos, a cuya convocatoria, aparecida en pleno curso, resolvió acudir, si bien no considerase como definitiva la posición que se le brindaba.

Ser archivero no significaba para Ganivet únicamente la garantía de su porvenir, sino la posibilidad de residir en la Corte, al acecho de mejores caminos. Le animó no poco para este empeño su compañero en la Central Francisco Navarro Ledesma, a quien le ató la mutua simpatía con los lazos de una amistad ejemplar. Y como también coincidiese en la aspiración su otro gran amigo, el primero de toda su vida en orden al tiempo, Nicolás María López, la decisión quedó firme.

Ganivet, pues, actuó en las oposiciones a Archivos (1). El poco tiempo de que pudo disponer no le permitió, por lo visto, una preparación bastante para destacar su personalidad. «Hizo, sin embargo, un papel lucidísimo—atestigua un colega suyo (2)—, aunque algo premioso de palabra, sin exponer con profundidad los temas del primer ejercicio, ganando al cabo uno de los primeros lugares en la propuesta general.» Fué destinado a la Biblioteca del Ministerio de Fomento y no qui-

---

(1) Ganivet solicitó plaza en la sección de Bibliotecas y adujo en su instancia el conocimiento del latín y del francés. Obtuvo el número once de las treinta y cinco plazas provistas.

(2) Angel del Arco Molinero. Véase *Bibliografía.*

so asumir su total independencia económica sin otorgar en Granada escritura de donación a sus hermanas de cuantos bienes le eran asignados en su hijuela paterna.

Esfuerzo tan violento no agotó su capacidad de trabajo, pues aun pudo preparar y escribir su tesis doctoral. Por cierto que se vió forzado a redactar dos, ya que la primera fué rechazada. El tema desenvuelto era éste: «España filosófica contemporánea». Designado ponente don Nicolás Salmerón, el trabajo de nuestro autor no le fué grato. Según Navarro Ledesma, el fracaso derivó de que «la potente originalidad de Ganivet trastornó de tal suerte a aquel profesor, que vimos surgir en sus ojos llameantes no sé qué reflejos de las pupilas de Torquemada». El interesado halla otra razón: «No olvidaré nunca—escribe—que Salmerón, que respeta todas las opiniones, me desechó una tesis doctoral porque tenía forma de libro». ¿Y si resultase—cabe preguntar—que este primer escrito de Ganivet, imaginado y dispuesto con evidente apremio, careciese, en verdad, de consistencia científica?

Rápidamente hizo otra memoria, buscando inspiración en el campo de la filología. Véase cómo la especialización en los estudios no parece ser la característica de sus relaciones con Minerva. El nuevo tema aparece enunciado así: «Importancia de la lengua sánscrita y servicios que su estudio ha prestado a la ciencia del lenguaje en general y a la gramática comparada en particu-

lar». Más afortunado en esta ocasión, Ganivet adquirió ya el derecho a la investidura doctoral.

Y no se crea aún que ha dado remate ya la vida universitaria de nuestro autor. Tres meses más tarde obtenía, mediante oposición, el premio extraordinario del Doctorado (1), y en Junio siguiente se licenciaba en Derecho.

El Ateneo de Madrid significa en la vida del muchacho llegado de provincias, tanto como su centro de gravedad. Fuera de la tradicionalmente llamada *docta casa*, da tumbos, sin plan ni sentido, por hospederías, cafés y billares. Encuentra en el Ateneo libros y gratas posibilidades de diálogo. Angel Ganivet se hizo socio, y pasadas las horas de obligación cotidiana en el Ministerio de Fomento, devanaba el resto del día en la Biblioteca del Ateneo. Retraído como era y muy exclusivo en sus afectos, se asomaba alguna vez a la Cacharrería con silenciosa curiosidad. Caballeros que hoy se nos aparecen como más distantes de lo que realmente están, conversaban en ese saloncito tan histórico, camarín de una época

(1) El trabajo que redactó Angel Ganivet en las oposiciones al premio extraordinario del Doctorado, desarrollaba este tema, propuesto por el tribunal correspondiente: «Doctrinas varias de la Filosofía sobre el concepto de causa y verdadero origen y subjetivo valor de este concepto». Se encuentra reproducido así, como también la tesis doctoral de nuestro autor, en el libro de Modesto Pérez, *Angel Ganivet, universitario y cónsul.*

irremediablemente prescrita. Azcárate, Echegaray, Figuerola, Pedregal, Sánchez Moguel, entre otros muchos sin nombre, hablaban acerca de los temas que la actualidad colocaba a su alcance. Si se polemizaba un día en torno a las relaciones entre la Metafísica y la Moral, tomando pie en pública controversia de Campoamor y Valera, fijábanse otro día contrapuestas opiniones a propósito de las leyes del sufragio o del jurado, que por entonces elaboraban las Cortes, en un fecundo rapto liberal. O se contaban anécdotas de varia índole, sin que faltasen, naturalmente, los cuentecillos picantes. A no ser que Echegaray hablase, porque entonces cedía el cruce de palabras al monólogo sostenido.

Ganivet, lector en la Biblioteca y oyente en los salones, cobró un amor al Ateneo que, explícitamente, declara en sus *Cartas finlandesas:* «El Ateneo—dice—es la única sociedad de España que encaja en mi gusto: lo bueno que allí hay es el espíritu amplio, tolerante, familiar y protector que supieron crear con su presencia y adhesión desinteresada algunos hombres superiores que ya se murieron o tardarán poco en morirse». Y no quiero copiar el párrafo que sigue, sin hacer notar cómo Ganivet no acertó a librarse del común recelo ante toda juventud: «En cuanto a la juventud que entra *de refresco, peor es meneallo*». No supo presentir que eran aquellos adolescentes de 1890, que él menospreciaba, quienes asumirían años más tarde su albaceazgo espiritual.

Asegura, de pasada, que no llegó a leer el reglamento ni a intervenir en votaciones o públicos debates. Quizá la única vez que su palabra elevó el tono habitual de las conversaciones íntimas, sea aquella a que se refiere esta anécdota:

Celebrábase una velada organizada por Luis Morote en homenaje a determinado político portugués. La fraternidad ibérica era tema obligado para cuantos oradores intervinieron en la solemnidad. Uno de ellos, enunciando las estrechas relaciones que la Naturaleza y la Historia han establecido de consuno entre España y Portugal, llegó a afirmar, como dato insólito y sorprendente, que «incluso el mismo sol alumbraba a los dos países».

—Y también a la China—replicó Ganivet, con viveza.

Donde no se sentía complacido era en la Academia de Jurisprudencia, que frecuentó muy poco. Se apartó de ella «por incompatibilidad de humores con la parva de ministros en agraz que por allí pululaban». «El único hombre de talento —agrega—a quien oí discurrir entre tantos abogados, era—cosas de España—un médico: el doctor Jaime Vera.»

Llegó un momento en el que las circunstancias se concertaron de manera que Ganivet, hombre más bien solitario que sociable, hubo de ser exaltado—honor en modo alguno apetecido—a la presidencia de cierta agrupación madrileña de li-

cenciados y doctores. Pero tal maña se dió para disolverla—declara—que «a los pocos días no quedaban ni los rabos».

Cuenta Navarro Ledesma que paseando una tarde de esta época con Ganivet por los alrededores de Madrid, se hallaron, cerca de la plaza de Toros, con unas mujeres de clase humilde que merendaban, y cuya naturaleza indujo Ganivet del acento y de la manera cómo partían el pan. El ardiente evangelista afirma que las mujeres de este episodio quedaron aleladas ante sagacidad tan maravillosa. Y aun confiesa que aparta la mención de otros casos en que se hace más patente el extraño encanto de Ganivet—conquistador de corazones por sorpresa—, en atención a motivos de respeto. Sin duda alude al encuentro y subsiguiente amor de Angel Ganivet y Amalia Roldán. Mas el lance nos es conocido, en su iniciación al menos, por el relato que de él hace nuestro autor en su *Pío Cid*. El conocimiento en la vida real de Pío Cid y de Martina parece que ocurrió en el Carnaval de 1891.

En el teatro de la Zarzuela se localiza el primer acto de esta comedieta que, al final cobra sesgo de drama. Un hombre que acude al baile de máscaras a remolque de sus amigos. Una máscara con capuchón negro y vivos rojos que, sin saber por qué—¡poder del sexto sentido!—le llega a interesar con vehemencia. Un diálogo de crecientes insinuaciones.

—¿No quiere usted dejar ver sus ojos?—la pregunta Pío Cid. La máscara no se hace rogar, y descubre su rostro, de bella y rara expresión: tez clara, ojos lánguidos y soñadores, cabello fino y sedoso, expresión de inocente coquetería... El segundo acto se desarrolla en una habitación de la casa de huéspedes en que vive Pío Cid: Jacometrezo, sin número, en la novela; Tetuán, 15, en la realidad. Una escena de amor más cerca de Galdós que de D'Annunzio... El epílogo tardará aun mucho en producirse: lo determina el reiterado y mortal chapuzón en el Duina.

Angel Ganivet no estaba dispuesto a persistir mucho tiempo en el escalafón del Cuerpo de Archiveros. Angel Ganivet, como Pío Cid, era un empleado que iba a disgusto a la oficina. La suya no podía serle agradable. Cualquier compañero suyo hallaba escape al tedio en la lectura de los libros y papeles sometidos a su vigilancia. Pero en los anaqueles de su Biblioteca abundaba más de lo conveniente la literatura oficial: Memorias, Estadísticas, Boletines. ¿Cómo, pues, encontrar allí compensación gustosa...? Angel Ganivet tenía el anhelo de marchar y no sabía hacia dónde. En esa crisis de vocación, resolvió ensayar el bufete, y comenzó a *pasar* en el de don Joaquín López Puigcerver, ex ministro liberal. Pero no tardó en convencerse de que tampoco era aquél su camino. Según ya se dijo, nunca creyó en que Audiencias y Juzgados fuesen lugares don-

de el servicio a la Justicia se mostrase con atractiva pureza. Y su experiencia, por lo visto, comprobó el prejuicio. O, cuando menos, no le bastó para estimularle a las luchas forenses.

Desencantado nuestro hombre, pensó, como tras el quebranto de su primera tesis doctoral, que tal vez estuviese el rumbo de su vida en los estudios lingüísticos. Y como se convocaran oposiciones a la cátedra de Griego, vacante precisamente en la Universidad de Granada, no quiso desaprovechar la dichosa coyuntura. Llegado el momento, su contrincante, que lo fué don José Alemany, debió de evidenciar más crecida suma de conocimientos, puesto que suya fué la cátedra, sin escándalo de nadie. Unos cuantos días, de veinte no pasaron, empleó Ganivet en su preparación. Ello excusa el mal suceso. Y la forma en que el interesado lo comenta sirve para demostrar una vez más su instintiva repugnancia hacia toda función sometida a horarios y sistemáticas: «¿Cómo me sería posible—dice Navarro Ledesma que dijo—amar a Homero, teniendo que analizarle y traducirle a diario en clase? Tanto valdría estar casado con la Venus de Milo...».

Estos antecedentes nos hacen ya muy clara la motivación de unas nuevas oposiciones: las que al año siguiente hiciera a la carrera consular, escalafón en el que suelen refugiarse cuantos aspiran a ponerse fuera del alcance de un ambiente como el nuestro, tan bien dispuesto para irritar humores. Y no es que sea mucho más favorable

a la serenidad el de cualquier otro país. Pero sucede—y he aquí una ventaja inapreciable de los viajes—que en tierra extranjera puede uno permitirse el lujo de ser mero espectador. Todo cónsul vive en una agradable yuxtaposición que le hace pasar sobre los territorios sin posibilidad de echar raices. Dispersa y feliz República la de los cónsules. Dijérase que los Estados abrieron esta puerta, no sólo para la gestión de sus intereses exteriores, sino para dar suelta hábilmente a los jóvenes inquietos y protestatarios, sometiéndolos con esta traza a la disciplina capciosa e insinuante de la nostalgia. La distancia—ello es sabido—transfigura bellamente los temas de la Patria.

Quiso Dios que no fuesen inútiles del todo para Angel Ganivet sus oposiciones a la cátedra de Griego, ya que por esta circunstancia trabó conocimiento con un colega, algo mayor que él en edad, empeñado en idéntico anhelo, y cuyo espíritu, a fuerza de ser comunicativo, le penetró de no pocas emociones que así llegaron a serles indivisas. Me refiero a don Miguel de Unamuno. También era Unamuno, en esa primavera de 1891, opositor a cátedras de Griego. La vacante a que él optaba era la de Salamanca, que aun profesa. Presidía el tribunal que juzgaba la labor de ambas oposiciones, don Marcelino Menéndez y Pelayo. Y digo ambas porque se celebraban separadamente. «Ganivet asistía a mis ejercicios—cuenta Unamuno—y yo a los suyos, y todos los días

de aquellos alegres de Mayo y Junio nos reuníamos después de almorzar, en el café, y después de haber concluído los ejercicios, a media tarde, nos íbamos a tomar sendos helados—de que, como yo, era goloso—a una horchatería de la Carrera de San Jerónimo, y desde allí al Retiro.»

Unamuno no se dió cuenta exacta de la calidad intelectual de su improvisado camarada, porque Ganivet no llegaba a la efusión sino después de largo noviciado en la amistad. Unamuno, en cambio, hablaba tanto o más que ahora, según confiesa. Ganivet le oía y se limitaba a objetarle tal cual vez, de modo agudo y sutil, «pero no siempre congruente». Pasado aquel momento de circunstancial encuentro, los caminos de los dos opositores se alejaron del cruce, y para que volvieran a establecer comunicación fué preciso que Ganivet—años más tarde—publicase su *Idearium*. Leyéndolo Unamuno, reavivó la memoria, un tanto indecisa ya, de aquel amigo distante. Unamuno recordaba vagamente que Ganivet le contó un día curiosas particularidades de los gitanos de Granada. Ganivet recordaba de Unamuno algo más acusado: las ranas que con seguro lápiz dibujaba sobre el mármol del velador en el café. Unamuno las perfilaba bajo la sugestión de un dibujo japonés, ejercitándose para ilustrar una proyectada traducción de la *Batracomiomaquia*. «Una vez me pintó usted una rana—le escribía Ganivet luego—con tan consumada maestría, que no la he podido olvidar: aun la veo que me mira

fijamente, como si quisiera comerme con los ojos saltones...»

Merced al reactivo de *Idearium español*, repito, despertó en Unamuno la memoria de Ganivet, y a fin de que no prescribiese la decaída amistad, le escribió el primero al segundo una carta que sirve de cabeza a un interesante epistolario, cuya lectura me servirá, en momento oportuno, para poner al libro aquel de Ganivet el colofón más auténtico.

Unamuno no reanudó sus relaciones con Ganivet a título meramente literario, sino movido por un interés más humano y profundo, en cuanto derivaba de una coincidencia en idénticos motivos de preocupación. Precisamente, dos años antes había publicado sus cinco magníficos ensayos *En torno al casticismo*, inspirados, como el *Idearium*, en la consideración de la realidad española, como precipitado histórico y levadura de lo por venir. Cualquiera que sea el influjo ejercido por un libro sobre el otro, es lo cierto que el engarce, bien ostensible, de los dos, viene a hacer notar cómo quedó soldado el primer eslabón de una cadena que tantos esfuerzos asoció en torno a la fecha significativa de 1898.

En 1892, don Leopoldo Romeo se dedicaba a preparar opositores a las carreras diplomática y consular. Apuntes de su mano sirvieron a Angel Ganivet para adquirir los conocimientos que había menester en la tarea que a la sazón le domi-

naba. Solían ambos encontrarse en una misma peña de amigos, en el Café de Levante, mantenida con diaria asiduidad por unos cuantos muchachos que han llegado luego hasta diversas situaciones: los tres hermanos Royo Villanova, Julio Puyol, Rafael Andrade, Eugenio Silvela, Juan Ranero, a los que alguna vez se incorporaba un poeta ya consagrado, Emilio Ferrari, un novelista que venía de vuelta, José Zahonero, y un crítico que aspiraba a llegar, Emilio Bobadilla, a más de Navarro Ledesma y el hoy cónsul general en París, don José de Cubas, quienes fueron los introductores de Ganivet en la tertulia.

Fuese que el cuestionario de las oposiciones a cónsules se mostrase más propicio a las preferencias de su espíritu o que trabajara con más amplitud de tiempo, lo cierto es que Angel Ganivet hizo lucidísimos ejercicios, que le granjearon el número uno de la propuesta y, en su virtud, el nombramiento para el viceconsulado de Amberes. A poco, solicitaba la excedencia en el Cuerpo de Archivos: no cabía vacilación ya. Era forzoso romper las amarras y apercibir el ánimo a un destierro que no le sería doloroso, puesto que, voluntariamente, lo había buscado, pero que no dejaría de sacudirle melancólicamente las fibras más íntimas de su ser. El camino elegido le separaba de España, de su madre, de sus amigos. Mas la necesidad vital de traspasar horizontes le mandaba lejos. Poseía

el francés y el alemán, reforzados por un instrumento poderosísimo: la curiosidad. Así podría contrastar con la piedra de toque de otros países la hipótesis que para todo hombre razonable significa su Patria.

VI

AMISTAD Y LITERATURA

En el trigésimo año de su vida se aventura Angel Ganivet a dar a las prensas las primeras cuartillas que escribe con propósito de publicidad. La modesta forma en que él recibe su nada temprano bautismo literario denota de modo bien expresivo que no le movía, al cultivar las letras, ambición profesional ni vanidad de ninguna especie. No sintió, por lo visto, la necesidad de buscar para su pensamiento las formas difusivas de la letra impresa hasta que sus viajes de cónsul—«cónsul como Stendhal»—le hacen situarse ante perspectivas nuevas, de cuya emoción quiere hacer partícipes a sus amigos y a sus paisanos. Puede afirmarse, en verdad, que Ganivet se propuso ver y oír, sentir y pensar antes de escribir. Recuérdese la famosa división hecha por Schopenhaüer de los hombres de pluma: unos escriben sin pensar, otros piensan para escribir, otros escriben después de haber pensado... Ganivet es de los últimos.

Para su intención le bastaba con la hoja pro-

vinciana de *El Defensor de Granada.* Por conducto de su compañero Francisco Seco de Lucena, envió, al fin, su primer artículo, desde París, en uno de los viajes cortos que gustaba de emprender siempre que le era posible abandonar Amberes por unos días. Se titula *Literatura extranjera* (1) y comenta dos libros entonces recientes: *Lourdes*, de Emilio Zola, y *Jerusalem*, de Pierre Loti. Desde Gante envía otro sobre *Socialismo y música.* Desde Brujas, nuevas cuartillas tituladas *Arte gótico.*

Es curioso observar la trayectoria que recorre su creciente vocación de escritor. Hasta entonces había escrito sólo cartas. Muchas cartas, eso sí; cartas, tan largas como frecuentes, a sus amigos más entrañables. Pero a partir del primer artículo, que, en cierto modo, no es sino una carta más —una carta de destinatario indeterminado o innumerable—, el propósito de comunicación se asegura y ensancha. Vienen primero las cartas en serie, bajo una rúbrica que las enlaza en unidad de plan: *Granada la bella.* En seguida, la agrupación de estas cartas en una edición privada, estimulada ya por el buen suceso del tanteo. A continuación, un libro editado con sencillez y silencio en prensas locales: *Idearium español...* Y luego, más cartas, las que llamó *finlandesas* y las que cruzó con Unamuno sobre *El por-*

(1) Vió la luz este artículo en *El Defensor de Granada*, el día 4 de Octubre de 1895.

venir de España. Sólo después de estas escalonadas tentativas se resuelve a hacer en Madrid un verdadero libro, *La conquista del reino de Maya*, pues los anteriores, incluso el *Idearium*, no llegaron a perder la llaneza confidencial, la graciosa espontaneidad que da a esas obras de la primera época un carácter especial de charla entre amigos. Y aun en el caso de sus libros posteriores, publicados ya en clara opción al gran público, nada puede hallarse que permita atribuir a Ganivet ansias naturales de todo escritor: *hacerse la firma, llegar...* Ni busca reclamos, ni solicita gacetillas bibliográficas, ni trata de ganar en forma alguna la benevolencia de la crítica. Más bien abandona los libros a su propia suerte. Y menos aún ha de pensar en vivir a costa de ellos o en solicitar colaboraciones.

Aludiendo a las posibilidades de toda publicación, escribió unas palabras en *Granada la bella* que importa recoger, en cuanto delinean la razón generatriz de su obra, al par que la humilde cordialidad de sus afanes literarios: «Yo renuncio tanto honor y empleo los viejos recursos; viajo por todas partes y pongo en ejercicio, a la buena de Dios, mis cinco sentidos: ver, oír, oler, gustar y aun palpar, esto es, vivir es mi único procedimiento; después, esas sensaciones se arreglan entre sí ellas solas, y de ellas salen las ideas; luego, con esas ideas, compongo un libro pequeño, que, sin gran molestia, puedan leer una docena de amigos, y de ahí no pasa la cosa». Viene

asímismo a cuento otra cita de nuestro autor, que de igual modo evidencia su ejemplar desinterés: «Yo vivo en este país—escribe en Helsingfors—a costa de España. Y aunque no hay ningún artículo del reglamento que me obligue a escribir a mis paisanos, no hay ninguno tampoco que me lo prohiba, de suerte que soy libre para pensar como pienso que estoy obligado, y con el sueldo que me pagan, pagado».

Convengamos en que no es frecuente este lenguaje en Redacciones, saloncillos y cenáculos.

Conocemos sólo un tomo de los ocho o diez que pudieran formarse con las cartas que Ganivet hubo de escribir a Navarro Ledesma, según cálculo de éste. No sería más reducido, de seguro, el Epistolario de Nicolás María López, si llegase a ver la luz. Y algunos volúmenes más podrían componerse de reunir la dispersa correspondencia mantenida por Ganivet asiduamente con sus amigos íntimos. Algunos de éstos constituyeron un núcleo especial que es conocido con el nombre de *Cofradía del Avellano*. Mas las cartas que Ganivet les escribiera con carácter corporativo, sí nos son conocidas. Son las *finlandesas*, aparecidas, primero, en *El Defensor de Granada*, luego, en un volumen que editó el cariño de los destinatarios.

Las *Cartas finlandesas*, destinadas a la publicidad desde el momento mismo de ser concebidas, no son, en consecuencia, realmente íntimas. Si

las dirigidas a Navarro Ledesma responden a la necesidad del desahogo espiritual y todo es en ellas confesión y alumbramiento, las destinadas a la *Cofradía del Avellano* tienden a la revelación del mundo exterior antes que a la expansión confidencial. Son, ante todo, narrativas, como las otras son líricas en cierto modo. Ganivet quiere informar a los «miembros de la tan ilustre como desconocida *Cofradía del Avellano*» de cuanto ve o aprende en Finlandia: costumbres, literatura, antecedentes históricos, un poco de Geografía, algo de organización política...

Ha llegado el momento—creo—de fijar el semblante de la repetida agrupación: cenáculo peripatético que nació en Granada, por sugestión de Ganivet, para establecer en la Fuente del Avellano un culto, de primitivos y amables ritos, al agua y al paisaje. En puridad, la Cofradía no nació por expreso designio de Ganivet. Surgió como consecuencia necesaria del magisterio que, sin alardes, venía él ejerciendo sobre los elementos intelectuales de su ciudad natal.

En el verano de 1895, Ganivet fué desde Amberes a descansar una temporada entre los suyos. En Granada se había seguido, por no pocas personas, el itinerario intelectual de aquel hijo de molineros que obtenía matrículas de honor, una plaza en el Cuerpo de Archiveros sin asistencia del favor político, y, por último, el número uno en oposiciones a carrera tan brillante, tan de chicos de *buena casa*, como tiene fama de serlo

la consular. Ello decidió la fe de los remisos, y Angel Ganivet, sin necesidad de otras victorias, era ya en su tierra un muchacho que servía de ejemplo. ¿Podía esperarse algo más de él? Para muchos, en Ganivet se repetiría el caso frecuente del estudiante aprovechado que termina por sumergirse en la penumbra grata de un escalafón, sin chispazos ulteriores de actividad. Pero cuantos trataban de cerca a Ganivet advertían en él la presencia de un espíritu de más amplia capacidad. Los antiguos compañeros de estudios le reconocían, de buen grado, superioridad en la cultura y en la calidad moral de su espíritu. Así, su regreso a Granada, tras prolongada ausencia, dueño ya de su vida, tuvo caracteres de acontecimiento. Le buscaban la conversación cuantos sentían la avidez de nuevos horizontes, y rodeado de sus camaradas cruzaba por las calles en un monólogo de sugestivas ondulaciones. La tertulia deambulatoria solía remansarse en una plazoleta de las afueras, donde la fuente llamada del Avellano desgrana un hilo de agua que, al rimar con el manso murmullo del cercano río Darro, compone el único rumor de lugar tan silencioso y recogido. Llégase hasta él por un camino que arranca del Paseo de los Tristes para bordear, sinuoso, el Cerro del Sol, entre lirios, almeces y avellaneras. Cuantos temas se conciertan para formar el maravilloso poema que es Granada, muéstranse bien destacados y armónicamente fundidos en el panorama dominado por

la plazoleta del Avellano, *belvedere* incomparable. Piedras monumentales, cármenes floridos, un calvario, torres mudéjares, cuevas de gitanos, braveza de pitas, umbría de alamedas, anhelosa finura de cipreses...

La tradición literaria del Avellano no comienza en la Cofradía. El valle del Darro está ilustrado por páginas muy bellas de Chateaubriand, primero en rendirse a la seducción de la célebre fuente, poco después cantada, en silva interminable, por el conde de Torre-Marín: «Más bella que Aretusa y que Hipocrene». Una *granadina* popular y una poesía de Miguel Gutiérrez habrían de entrar asímismo en el Cancionero que del Avellano pudiera formarse. «Fuente que calma—dice Gutiérrez—, con la fiebre del cuerpo, la sed del alma...»

Ganivet explica su devoción al repetido lugar mediante cierto episodio sentimental; una novia suya—¿figura real o imaginada?—que frecuentaba los vericuetos del Avellano en busca inútil de fuerzas y salud. «Siempre que voy a Granada —escribe—subo un día y otro por aquellas cuestas, y cuando voy solo, siento que me atrae una sombra de mujer, que vaga por aquellos parajes llorando por los amores que se quedan en el Limbo...» (1).

Unos poyos de piedra bordean la plazoleta del Avellano. En él tomaban asiento los cofrades, si

(1) *Libro de Granada.* Granada, 1899. Pág. 24.

es que no preferían llegar, por difícil vereda, entre espinos y zarzales, hasta las fuentes sucesivas de la Salud y Agrilla.

Vaso de agua va, vaso de agua viene, alrededor de aquella fuente purísima—*splendidior vitro*—los cofrades se solazaban en charlar con inalterable serenidad «de todo lo divino y lo humano», como dice Ganivet, quien describe en *Los trabajos de Pío Cid* una de aquellas curiosas sesiones (1), sin más que embozar a los cofrades en clave no muy difícil de descifrar. «Antón del Sauce», por ejemplo, es Nicolás María López, prosista delicado, que figuró, con su *Tristeza andaluza*—Granada, 1898—en la vanguardia del modernismo; colaborador de *Madrid Cómico* y de *Vida Literaria;* notario hoy un tanto indolente y escritor jubilado por caprichoso empeño. «Feliciano Miranda» es Matías Méndez Vellido, autor de los más animados cuadros de costumbres que Granada haya inspirado jamás, rico de vocabulario y de agridulce humor. «Perico el Moro» es Gabriel Ruiz de Almodóvar, literato de buen gusto, muerto en tristes condiciones; tocador de guitarra, apasionado, melancólico y soñador como *El último Abencerraje*. «Gaudente el Viejo» es Miguel Gutiérrez, profesor de Literatura, gustador de la vida a la apacible manera horaciana. «Gaudente el Joven», Melchor de Almagro San Martín, el Benjamín de la reunión, «estudiante de Dere-

---

(1) Madrid, 1898. Tomo II. Págs. 141 y siguientes.

cho y aspirante a escritor». «Los hermanos Montero» son Rafael y José Gago Palomo, el primero de los cuales es, sin duda, la figura de mayor realce en la Cofradía, después de Ganivet. Se parecía a éste en la avidez de su espíritu, reacio por naturaleza al encierro en casillero alguno, pero de mayor extensión en punto al área de su cultura, toda vez que alcanzaba, de modo preferente, amplios sectores de las ciencias exactas y físicas. Pudo ser polígrafo y quedó en *diletanti*. Empezó varias carreras. No terminó ninguna. Fué pobre siempre y jamás perdió la alegría. Publicó una novela, *María*, muy celebrada al tiempo de su aparición y totalmente olvidada luego. Cuentan que sus paradojas y juegos de ingenio le valieron gran notoriedad en el antiguo Ateneo de la calle de la Montera. Albareda quiso protegerle, y la despreocupación de Gago frustró los buenos propósitos del Mecenas. Reintegrado a Granada, sólo surgía de la obscuridad alguna que otra vez para regalar a periódicos o revistas locales una leyenda, una disertación de Estética o un ensayo sobre algún tema de Mecánica celeste. Tradujo —el primero en España—a Ibsen. Y mandaba, cuando tenía ganas, alguna comunicación de materia astronómica a las sociedades extranjeras de esta índole. Caso singular: contemplaba Gago el cielo, de hito en hito, con algún aparato rudimentario, a lo sumo, por todo instrumento. En mis lecturas de historia anecdótica de las Letras he conocido un extraño personaje que debió de pare-

cerse no poco a Rafael Gago: Carlos Cros, poeta entre los parnasianos, crítico, inventor del *paleófono*, precursor visionario de algunas maravillas científicas y amante de aquella Nina de Villars, cuyo salón calificaron los Goucourd de *atélier de détraquage*.

En la *Cofradía del Avellano* no se estropeó ninguno, en cierto sentido; pero se frustraron casi todos, rindiéndose a un hado que, a la verdad, no cabe adjetivar de favorable. Mientras Ganivet vivió, permanecieron sus amigos en plena tensión, hostigados de continuo por él. A todos les escribía, y era rara la carta que no llegaba con un nutrido envío de libros y de periódicos. «Una vez que despaches mi última remesa—le dice a Nicolás María López—avísame e irá otra, pues yo no ceso de comprar libros, y agradezco que alguien desee leerlos para ponerlos en circulación.»

Las enseñanzas de nuestro hombre no servían finalidad alguna que fuese ajena a sus propios objetivos. De otra suerte, no hubiesen sido lo que fueron: de un alto desinterés espiritual, sino una empresa de proselitismo, como la de cualquier jefe de banda política, filosófica o social. No pretendía Ganivet otra cosa sino despertar en cada uno de sus corresponsales el apetito de Verdad, la sed intelectual, el amor a las funciones maestras del espíritu. Infundía las máximas virtudes: la esperanza, el entusiasmo, la tolerancia. Y al realizarlo, no procedía al estilo de Zaratustra:

«Mis palabras, semejantes al colmillo del jabalí, deben desgarrar el fondo de vuestras almas; yo quiero ser, para vosotros, reja de arado». Mejor cabe decir que las abría de modo amoroso y paternal, sin conato de imposición ni sombra de violencia. Así como Pío Cid, a la manera socrática, era capaz de enseñar a hacer pajaritas de papel e, incidentalmente, enseñar un curso completo de Metafísica, Angel Ganivet utilizaba cualquier coyuntura para sembrar una idea estimulante. A estos días hay que referir una fase muy movida de las Letras locales. Se publican excelentes artículos y algún libro de mérito, aparte del *Libro de Granada*, a que más tarde me he de referir. Pero la muerte de Ganivet eliminó todo acicate. Se abandonaron las voluntades a su natural pereza. Se dispersó la Cofradía y aun dijérase que un raro maleficio embrujó la fuente del Avellano, porque a la tragedia de Ganivet siguió alguna no muy diferente. Los más de los cofrades han tenido la suya. En un caso, de violenta exteriorización. En otros, de lento proceso interior...

Véase, por tanto, cómo Ganivet fué a la Literatura: por la amistad. En obra que sólo reconocía su intención primera en el cambio de juicios e impresiones con amigos de la más profunda afección, era natural que no mediasen los géneros literarios al uso. El propio autor debió de sentirse perplejo ante la calificación que un pre-

ceptista pudiera hacer, por ejemplo, de *Granada la bella.* He aquí sus palabras: «Esas ideas que sin orden preconcebido, y pudiera decir con desorden sistemático, irán saliendo como buenamente puedan, tienen el mérito, que sospecho es el único, de no pertenecer a ninguna de las ciencias o artes conocidas hasta el día, y clasificadas, con mejor o peor acierto, por los sabios de oficio». Con *desorden sistemático,* dice... No están compuestos de otra manera, en efecto, los artículos de *Granada la bella.* Y no sólo éstos; asímismo las *Cartas finlandesas* y el *Idearium español.* Incluso también las novelas del quebrado ciclo de Pío Cid, aunque en éstas se advierta ya la presencia de una aspiración diferente: Ganivet quiere lograr, indudablemente, en estos libros últimos, la factura peculiar de la novela, sin llegar a conseguirlo. Y es de suponer que no le pesará gran cosa a quien, en realidad, no cifró sus reglas mas que en la primacía de la espontaneidad, condición, para él, de toda creación artística valedera. Con aire de vanagloria, que no le era extraño, confesó una vez: «Escribo en todos los géneros conocidos y en algunos inventados para mi uso particular» (1). Mas esto del *invento* requiere especial dilucidación. Porque bien puede ocurrir que el supuesto invento ya contase con patente auténtica de remota fecha.

---

(1) Carta a Nicolás María López, citada por éste en su conferencia *Ganivet, íntimo.*

Como que tal vez no sea arbitrario afirmar que tales géneros *inventados* por él se reducen al *ensayo*.

El *ensayo*, como expresión impuesta por la probidad de un autor, que de este modo corta el paso a toda posible objeción confesando que su trabajo significa sólo una tentativa, es fruto natural de la responsabilidad que nuestro pensamiento contrae ante el ajeno. «*Ensayos* de Política y Moral», *verbi gratia*, tituló el canciller Bacon a sus elucubraciones. Y el vocablo hace mucha fortuna en el siglo XVIII, siglo de rigor filosófico que, por lo mismo, quiere dar a los afanes de la razón el nombre y medida que respectivamente les correspondan. «*Ensayo* sobre el espíritu humano» se llama un trabajo fundamental de Locke. «*Ensayo* sobre el entendimiento humano», otro de Leibnitz. «*Ensayo* sobre las costumbres y el espíritu de las naciones», otro de Voltaire... Pero esta acepción propia, directa —genérica, pudiéramos decir—del ensayo, se especifica en una línea bien acusada que parece arrancar de Montaigne, si no es que existía ya al tiempo de escribir Erasmo su *Encomium Moriae*.

Para Montaigne, ensayar vale tanto como confrontar; confrontar en su persona todas las atribuciones humanas, es decir, erigirse en piedra de toque. Como Montaigne llevó a cabo estas confrontaciones o *verificaciones* en sucesión de motivos que nada tenían de sistemáticos, por fuerza

había de caracterizar a sus *Ensayos* la falta de articulación en un plan de conjunto u orgánico.

Este modo de reaccionar ante la vida—tanto la exterior como la interior—sin cuidarse de componer cuadros totales, mucho menos de agotar materias, con cierta fruición en las divagaciones, gustando de frecuentar, con ágiles zigzagueos, los temas más varios, y de unirlos, no en virtud de sus enlaces naturales, sino por su coincidencia eventual en un panorama subjetivo, es lo que ha creado el tipo moderno de *ensayista*, muy lozano en Inglaterra, a partir de Addison y de Steele.

¿Y en España? Es dudoso que podamos considerar como precursores del género a Quevedo, a Saavedra Fajardo o a Gracián. Mejor pudiéramos descubrirlos en el P. Feijóo y en el P. Isla. En Mariano José de Larra, por supuesto, si bien abundan—y aun predominan—en su obra los trabajos que en puridad no ofrecen notas distintas a las peculiares del artículo de costumbres o crítica genuinamente periodística. Lo que no cede en detrimento de *Fígaro*. El artículo es un género literario tan legítimo como el ensayo. Sólo que ahora—falacias de la vanidad—se quiere convertir en ensayista a cualquier fautor de artículos... no siempre buenos. Conviene a muchos que el ensayo sea sólo un esbozo que no comprometa demasiado y no lo que realmente es: la más encumbrada flor del espíritu, lujo de la personalidad, que no todos pueden costear, en

cuanto interpreta aspectos del mundo o de la vida sin servidumbre a criterios ajenos.

Bien. Yo no sé quién podrá disputar a Ganivet y a Unamuno la primacía—en orden al tiempo—, y con mejores títulos, respecto al *ensayo* en lengua española. Pero Unamuno le lleva a Ganivet una ventaja desde este punto de vista, ya que él rotuló, desde luego, con tal designación, no usada nunca por Ganivet, los capítulos que componen sus admirables divagaciones *En torno al casticismo*. Meses más tarde aparecía *Granada la bella*, ensayo hecho y derecho, aunque su autor no lo bautizara así.

Angel Ganivet permaneció en Amberes hasta fines de 1895, en que, al ascender a cónsul de segunda clase, fué destinado a Helsingfors. De la producción intelectual de nuestro autor en este período no poseemos otras muestras que los tres o cuatro artículos de *El Defensor* a que aludo en el comienzo de este capítulo y las cartas a Navarro Ledesma que vieron la luz en el *Epistolario*. Cierto que gran parte de los libros de Ganivet fueron pensados y aun escritos en Amberes, pero la publicación de ellos se realizó en el breve espacio de tiempo que va desde su llegada a Helsingfors—Febrero de 1896—hasta el día de su muerte; o sea, que en unos tres años mal contados dió vida a los siete tomos que componen su obra, a saber: *Granada la bella*, *Cartas finlandesas*, *Idearium español*, *La conquista*

del reino de Maya, *Los trabajos de Pío Cid*—dos volúmenes—y *El escultor de su alma*. Amén de varios artículos—o ensayos—recogidos luego, y de su colaboración en el *Libro de Granada*. El dato merece ser tenido en cuenta, puesto que sirve para apreciar en la justa medida el atropellado borbotón de los escritos de Ganivet, poseído, a lo que se ve, por una impaciencia de factura y una espontaneidad de juicio, que lógicamente habían de motivar una serie alternativa de yerros y de excelencias.

Abundancia de espíritu hay, de seguro, en las improvisadas producciones de Ganivet: riqueza evidente de cerebración y de cordialidad. Pero ese modo vehemente de imaginar y de componer no significa, por cierto, la prenda que más contribuya a los triunfos del pensamiento y de su expresión artística.

La varia condición literaria de las obras de Ganivet—prosa y verso, acción dramática y pasión lírica, humor y meditación—se resuelve en una idea superior y constante, permanente a través de los más confusos momentos, si bien mude en su revelación concreta. Tal idea, patente siempre con presencia inmediata o en expresión simbólica, no es otra que la creencia en la capacidad del propio espíritu para lograr la perfección de toda entidad humana: individuo o sociedad. La proyección de este pensamiento central es triple, en círculos que tal vez puedan representarse así:

A) Preocupación estética, referida a una ciudad: Granada.

B) Preocupación política, referida a una nación: España.

C) Preocupación moral, referida a un hombre: *Pío Cid* o *Pedro Mártir:* Angel Ganivet mismo.

En el primer círculo, pues, queda inscrita *Granada la bella* y los artículos del *Libro de Granada*, que son como una adición perfectamente homogénea. En el segundo, el *Idearium español*, las cartas a Unamuno sobre *El porvenir de España* y, en cierto sentido, *La conquista del reino de Maya.* En el tercero, este último libro, *Los trabajos de Pío Cid* y *El escultor de su alma.* El *Epistolario* tiene valor de preludio y de interpretación auténtica de todo el repertorio. No está mucho más presente Amiel en su *Journal* que Ganivet en sus cartas. Al frente de ellas pudieran haberse puesto las palabras con que Montaigne inicia sus *Essais*: «*C'est icy un livre de bonne foy... Aussi, lecteur, je suis moy mesme la matière de mon livre*».

Dejo para una desviación marginal la referencia de las *Cartas finlandesas* y de *Hombres del Norte*, y haré mención separada de los versos de nuestro autor. Todo ello sin perder de vista la trayectoria personal de Angel Ganivet. La tragedia interior que en breves años desquició su vida tiene no menos interés que su obra, y la una necesita ser explicada por la otra.

VII

GÉRMENES E IDEAS MATRICES

La carta que encabeza el *Epistolario* de Navarro Ledesma está fechada en 18 de Febrero de 1893. La última, en 4 de Enero de 1895. Acotan, pues, un espacio de dos años, en el que, merced a todas ellas, se hace posible la exploración por ese mundo tan circunscrito e infinito a la vez, mundo tan circunscrito y tan infinito a la vez, que es la intimidad de una persona. Cuanto Ganivet representa, como promesa y como realidad, está ya acusado en estas cartas, que nos dan incluso la medida de lo que más habría podido modificarse, al pasar de la confesión privada a la literatura pública: el estilo. Pero ya queda dicho que cuantas páginas salieron de la pluma de Ganivet pueden ser leídas en el tono menor de una confidencia. Así es de familiar su prosa. El énfasis, por tanto, no la aproxima a la que, hinchada por aire declamatorio, caracterizaba, en parte, el estilo literario de la época. Mas, si bien se mira, el énfasis no era general en los días de la Regencia sino en orden a la literatura política y académica. Ahí sí: domina lo campanudo y va-

cuamente solemne. La nota que mejor define la prosa en que los hombres de letras de entonces escribían sus novelas, sus cuentos, sus crónicas, era el desaliño, o más bien, la pobreza, sin que semejante tacha formal se compensara en todo caso con la buena disposición y riqueza del contenido. Y en este escollo de la expresión doméstica, embarrancó más veces de las admisibles el estilo de Ganivet. Y no se arguya—puesto que hablamos del *Epistolario*—que nuestra afirmación carece de valor, por tratarse de escritos no destinados a la publicidad. Porque el artista no deja de serlo ni aun en sus expansiones íntimas. Cierto que Ganivet, en sus libros ulteriores, revela mayor preocupación en el uso de giros y vocabulario, logrando limpieza y cierto ornato en *Granada la bella*, en *Cartas finlandesas*, y, sobre todo, en el *Idearium*, donde, a mi juicio, consiguen sus palabras grato aire literario. Se nos muestran aquí mejor escogidas y concertadas, vivaces y ágiles, componiendo incluso alguna que otra feliz metáfora. Pero el mal gusto no desaparece del todo, y menos en *Los trabajos de Pío Cid*, el peor escrito de los libros de Ganivet, probablemente casi tan pródigo como el *Epistolario* en muestras de abandono y en alardes de giros mostrencos.

Muchas frases podrían subrayarse en el *Epistolario* si por este procedimiento quisiéramos demostrar la supervivencia en el escritor del hombre que, en sus primeros años, anduvo entre

gentes de ínfima condición. Cuando la influencia popular se hace visible en palabras y en frases de un grafismo o de una exactitud que no repugne al paladar educado, bien va. Más aún: estas sales dan a un estilo sabor muy gustoso, a la vez que riqueza al lenguaje literario. Nadie ha de ir a la mano de nuestro escritor, si éste usa verbos como *ruminar*—cavilar—y locuciones como *pedir alafia* —gracia—. ¿Cómo no preferir una prosa de solera popular, pintoresca y coloreada, a la muy artificial, fría y empachosa de las Academias? La prosa de Ganivet no es erudita, gracias a Dios, sino popular: pródiga en modismos tomados de primera mano. Y a cuenta de esta condición, la abonamos su agilidad y su jugo. Pero... ¿y cuando lo popular, que significa aire libre, se tuerce en lo casero, que trasciende a tufillo agarbanzado? Se suceden, demasiado cerca las unas de las otras, frases hechas como éstas: «pescar tajada», «tratar a la baqueta», «meter baza», «de tomo y lomo»... Los academizantes llamarían a esto casticismo. A mí me parece que cuadra mejor otro término: ramplonería. ¿Y cuando lo popular degenera en plebeyo? ¿Y cuando, por descuido imputable a mala crianza estética, olvida Ganivet dar a sus expresiones un mínimum de dignidad literaria?

«Pasarse el mundo por debajo de la pata», es una locución de Ganivet que sólo podría tolerarse en alguno de los arrieros que frecuentaban su molino. Y es frase que llegamos a olvidar

cuando descubrimos la siguiente superación de grosería: «Las cosas que me bullen en la mollera no son para ocultas, ni para habladas, ni para pintadas, ni para cantadas, sino para defecadas en una sola deposición grande, como un haza de sembrar fanegas de marco real...» (1). La maloliente analogía debió de gustarle, ya que no se decide a abandonarla. Reincide a poco, y otra vez habla de más deyecciones, de inmundicias que se le meten por todos los conductos, de lavativas, purgantes «y demás adminículos del arte terapéutico-poético», de *apretar* con todas sus ganas, etcétera. Otra muestra significativa: en trance de ponderar la satisfacción con que uno lee el *Quijote* o la *Ilíada*, «después de darse un buen atracón de lecturas modernas», acude a una semejanza que no puede ser más infeliz, equiparando aquélla a la «complacencia con que después de alimentarse uno varios meses de sardinas en lata, aceitunas y rajas de salchichón, vería aparecer una majestuosa fuente de cocido con muchísimos garbanzos».

Y no más botones. Sospecho que alguien traiga a cuento, en descargo de nuestro autor, trozos escogidos al efecto, de clásicos castellanos. Es cierto que, por lo menos, en la novela, de Cervantes para abajo, se echa de ver análogo sentido de una realidad demasiado vulgar, polvorienta, francamente repulsiva a ratos. El excremento, el pio-

(1) *Epistolario.* Madrid, 1904. Pág. 120.

jo, la tiña, aparecen con lamentable reiteración en los cuadros que Espinel, Quevedo o Barbadillo trazan de la sociedad española. Pero si nuestra picaresca merece alguna consideración artística, no es seguramente por esta obediencia a la voz zafia de una ingrata realidad, sino a pesar de ella. Es probable que las grandes obras de la picaresca no tengan sino interés estético muy secundario en relación con el lingüístico e histórico que indudablemente poseen.

Valga, por lo que hace a Ganivet, parecida justificación. El gustador de estilos no hallará en aquél, con la frecuencia que deseara, reverberación, ritmo, curva graciosa... Pero si es aficionado a la investigación de formas dialectales características del andaluz, o, en un sentido más amplio, gusta del castellano casero, lea y anote con cuidado voces, giros, frases, refranes... De tanta utilidad como son, a tal respecto, las novelas de *Fernán Caballero* en relación con la Andalucía baja, lo son algunos escritos de Ganivet en punto a la alta.

En las páginas del *Epistolario* hallamos algunas promesas de la obra ulterior de Angel Ganivet. Y promesas bien individualizadas en cada caso. Interesa destacarlas, toda vez que sirven para ilustrarnos el hecho, siempre curioso, de la gestación. Trataré de enumerar esas referencias que en el *Epistolario* se contienen acerca de libros en preparación. A saber:

Un par de obras «que pienso publicar cuando vaya a España. Una de ellas está en embrión y la otra en manipulación muy avanzada, pues ya voy por el capítulo once, y tendrá, a lo sumo, veinte».

Un trabajo «más o menos literario», sin título aún, que podía ser algo así como *El maestro restaurador de sociedades desvencijadas.* «El primer título que se me ocurrió—escribe—fué *Cánovas sive De restauratione*, pero no me pareció luego bien, porque particulariza demasiado, y lo dejé para que brote espontáneamente.»

Otro del que parece desencantado ya, y que se llamaría *No hay tales carneros*, «de carácter filosófico-pardo».

Otra obra en embrión, de carácter histórico-contemporáneo, «llamada, si se escribiera, a hacer ronchas, no por su mérito, sino porque las levanta siempre todo lo que se refiere a política y a personalidades que viven, y, sobre todo, que comen».

Un poema doloroso, *Apechuguemos*, «cuya esencia—añade—sería la representación de esa continuada transacción de *intereses humanos*, haciendo notar que en el fondo de todo eso lo que hay no son intereses, ni humanidad, sino estupidez innata, falta de voluntad y sobra de apetito».

Una «obreja a punto ya de conclusión»: cuatrocientas cuartillas de letra menuda, a base de estos dos componentes: primero, «un hombre

que debe tener, y quizá no tendrá, «algo del espíritu aventurero de nuestros buenos tiempos», y una nación, *Maya*, «no muy conocida aún de los exploradores, dotada de ciertos elementos de cultura y en expectación de que alguien la restaure en todas sus fuerzas vivas».

Y, finalmente, un plan que le «gusta extraordinariamente, y que exigiría veinte años para darle cuerpo». Para esta obra necesita su ideador nada menos que estudiar a fondo los profetas, especialmente Jeremías; Platón y los satíricos españoles, en primer término, «tu favorito—le habla, como se sabe, a Navarro Ledesma—, Quevedo».

De este catálogo de libros *in fieri*, sólo es fácil de identificar *La conquista del reino de Maya*, único, por otra parte, a quien se refiere el autor como en situación propincua a una inmediata publicación. «Y ya que te digo esto—sigue diciendo—desearía que me hablaras algo sobre el berengenal ese de precios y de impresores, y demás cosas que se rozan con el arte editorial.» Los demás libros aludidos a título de posibilidades, no llegaron a lograrse o a ver la luz pública, cuando menos. A no ser que, en sucesivos avatares, parase alguno de ellos en otro de los ya conocidos. Ello es que Ganivet, en Amberes, apenas si dió paz a la pluma. La vida que llevaba era propicia a tal suerte de labor. «Recogido dentro de mí mismo—dice—por falta de

medios de comunicación, todas las fuerzas se gastan en cavilar y barajar ideas y planes.»

Fácil nos es reconstruir la vida de nuestro vicecónsul, en tierras de Flandes, hojeando el *Epistolario*. No nos falta ni aun el dato de sus ingresos económicos. Con diez o doce francos diarios no más contaba Ganivet para sus gastos de toda especie en Amberes. No era mucho, pero en aquella época aún representaban medios suficientes para vivir un hombre de escasas necesidades. Y si la cosa no permitía más, mejor será—a lo que asegura el interesado—buscar la razón de la estrechez en su falta de capacidad financiera, que no en la escasez de dinero. Con todo, mes hubo en que el saldo resultó francamente favorable: sesenta francos de superávit, que él invertía—dice—en la constitución de un fondo que hiciera posible un viaje a su Granada natal.

He aquí que Angel Ganivet vive en una casa muy barata—cincuenta francos al mes—, pero cómoda y agradable. Hace esquina, y ello le permite disfrutar de dobles vistas mediante cuatro ventanas. Pasa la mañana en la oficina. Antipáticos menesteres: papeleo. Es fuerza redactar algún trabajo estadístico para enviarlo a la Comisión de Convenios de Comercio. Le faltan unos datos, que suple hábilmente. De todas maneras, es igual... ¿A quién aprovechan las estadísticas? Su jefe le tiene en concepto de hombre listo, pero de funcionario descuidado. Mu-

chas mañanas le amonesta por su falta de puntualidad. A veces le reprocha su negligencia, sus chanzas, que ceden en quebranto de funciones tan graves como las consulares. El jefe, de día en día más receloso, llega a hacerle objeto de impertinente curiosidad, y aun le interviene la correspondencia. Un día llegan a indisponerse. La suegra del cónsul ha ordenado que no se fume en la oficina, y el vicecónsul no quiere renunciar a su cigarro. Decide, al fin, no sostener con aquél más relaciones que las estrictamente oficiales. Se mantendrá en su sitio, y nada más. Piensa que es disparatado eso de granjearse las simpatías de las personas con quienes se convive. «Lo prudente es elegir el terreno en que pueda uno pisar fuerte, y después hacerse respetar y temer, y si es posible, tratar a la gente a puntapiés.»

Luego, todo el día le pertenece. Apenas si tiene amigos (1). Hechas las visitas inexcusables de recién llegado, resuelve no surtirse de tarjetas en adelante. No se le tache de orgulloso. Simplemente, es exigencia de «los nervios que se engorritan como locos, ante las visitas *pro fórmula*.» Pasea. Escribe. Lee. Rebusca libros en los tenderetes de lance. La *Historia de la Literatura inglesa*, de Taine, le despierta el afán de

(1) «Aquí ahora, en las últimas tandas de personas que he tenido que tratar, he quedado mal con el 95 por 100.» *Epistolario*. Pág. 256.

poseer tal lengua. Compra una gramática y un diccionario para aprenderlo a solas. Alguien le habla de un profesor muy práctico que lleva una peseta por hora, «como los simones en España». Por las tardes, en un piano—que le alquilan—evoca motivos populares españoles. El vino de que gusta beber es también español. Su ánimo, hostigado por la nostalgia, no reposa. En su inquietud y descontento, decide ser pintor, y comienza a ejercitarse en el dibujo. A lo que está, desde luego, firmemente resuelto, es a rehuir todo incidente amoroso. El azar le coloca cerca de una joven bilbaína, nada inteligente, pero muy moderna de educación. Ella quizá cuente con él para un posible plan matrimonial. Él, por si acaso, procura no verla. Aplica así «un criterio de honestidad y de castidad que *le* favorece altamente en sus planes científicos y literarios». Sin que proceda olvidar el pasaje aquel en que, explícitamente, confiesa su *asco de la materia.* «Mi último devaneo amatorio—declara—fué con una flamenca monumentalmente hermosísima, cuyos interiores harían suspirar a la Gabriela o a cualquiera otra carnicera, y, sin embargo, toda la historia se quedó en los preliminares, pues en el momento álgido me ocurrió lo que a las personas de estómago delicado, cuando ven una mosca o un cabello, así sea el plato más apetecible del mundo. Me reintegré en mis *hábitos* y alcé el vuelo...» (¿Es que se había apoderado de Ganivet, para siem-

pre, el cansancio erótico? Más bien parece que se trataba de un interregno. Sus amigos aseguran que era habitual en él la irritación de la libídine.)

La comida en los barcos españoles que visitan el puerto, sí le suelen divertir. Le es ameno el trato de esos tipos de hombres cruza-mundos y optimistas, que son los marinos. Las veladas transcurren lentas en la soledad de su cuarto. Se acoge al sustitutivo de las cartas. Escribe muchas: a Nicolás María López, a José de Cubas, a Rafael Gago... Dos o tres veces por semana, a Navarro Ledesma, archivero en Toledo y colaborador de *El Correo*, a quien nos imaginamos caballero en un potro y con libros en el bolsillo, yendo y viniendo, entre chopos y olivos, sobre el fondo ocre y verde del paisaje toledano. En la mesa de Ganivet se amontonan los libros. Libros de la especie más varia: Homero y Maeterlinck, el P. Granada y Renán, *El doctor Pascal*, de Zola, dos o tres novelas de Galdós; la novedad literaria de un día, *Dolores*, de Balart; otra novedad, pero parisiense, *Mes paradis*, de Richepin. Y Barrés, y Taine, y Loti, y un Swift de la Biblioteca Maspor, y Flammarion, y Macaulay...

Angel Ganivet ya está en la cama: la habitación a obscuras; el aire, medroso. Se siente triste. Enciende la luz de nuevo. Deja un libro apenas reabierto. Cambia de postura. ¡Ah, si pudiese a la vez cambiar de pensamientos!...

Ha terminado de vivir un día, sin saber por qué ni para qué. Le aguarda otro, sin que la ilusión le haga grata la alborada. Tal vez las agrias sombras de su ánimo provengan de una dolencia hepática. Sí, es posible una hepatitis, «porque he notado—cuenta luego a su comunicante más frecuente—que arrojo *la mar* de calculillos rojos». ¿Y si fuese algo más profundo, algo que no dañara precisamente un órgano, sino el centro mismo de su alma? Acaso requiera una mañana la maleta para escapar unas horas a Bruselas. Tal vez llegue, en sus huídas del tedio, hasta París, en busca de un lugar más rico en motivos de distracción. Pero tampoco... Va a los teatros, a los *cabarets*. *Manon* le resulta trivial; como todo lo de Massenet. *Cousin cousine*, una opereta estúpida. La Duclerc y Paulus, artistas—si es que lo son—, de indecente procacidad...

Y otra vez en Amberes: la oficina, las memorias comerciales, los cuadros estadísticos, la entrada y salida de papeles que nada le importan; el arroz a bordo de algún barco español; los enojosos banquetes oficiales, y la pintoresca farsa de una Exposición, en la que todos los españoles obtienen medallas y diplomas, cuando merecen, a lo sumo, «un par de patadas».

Los panoramas interiores que descubren las cartas de Ganivet son de dramática negrura. A veces el chiste, que suele ser el último cartucho

del alma decepcionada, luce en rápido cohete. La negrura persiste, acentuada. Y es que las sombras le vienen a nuestro autor de muy dentro. No nos extrañen las furtivas chispas del humor ganivetiano. Humor, precisamente. Y humor agridulce de pesimista. ¡Qué diferente risa la del pesimista—cuando ríe—a la del optimista! La controversia del uno y del otro es de las más constantes de la Historia. Y ninguno se da por vencido. Como en la sátira de Juvenal, hay quien inicia el día riendo y quien lo empieza llorando. Sin que, al acostarse, se muden tales expresiones del ánimo, cualquiera que haya sido la lección de la jornada. En último término, pesimismo y optimismo no significan actitudes de la razón, sino mandatos del temperamento. Pero el pesimista desprecia al optimista, puesto que se cree *en el secreto* de que nada cabe esperar de nada. Y es esto por lo que mira a su contrario—inocente y confiado—con ironía, con piedad o con desdén, según el temple específico de su ánimo: siempre de arriba abajo. El optimista, ni aun repara en la existencia de su impugnador sistemático. Apura los segundos en el deleite que le brindan las realidades del primer plano. No traspasa, no inquiere, no sufre...

Ganivet era un pesimista de buen temple: afectivo, veraz, generoso, fiel. La vida, por otra parte, no le había envenenado el carácter, mediante las toxinas del fracaso. Al contrario: triunfó en cuantas empresas acometiera. Pero dentro de

sí, ¡qué negrura, qué congojas, qué desilusión!... Su pesimismo no reconocía apenas momentos de iracundia y encono: se traducía más bien en un humor ligeramente acidulado que de raro en raro destilaba en sarcasmo. «Tristeza natural y espontánea» la de Ganivet; no la determinaban motivos personales, en cuanto luchador de la vida. Así sabía mantenerse con la noble compostura del pesimista sin doblez.

El mundo se le aparecía a Ganivet, desde todos los recodos de su anhelo, como un paisaje yerto y quebrado, sin incitaciones a la marcha, ni seguridades de reposo, ni luces en el horizonte. «Con el tiempo—escribe—llega uno a convencerse de que está de más en el mundo; que no hay fines propios del hombre, porque los únicos fines, que son la generación y conservación, son fines específicos, no individuales; que no hace uno nada esencial, o si hace algo es engendrar otro ser análogo o peor, y que todas las demás ocupaciones son formales o imitativas y como eflorescencia que produce el roce orgánico. Somos, ni más ni menos, que motores; trabajamos para tirar de un peso, para producir movimiento, para dar éste o aquél rendimiento *útil*. Pero el motor, ¿qué es en sí?» (1). Y después: «Yo estoy convencido de que se debe hacer lo que buenamente salga; pero estoy más convencido de que, salga lo

---

(1) *Epistolario*. Págs. 283-284.

que saliere, no sirve para realizar ningún fin particular nuestro, de que vivimos atados a la noria, unas veces para dar vueltas en tonto, porque la noria está seca, y otras para sacar agua sin saber si sale o no, porque tenemos los ojos vendados para evitar el mareo.» Tales reacciones sólo podían precipitar una conclusión inhibitoria. Ésta, por ejemplo: «Me lío la manta a la cabeza... y no para hacer una atrocidad, sino para no ver». Cuando cifra su aspiración fundamental en adquirir un *yacht*, «para huir mar adentro», la frase adquiere un patético valor alegórico. El anhelado *yacht* es la modernización de esa barca liberatoria que alguna vez apunta su vela, sobre las turbadas ondas de la vida, en las máximas de Marco Aurelio. La barca que nos lleva al lado *de allá*, en tantas mitologías... Mas para extremo en la desesperanza, ni aun confía en la paz deparada por la muerte. Cuando le ronda—y no es insólita—la tentación del suicidio, la salva con un quiebro dialéctico, que no es, ciertamente, para tranquilizar. Léanse las últimas palabras—¡qué firmes en su desolación! — de la última carta inserta en el *Epistolario*, que aluden a la idea del suicidio. «No resuelve nada tampoco—dice— si, como es de temer, tenemos varias ediciones, y cuanto antes nos inutilizamos, tanto antes nos echan tapas y medias suelas en el laboratorio de las almas, para lanzarnos a funcionar de nuevo en este planeta o en otro, si hay varios que nos ayuden en esas faenas.» Véase cómo, para nues-

tro hombre, la otra vida no es una certidumbre, sino un temor que excluye hasta la última esperanza del aniquilamiento.

Consciente de su pesimismo, Angel Ganivet se da cuenta de la fuerza atractiva con que las ideas tristes se enseñorean del ánimo, «hasta tal punto —agrega—que nos hallamos muy felices con ellas y no las cambiamos por las más optimistas y regocijadas de los que viven bien avenidos con sus rutinas fisiológicas. Las consecuencias de este modo de ser son las de la moral panteísta o las de la moral estoica, *sin meterse en dibujos*». La frase última—subrayada por mí—quiere dar a entender, de seguro, que nuestro autor prescinde deliberadamente de especular acerca de toda fundamentación—religiosa o filosófica—del acto moral, para resolver de plano, con un criterio práctico, el problema de la conducta, siempre preferente en el orden de sus preocupaciones. ¿Lo resuelve, sin más? Tratemos de ver si se aquietó Ganivet en alguna de las dos soluciones alternativas que señala en el párrafo últimamente transcrito. Pero interesa antes poner en claro cuál fué la escogida. ¿Moral panteísta? ¿Moral estoica? No precisamos de gran inquisitiva para responder en sentido afirmativo a la segunda interrogante, si es que el lector se atiene a cierta declaración, muy elocuente, a la verdad, de nuestro autor: aquella, reproducida a su tiempo, en que Ganivet refiere el efecto causado en su alma por

la lectura de Séneca. Y si el lector de este libro recuerda tales palabras, el lector del *Epistolario* no habrá dejado de notar las siguientes, en cuanto comprueban las primeras: «Lo mejor es apartarse a un lado y no querer tocar pito en nada. *¡Abstine!* Y si le cae a uno una teja, *¡Sustine!*». Si Séneca gustase de frases hechas, su voz la reconoceríamos aquí, como en tantos otros pasajes de Ganivet, en orden al cual se ha formulado un juicio unánimemente recibido: su estoicismo. Notas concordantes serían, sin duda, su amor al bien, su esfuerzo en disciplinar impulsos que la razón no justifique, su desprecio a la muerte, su encastillamiento en el libre sagrario de la conciencia... Y el parecido específico con Seneca se acentuaría si paramos mientes en el culto que tanto el uno como el otro profesan a la amistad, a la práctica del consejo, y aun a los menesteres pequeños y útiles de la vida. Séneca, exponiendo las dos maneras que él conoce de transplantar olivos, sin turbar la gravedad en el tono con que tratara antes temas de moral, nos hace pensar en Ganivet, a quien Navarro Ledesma viera un día «cortar, aderezar y guisar con sus propias manos la carne que había comprado para el almuerzo», el cual Ganivet procuraba realizar las esencias del tipo humano, sin picarse de prejuicios profesionales o ideológicos. Hombre siempre: antes que ciudadano de aquí o de allá, antes que escritor y que funcionario.

Para descubrir en el senequismo—en «el estoi-

cismo natural y humano de Séneca»—el elemento moral y, en cierto modo, religioso, más profundo en la constitución ideal de España, Ganivet halló en sí propio la mejor piedra de toque. Porque es, en efecto, doctrina medularmente suya la que sintetiza, como de Séneca, en unas palabras que así, a fuerza de entrañables, son cálidas y conmovidas: «No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueran los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir de ti que eres un hombre» (1).

Reducida la cuestión a una simple norma de conducta, parece incontestable el estoicismo de Angel Ganivet, en cuanto el estoicismo es Moral, y no Metafísica. Pero si nos detenemos un punto en el hilo de nuestro razonamiento, quizá nos sintamos confundidos de hacernos pregunta análoga a esta: ¿Y si Ganivet fuese tanto estoico como cristiano disidente de la Iglesia de Roma?... El estoico y el cristiano se parecen *por fuera* de modo extraordinario, y es el caso que al pene-

(1) *Idearium español*. Pág. 5.

trar en la intimidad de Ganivet no podremos hallar el rasgo que es, ciertamente, definidor y sustantivo del primero: la confianza en la razón y la naturaleza, la beatitud sin ilusión ni temor, la *ataraxia*, en fin. Y es que el estoico no insertaba su moral en la noción superior del destino del Hombre: fuente de toda emoción religiosa.

Ganivet contemplaba el mundo y la historia desde veinte siglos más arriba, con relación a Séneca. No podía, por tanto, prescindir de ver el panorama de las ideas morales, relacionando gérmenes y frutos, antecedentes y consiguientes. Las normas de pureza y sacrificio que establecieran los estoicos hubieran quedado no más que en especulación de filósofos o lujo de *élites* intelectuales, de no ser fecundados en la matriz milagrosa del cristianismo. Porque nuestro autor no creía en la eficacia de una moral producida por la razón y sin proyección en los cielos. Sus razonamientos a tal respecto son de interés. Merced a ellos, nos es dado restringir un tanto el alcance del atribuído estoicismo. «Lo noble, lo justo y lo humanitario—escribe Ganivet—sostenido y amparado sólo por la razón, y menos que por la razón por el instinto, no puede ni podrá jamás vencer a las pasiones bajas, ruines y animales de la generalidad de los hombres. Para encadenar la fuerza irresponsable de los grandes, para dominar la furia concentrada por la impotencia de los pequeños, para ablan-

dar un poco el refinado egoísmo de los medianos, hay que confundirlos a todos, conmoldearlos por medio de un fuego ardiente, que venga de muy alto y que, destruyendo, construya, y, abrasando, purifique.» Es decir, su preocupación moral le lleva, al fin, a buscar una llama religiosa apta para encender el ideal ético. «Un fuego que venga de muy alto...» «Desde muy alto, *desde el cielo*», cayó el cristianismo en el estanque a que alude un símil del *Idearium*, para determinar las ondas más amplias y duraderas que conoce la Historia. Y esta conversión de la mirada hacia el Calvario, nos dice lo bastante para que admitamos el estoicismo de Ganivet de modo bien condicionado. Estoico que no conoce a Cristo, y que se conmueve ante el misterio de lo sobrenatural. Estoico... que no se da por satisfecho con una moral sin sanción.

La metáfora recién aludida nos permite afirmar la fe de Ganivet en la divinidad de Cristo. Pero no es suficiente para probar su catolicismo. Católico, no lo fué Ganivet, aunque el señor Altamira pretenda ver en él un raro ejemplar de «católicos ilustrados y tolerantes». ¿Lo fué de veras en un principio (1) ? ¿Cuándo dejó de

(1) «Cuando yo iba a la escuela, estaban de moda las congregaciones de San Luis Gonzaga. A mí me hicieron congregante de la de San Cecilio, y yo, que era *más tunante que devoto*, aprovechaba los días de Congregación para trabar conocimiento y amistad con toda la granujería de mi dilatado barrio.» *Libro de Granada*. Pág. 151.

serlo? Siempre que tiene ocasión habla de cristianismo, en reconocimiento expreso de sus virtudes. Y de ellas mismas obtiene el argumento en contra de cualquier monopolio, a título de religión positiva. «La idea cristiana surge siempre en plena Naturaleza y es propiedad de todos: no está fuera del hombre, sino en el hombre; mas éste la concibe como algo universal que nadie puede apropiarse, como el aire y la luz, que están, por fortuna, fuera del alcance de acaparadores y usureros.» Ya sería significativo que en ningún lugar de su obra encontremos el lamento que suele desgarrar el alma de quien pierde la fe de sus mayores. No hallaremos en Ganivet un eco nostálgico, a la manera de Renán: «*Il me semble souvent que j'ai au fond du cœur une ville d'Is qui sonne encore des cloches obstinées à convoquer aux offices sacrés des fidèles qui n'entendent plus...*» Ni el suspiro melancólico de un Barrés: *Quand tout est perdu, hélas! hors le désir, heureux qui sait encore le chemin des antiques autels!*» Ni aun la ceremoniosa galantería de Carlos Maurras: «*Je n'ai ni l'honneur ni le bonheur de compter parmi les croyants au catholicisme...*» Y eso que el concepto que Ganivet tenía del catolicismo, como fuerza histórica y disciplina política y social, le aproxima bastante al definidor de la *Action Française*. Ni una condolencia, digo, ni un recuerdo amoroso. Se siente ajeno a la Iglesia y habla de ella con frialdad, con displicencia. Por ejemplo:

«La vida del catolicismo es ya milagrosa, y de aquí a dos o tres siglos (a diez, si quieres) no quedará de él más que un recuerdo histórico... Hé aquí por qué yo, *sin ser católico*, y despreciando las pequeñas pasiones, etc.» (1). El resto del párrafo no importa al propósito actual.

Si en el alma de Ganivet no existiese otra antinomia que la significada por el estoicismo y el cristianismo, no sería difícil reducir a unidad su pensamiento, ya que el cristianismo no es sino el estoicismo magnificado por la asistencia divina. Se ha repetido mil veces aquella alusión de Tertuliano: «Séneca, que tan a menudo es de los nuestros...» Y es sabido cuánto se ha hablado de relaciones entre Séneca y San Pablo. Lo cierto es que Ganivet, partiendo de la moral estoica, no llegó a Roma, en peregrinación de una segura clave religiosa, pero se quedó en el Calvario, retenido siquiera por un conato de fe.

Cómo operó el cristianismo sobre el alma española, es tema que Ganivet aborda, ligeramente, en *Granada la bella*, y qué continúa desarrollando, con alguna más extensión, en *Idearium español*. Por cierto que yo no quisiera referirme por ahora a libro distinto del *Epistolario*, único cuyas páginas he abierto aún ante los ojos distantes del presunto lector, en virtud de mi plan. Pero no puedo dejar de buscar la repercusión que en

(1) *Epistolario*. Pág. 274.

otras obras de nuestro autor determinan las ideas que apuntan en sus cartas a Navarro Ledesma. Y tales alusiones son necesarias para señalar cómo estoicismo y cristianismo explican de consuno la actitud mística de Angel Ganivet ante los problemas de la conciencia. Para él, el cristianismo encontró en España de tal suerte abonadas las almas por el senequismo, que «nos vino como anillo al dedo. Y nos tomó para no dejarnos jamás». Ahora bien: se remontó hacia su verdadero centro, el misticismo, mediante la influencia del elemento arábigo. «Porque el misticismo—añade—no es más que la sensualidad refrenada por la virtud y la miseria.» No discuto esta explicación *histórica* del misticismo español, que eso se formula en las antedichas palabras mejor que una exégesis conceptual. No sin hacer notar que Ganivet confunde en algún momento misticismo y ascetismo, ciñámonos a tomar de su doctrina, apenas insinuada, lo que nos conviene para esclarecer el *caso* de nuestro autor. En su alma habían abierto sus caminos los dos factores—estoico y cristiano—ya enunciados, favorecidos para motivar una superior sed de conocimiento por su temperamento vehemente, ansioso, labrado en los combates diarios de la ilusión y el análisis. El sentimiento doloroso—trágico hubiese dicho Unamuno—de la vida, le alza por encima de las realidades subalternas y le acerca—¡ruta sin fin!—a la Verdad suprema. Cuando el alma se aploma en la intuición de esta Verdad,

se produce—utilizo los términos de una clasificación del propio Ganivet—el misticismo *positivo.* En otro supuesto, el misticismo *negativo*: «el espíritu que abandonó la realidad por demasiado baja no puede elevarse a la infinitud por demasiado alta, y se queda vagabundo por los espacios, ni más ni menos que un cesante que pasea su hambre y sus esperanzas por los alrededores de su antigua oficina». El centro de gravedad, a este propósito, sólo lo da la fe resuelta en Dios. Y Ganivet no la conoció. Decía bien Pascal cuando afirmaba que la fe no es un don del razonamiento. Pero creía que sí lo era de la voluntad. Un tratamiento especial—soledad, abandono de placeres, sacramentos, incluso la sugestión personal—podía lograr en su concepto, la finalidad apetecida. Cuando Unamuno escribe en *Mi religión:* «Si creo en Dios, o por lo menos, creo creer en él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista», asevera la doctrina pascaliana. Pero no es ésta la situación de Ganivet. Por una parte, sabía que «pensando, pensando», quizá se perdiese la fe, pero que «pensando y argumentando», no se recobraría de seguro. Por otra parte, contaba con su propio testimonio respecto a la flaqueza de la voluntad para ganar una creencia. Miraba de hito en hito a los cielos y no descubría el lucero orientador, claro e inalterable.

No es extraño que el espíritu se prenda en cuanto último asidero vital, a la fe en la fuerza—realidad inmediata—, cuando no ha tenido la suerte

de encontrar la razón suficiente de la Moral. A base de esta experiencia—en tantos hombres comprobada—podría yo intentar el acuerdo entre el Ganivet inclinado al sacrificio y a la abstención a que acabo de aludir, y el Ganivet que estamos a punto de conocer, creyente en la violencia, sin otra causa ni fin que la satisfacción individual. Pero yo no tengo por qué concertar las distintas voces que en el *Epistolario*—como en todo escrito de Ganivet—se prodigan; tanto más, cuanto que es justamente la inarmonía el signo característico del ideario ganivetiano. He recogido las notas de tono estoico y timbre cristiano—o al contrario—que pueden encontrarse en canto tan abigarrado. Y he aquí que, súbitamente, nos fuerza el oído una voz áspera que trasciende a reto y a agresión. Destaquemos algunas de sus palabras: «Estoy en mi derecho, sosteniendo la necesidad de sentir fuerte y groseramente contra la mayoría de los semejantes, reservando siempre a cada cual la facultad de sentir a su modo; el que sea débil se limitará a hablar, y el que se encuentre con gávilos puede ampliarse un poco y atizar duro cuando sea posible». O estas otras: «...una vez hechas de este modo las entrañas, llegaba el momento de repartir varias tandas de palos generales, y alguna que otra descarga de fusilería». ¿Un *improntu* de malhumor? Es posible. Pero el malhumor persiste y aun opta a establecer doctrina universal, cuando reaparece de nuevo en algún otro lugar. En éste, *verbi gratia:* «Para re-

formar la sociedad, hay que reformar al individuo, y a éste sólo se le reforma *dejándole que luche sin consideración a los daños que pueda producir a los individuos menos aptos para el combate*. En una palabra: la fuerza es superior al derecho, que dijo y practicó Bismarck, con excelente resultado».

No sería este punto de vista dato bastante para que reconozcamos a Nietzsche como uno de los númenes afectos a Angel Ganivet. Pero realmente podemos anotar otros, concordantes con aquél. Por lo pronto, la común filiación metafísica. En los contados momentos en que Ganivet se propone cuestiones de esta índole, enuncia juicios que trasparentan la influencia de Schopenhaüer, antecedente de Nietzsche en este aspecto concreto de su ideología. «El conocimiento simple—escribe Ganivet—, es sólo la primera materia de la que el sentimiento compone después otros diferentes. Realmente, lo único que hay o que *es*, es la voluntad, la fuerza creadora, cuya primera materia es el conocimiento y cuyo impulso es el sentimiento o lo que llamamos tal» (1). Si en la Metafísica de Schopenhaüer representa la voluntad una potencia de tal virtud que a ella se debe la realización fenomenal y objetiva del mundo, queda establecida la primacía de ese instinto de conservación, ciego y absoluto que el filósofo de Dantzig llama *voluntad de vivir*, y que

(1) *Epistolario*. Págs. 35-36.

sirve a Nietzsche para proveerse de un arma decisiva en el combate contra el dolor: *la voluntad de poder*. La salvación de la vida por la vida misma, hace una moral del éxito. Y en orden al fin, se legitima el medio: la fuerza. A tal corolario de la doctrina de Nietzsche no podía llegar Ganivet, quien, como tengo dicho, se esforzó siempre por descubrir una ley moral que mantuviese a la sociedad humana en paz y en gracia de la Justicia inmanente: ley moral, articulada por un poder obscuro, que ni la Religión ni la filosofía acertaron a definirle, pero consagrado en su conciencia de modo cierto. No podía, por tanto, nuestro hombre, colocarse *más allá del bien y del mal*, y en momento alguno traiciona a su aspiración ética. De ningún modo había de ser él—tan piadoso, tan desinteresado, tan cordial, más inclinado a la renuncia que al ataque—el «carnicero voluptuoso, errando libremente», que Nietzsche canonizara, ni podía creer en la necesidad de «expulsar de nosotros cuanto quiera morir, y de ser cruel e implacable», como aconsejaba el genial autor de *La gaya ciencia*.

Mas no hace falta tanto, no hay que cerrar contra los títulos históricos de la Moral, para llegar a conclusiones políticas hostiles a la democracia liberal, que es la divisa más genuina del siglo XIX. Y contra ella sí que reaccionó violentamente Ganivet. No acusan más exasperada acritud, mayor menosprecio a la masa, las re-

verberantes impugnaciones de Nietzsche, que los ataques descomedidos de nuestro Ganivet, quien aplica a aquella forma política un adjetivo duro, suficiente por sí solo para marcarla con su desprecio: «*inmunda* democracia», dice. Y en otro lugar: «Tomado el pueblo como organismo social, me da cien patadas en el estómago, porque me parece que es hasta un crimen que la gentuza se meta en cosas que no sea trabajar y divertirse» (1). Y un poco más allá, en la misma carta: «Mi credo no puede reducirse a fórmula razonable, pues se compone de mucho amor y mucho palo para los pequeños y mucho desprecio y mucha autoridad para los grandes». ¿Puede cifrarse, en palabras muy distintas, el credo del despotismo? Pero es curioso observar cómo el propio Ganivet reconoce en otro lugar—en *Granada la bella*—la función que a la *gentuza* toca representar en el juego de la Historia, y que, de hecho, la ha representado tantas veces en la de España: hacerla, vivirla, impulsarla. Dirigiéndose a los «pedagogos de tres al cuarto, propagandistas de la instrucción obligatoria», exclama: «El único papel decoroso que España ha representado en la política de Europa, en lo que va de siglo, no lo habéis representado vosotros o vuestros precursores, sino que lo ha representado el pueblo ignorante que un artista tan ignorante y genial como él (Goya), ha simboliza-

(1) *Epistolario*. Pág. 58.

do en el cuadro del *Dos de Mayo*, en aquel hombre fiera que, con los brazos abiertos, el pecho salido, desafiando con los ojos, ruge delante de las balas que lo asesinan». ¡Contradicción palmaria! Y no es lo peor que tan nítidamente se manifieste, sino que sea falsa en sus dos proyecciones, en la cara y en la cruz, en el haz y en el envés. Porque ni la *gentuza* ha de permanecer en la abyecta situación en que Ganivet la condena con gesto del señor que no concibe la indeclinable necesidad de la redención de esclavos, ni a ella es tampoco imputable la eficacia que pudiese tener nuestra Guerra de la Independencia. Viejo error, por cuya virtud se atribuye la gloria de haber decapitado las águilas napoleónicas, al heroísmo anónimo e instintivo de nuestro bajo pueblo. Fué éste lo que suele ser siempre: coro y no voz. Cierto que ésta la llevaron los guerrilleros y no los generales. Pero los guerrilleros irritaban y aun vencían a los soldados de Francia, no por lo que hubiese en ellos de ignorancia, sino por lo que tenían de intuición militar. Y a la postre, tuvo que venir con Wellington la técnica, el esfuerzo coordinado, la dirección intelectual.

En cuanto al aspecto puramente político... El anatema contra la democracia viene siempre, como es lógico, de los hombres que tal idea tienen formada de sí mismos que no conciben emparejamiento alguno, ni concertantes de ninguna especie, sin reparar en que cuando un hombre es extraordinario de veras, su voz domina y asume

la representación total. Un régimen democrático no es obstáculo jamás para que la inteligencia ejerza su ministerio, porque en la libre concurrencia de los ciudadanos finca, precisamente, el acierto de una selección. Al paso que el despotismo obstruye los caminos y vincula el rectorado político en un órgano hermético e irreductible: casta, familia o individuo que se juzga predestinado.

Y no bastaría para fijar el débito de Ganivet a Nietzsche, este menosprecio de la masa—lugar común de la época, fomentado, más o menos de cerca, por Renán, por Flaubert, por Barrés, por Ibsen—si no se nos apareciese cualificado por la exaltación del instinto, y, sobre todo, si no concurriesen otros motivos a justificar la reiteración del nombre antes citado en sendas anotaciones marginales. En Nietzsche pensamos, efectivamente, cuando Ganivet propugna el retorno «a los tiempos felices de Grecia», cuando alude, nostálgicamente, a las ciudades libres del Renacimiento, cuando nombra a Napoleón en tono admirativo, cuando afirma que «para dirigir el Gobierno de las naciones hacen falta pasiones grandes», cuando apela a una nueva invasión de bárbaros, porque «es preferible la barbarie a la ridiculez», cuando diserta sobre materias de amor y califica de *bajeza* el sometimiento a la fórmula oficial del matrimonio, y así recomienda el comunismo absoluto, la poligamia, la poliandria, como modos de satisfacer las exigencias de la es-

pecie, con preferencia a la monogamia, «cosa extraña en todos los pueblos que obran con algún sentido de la naturaleza...»

Las intersecciones de Ganivet con algunas líneas de las que mejor caracterizan el pensamiento de Nietzsche, son, a poco que se fije la atención, enteramente ciertas. Pero cabe preguntar si la sugestión de semejantes ideas le vino precisamente de Nietzsche. Antes de seguir nos sale al paso una cuestión de previo y especial pronunciamiento: ¿Conocía Ganivet a Nietzsche? No puede afirmarse en redondo que lo hubiese leído en sus días de Amberes, puesto que no lo cita en una sóla de las cartas que contiene el *Epistolario*. Mas no es temerario sospechar que si toda vez que hacia este tiempo, Nietzsche se había ya situado en el plano preferente de la actualidad intelectual del mundo, y a tal tiempo hay que referir los estudios y críticas que le dedican Eisner y Kaats, Gast y Van der Wich. Ganivet que poseía el alemán, no tenía necesidad de esperar a que el *Mercure de France* deparase a los libros del singularísimo pensador el instrumento universal por excelencia: la lengua francesa. La prueba plena que pudiéramos necesitar, no tarde en producirse, por cuanto la mención expresa de Nietzsche, la encontramos muy poco más tarde: en *Cartas finlandesas* y en *Hombres del Norte*. Alude en el primero de estos libros a las «geniales paradojas de un filósofo alemán, hoy en boga», mediante las siguientes palabras: «creo que es en

su *Menschliches, allzumenschliches*, donde expone su opinión sobre la superioridad intelectual de la mujer respecto del hombre, y la razón principal en que la funda es de sentido común». Mucho más significativa es la alusión de *Hombres del Norte*, donde enlaza a Nietzsche y a Ibsen en un punto de vista que es justamente el de nuestro autor. «Ibsen es en el teatro, dice, lo que Nietzsche en la Filosofía; es un defensor exaltado del individuo contra la sociedad, y por este lado se aproxima a las soluciones del anarquismo; luego, por no someter la acción del individuo a ninguna cortapisa, cae en las mayores exageraciones autoritarias.» Bastaría con recordar a Stendhal, para advertir cómo el culto a la voluntad imperiosa databa de años atrás, y con esto se cierra el inciso. Nietzsche no nació por generación espontánea, sino como toda entidad humana se inserta en una serie de formas anteriores, siquiera en él lograsen su desarrollo más cumplido.

Como se sabe, Andler ha dedicado un libro a fijar la genealogía espiritual de Nietzsche, distribuyendo la ascendencia en tres ramas diferentes: la filosofía alemana, los moralistas franceses y el cosmopolitismo contemporáneo. En Goethe y en Schiller está ya el anhelo de restaurar en la vida los ideales y formas del mundo griego. En Schopenhaüer—como antes insinúo—toda su metafísica y no pocas de sus ideas estéticas. En La Rochefoucauld y en Chamfort, la desconfianza en la relación social. En Pascal, la voluntad de

poder, bajo la expresión similar de «instinto de dominación», así como Fontenelle, habla del «deseo de mando». En Kleist, la inquietud voraz del *yo*, que no cede a nadie su derecho a darse la propia ley... Nietzsche mismo reconocía su abolengo: «Al hablar yo de Platón—tiene escrito—, de Pascal, de Spinoza, de Goethe, sé que su sangre corre por mis venas.» Y es la verdad. Mas las ideas que flotaban a lo largo del tiempo cobran densidad y contorno nuevos, gracias al impulso de aquel brazo febril y extraordinario, que las hace batir el aire del fin del siglo. Nietzsche se manifiesta en e*l culto al yo* de Barrés—hijo de Stendhal—y en el canto a la Juventud, a la Belleza, a la Vida, que entona D'Annunzio con firme aliento. Los jóvenes de entonces, cualesquiera que fuesen sus divisas, coincidían en el santo y seña nietzscheano: la vida como una aventura peligrosa, el ideal como un triunfo de los instintos en libertad... Otro escritor de aquellas conturbadas generaciones que liquidaban el as hereditario del romanticismo, Juan Maragall, no tardó tampoco en recoger de los primeros en España la lección de fuerza vital que daba Nietzsche. «Su genial brutalidad nos refresca», escribía; y también: «Representa una idea nueva, o cuando menos, remozada de la vida, una idea trascendentalmente sana y optimista».

¿Qué de extraño tiene que Ganivet, filiado en la misma formación universal, tomase del filósofo y poeta que hacía hablar a Zaratrustra con len-

guaje de enorme fuerza sugestiva, aquello de tónico y de latigazo que él necesitaba para que su sangre no se quedara yerta, inmóvil su espíritu y sin sentido su actividad? No hay que llegar a la fecha triste del suicidio para comprobar el fracaso del tratamiento seguido por nuestro escritor, al someterse, en parte, a la asistencia de «ese médico rudo e implacable» que es Nietzsche, según expresión de Lichtenberger. El desánimo incurable de Ganivet lo atestigua cierta amiga de su *doble*, el creador Pío Cid. «Me parece ver en usted —le dice un día—el hombre de menos fe que existe en el mundo. Y si además de no tener fe, no tiene tampoco alegría de vivir, ni esperanza, ni ilusión, ni ambición, su existencia será como la de un árbol muerto.»

En efecto, no es fácil adquirir la vocación para las pugnas de la vida, si no se cuenta con una verdad superior, o, en su defecto, con un temperamento entusiasta. Ganivet buscó el secreto, arriba y abajo, con dramática obstinación. Sólo encontró la realidad de sus congojas.

Vana empresa sería acudir al mismo Angel Ganivet en solicitud de una declaración bien articulada de principios, porque sus opiniones las va exponiendo sin propósito alguno de unidad, a través de sus cartas, según el reactivo de los temas que depara el cruce de ideas con Navarro Ledesma. Por cierto que al dar éste a la publici-

dad las de su amigo y celar las suyas, siguiendo el ejemplo de Atico, en punto a las epístolas de Cicerón, el cambio queda incompleto, y la voz única que puede escucharse—la de Ganivet—pierde el contraste de la réplica. La conversación—como dice Boissier del aludido antecedente clásico—para así en monólogo, y muchas ideas es posible que se desnaturalicen al destacarse sin el justificante de los amistosos debates.

Si alguna vez se rotula Ganivet, el marbete no nos satisface del todo. Porque la fórmula verbal no corresponde al contenido ideológico. Júzguese el desacierto de la cédula a sí mismo asignada en estas palabras: «Este *socialismo-anárquico-nirvánico* es el mío: este es mi credo filosófico-político, económico, familiar y religioso.» (1). De los tres términos que los guiones — relación meramente exterior — enchufan, sólo me parece que el tercero corresponde a la realidad en el pensamiento y carácter de Angel Ganivet. El irritado individualismo de Ganivet quizá lo llevara al anarquismo, si esta negación de toda coacción externa no implicase, además, conceptos de la sociedad y de la naturaleza humanas no manifestados por nuestro autor en grado positivo. Pero en supuesto alguno le conduciría a la dogmática socialista, ya que Ganivet no admite ni aún el principio de reforma en el vigen-

---

(1) *Epistolario*. Págs. 132-133.

te régimen de la propiedad y la producción. Lo que ocurre es que Ganivet llama socialismo—«Socialismo práctico»—a lo que no es sino una concesión graciosa del sistema de gobierno que él imagina, esencialmente conservador: autoritario en cuanto a las relaciones del ciudadano y del Estado; capitalista, respecto a la servidumbre del trabajador. Oigámosle cómo se produce razonando sobre el caso: «Sin necesidad de reglamentos, por la acción personal mútua, se puede establecer el medio único, radical, de resolver el problema social, la sopa boba repartida a quienes, no pudiendo, o no queriendo trabajar, se contentan con que se les asegure la alimentación. En un pueblo donde existe la seguridad de comer todos los días, poco o mucho, habrá, es cierto, holgazanes, pero no habrá dinamiteros». Su idea del socialismo no aparece aquí ni muy clara ni muy distinta. Menos aun en este pasaje, desprovisto de simpatía hacia el valor ideal que el socialismo pueda tener como afán superatorio de la injusticia histórica: «Reparto, nivelación, propiedad colectiva, etc., expedientes que vienen a sustituir a la libertad individual, y que demostrarían, al fin, que no habíamos adelantado ni un paso más y que había que cambiar de dirección, *enseñando primeramente que hay que aguantarse con lo que venga*, *porque el mundo está constituído así*, *y no pensar en Jaujas imposibles*». Y no se olvide esta *boutade*: «Todavía no se sabe cómo se transmite el cólera, ni el socialismo, ni otras epidemias...» ¿Cuál es,

pues el contento de ese socialismo que incluye en su mote ideológico con el rango de sustantivo? El adjetivo que lo califica en segundo lugar, *nirvánico*, sí es de aplicación más razonable, según antes digo. Porque no es extraño que en el nirvana se hunda el alma que pierde todo asidero vital. Anotado ya el pesimismo como dato fundamental en las vacilantes nociones que Ganivet llegó a formarse, no es sorprendente que nuestro escritor, sin fe en Dios ni en la Historia, encuentre «más noble y digno ese reposo chinesco de quien no se apresura por nada, que esta actividad estúpida con que corremos incesantemente para no ir a ninguna parte.»

La radical desilusión de Ganivet no hallaba en la realidad inmediata de la vida española grandes motivos, en verdad, para superarla. Ni era fácil que se escapara a su indagatoria el sentimiento del patriotismo. Hasta 1898 no se manifestó el mal que extenuaba las entrañas de la patria. Pero quien calase un poco con la mirada, podía darse cuenta perfecta de la sordidez, de la miseria, de la incapacidad, del envilecimiento que se ocultaban bajo el velo brillante con que había envuelto a España un patriotismo liviano, de embotada facultad crítica. Dijérase que en aquellos años—por algo llamados *bobos*— no había problema alguno a ventilar. Todo era en nuestro país magnífico e insuperable: Estado y Socie-

dad, Ejército e Instrución... El latiguillo retórico florece con esplendidez en ambientes así preparados. Eran los días de la primera guerra de Melilla, y Navarro Ledesma, por lo visto, le comunicaba a su amigo juicios que pugnaban con el estado de opinión reinante. «Si en Toledo—le contesta Ganivet—se hace pública tu carta, sobre todo aquello que alude a la ropa blanca del cuerpo expedicionario, tienes que huir al Quintillo. Entre gente que se paga de palabras, desgraciado el que hace algo.» Y más arriba: «Hoy que se trata de aparecer buen patriota, lo consiguen los que tienen la suficiente vaciedad de juicio para entusiasmarse o hacer que se entusiasman ante la *brava infantería española y el león encrespando la melena...*» ¡Pésima literatura la del patriotismo oficial! Mal parada quedó en 1898, pero su quiebra comenzó—si no antes—en 1893. La impertinente construcción de un fuerte, en las cercanías de la mezquita de Sidi-Guariach, dió lugar a una aparatosa movilización bélica, que pudo servir de saludable aviso, puesto que era «reveladora—palabras del Conde de la Mortera—de increibles deficiencias en nuestra organización militar.» Por favor del cielo, la aventura logró feliz remate, pero quien supiese ver, quedaba ya advertido. Para que la visión fuera de una gran acuidad, por parte de Ganivet, coadyuvaba la distancia. Nada mejor para juzgar bien, para restaurar, por obra del cotejo, la debida valoración de las cosas. Ganivet confiesa, desde Amberes, que la

expatriación, a la vez que fortalece su apego a España, le revoluciona sus modos de juzgar cosas y personas. Mudan las cantidades y las calidades con que creíamos contar. Y, por supuesto, el horizonte se ensancha, relacionándose entidades que vivían muy lejos en el tiempo y en el espacio. Aludiendo a nuestros escritores, dice Ganivet: «Muchos de ellos me van gustando menos que antes... porque leo menos castellano, y noto mejor ciertas particularidades que antes no me llamaban la atención.» Incidentalmente nombra en otra carta a unos cuantos escritores consagrados, para marcarlos con su desdén: «Ninguna persona decente—escribe—debe aspirar a ser Palacio, ni Ferrari, ni Rueda, ni Cano, ni Codina, etcétera, etcétera.» Importa a mi propósito destacar estas palabras, para que sirvan de punto inicial a las consideraciones que en otro lugar haya de hacer respecto a la *generación de 1898*. No será fácil definirla por sus afirmaciones: tan distintas las de *Azorín*, por ejemplo, a las de Valle-Inclán, como las de éste a las de Baroja, y todas a las de Unamuno: colega de Ganivet en su tarea de descubierta. Mas no es difícil señalar, por lo pronto, una negación común exteriorizada en una reacción hostil contra los valores de la crítica oficial. Ganivet, propiamente, no ejerció la crítica literaria, pero juicios que pudieran agruparse bajo esta rúbrica se encuentran muchos en el *Epistolario*, y la mayoría evidencian el menosprecio que pocos años más tarde había

de hacerse general. Repárese que el lenguaje desdeñoso o iracundo era cosa inaudita en la República literaria de entonces, muy pacífica y bien avenida, como es usanza en toda sociedad humana poseída por la superstición. Merecería un ensayo especial el esclarecimiento de la función realizada por *Clarín* a este respecto. Porque si lo releemos, y comprobamos su fe en los prestigios de su tiempo—salvo el caso aislado de Cánovas, a quien maltrata en un folleto que no es, ciertamente, de los más afortunados — y su tasación de Campoamor, Núñez de Arce y Manuel del Palacio, y sus elogios a tal cual novelista de paupérrimo naturalismo, y su buen juicio de Ramos Carrión, en quien celebra la gracia, la abundancia y las dotes de observador, es probable que redujésemos un tanto la talla de gran crítico que se le ha venido asignando, cuando quizá sea más justo considerarle—y no es poco, pero sí distinto,—maestro de sátira literaria, habida cuenta de la mordacidad y de la chispeante picardía con que saca partido humorístico de los gazapos cazados — ¡no valía la pena! — en los escritores más inofensivos de su época. No les hiere en el bulbo raquideo de la mala creación artística, pero sí los vapulea — ¡y con cuánta gracia! — en lo que tengan de ridículo. Una nota para poner el punto que conviene a la señera I de esta vigorosa personalidad: *Clarín* es un extraordinario cuentista, y su novela *La Regenta* depara, en punto a primores

de análisis y diseción psicológica, sorpresas magníficas.

Lo que *Clarín* no hiciese — romper ídolos — menos lo habían de hacer quienes a la vez que él manejaban el emblemático escalpelo: Urbano González Serrano, por ejemplo. Mueve a risa leer que este distinguido y talentudo profesor escribía cuando ya Rubén Darío había lanzado al comercio humano sus primeras joyas, sus flores mejor cultivadas: «Cerrada con llave de oro la incomparable evolución de la lírica moderna por el inmortal Campoamor, vive la poesía llamada subjetiva, vida enteca con ecos mortecinos de algunos mosquitos literarios...» ¡Quién sabe si sería menester buscar en Bonafoux el contrapeso a tanto y tanto despistado botafumeiro! Cuando la crítica no cumple con valentía su razonable función, viene la pasión, el mal humor, el desenfado joco-serio, a satisfacer la necesidad social de agitar las ideas y de contrastar las reputaciones. Bonafoux ejerció una cierta influencia en el Martínez Ruíz que escribió *Charivari*, y mucho de su manera áspera y violenta tenían, sin duda, los epígramas, las paradojas, las chanzonetas, con que las avanzadas del siglo XX reñían sus primeras batallas en cenáculos y revistas.

Por lo que hace a Ganivet, hay que precisar bastante. No tenía en estima alguna a los escritores que nombra en la frase reproducida poco ha. Y más expreso, más especial y circunstanciado, es su vejamen de doña Emilia Pardo Bazán.

Dice así: «Esta buena señora, que debía haberse quedado en Marineda, vulgarizando los conocimientos modernos entre sus paisanos, ha vivido, como creen todos que hay que vivir, en la Corte y jugar al cortesano, que debía colocarse en medio del foco intelectual de la nación y ser una de sus moléculas más activas. De donde esas ansias de trabajar a destajo, ese flujo de echar a perder cuanto lee por medio de adaptaciones industriales. Un día le mete mano a Coppée, otro a Tolstoi, otro a Gautier, y siempre para estropearlos; y lo que es peor, no por incapacidad, sino por falta de tiempo, por acudir a la procesión, sin dejar por eso el repique.» Pero participa en la admiración unánime hacia Galdós, Pereda, Alarcón, Echegaray... Y lo que es peor, cree en don Federico Balart. «No es un libro de actualidad — habla de *Dolores*, — y por eso es más duradero. Balart es un poeta a secas, de lo que no hay...» ¡Válgame Dios! En estos juicios no es Ganivet un precedente, a la verdad. Mejor parece serlo en los nombres extranjeros que trae y lleva en su correspondencia, antes que los del 98 y asimilados los pusieran — como lo hicieron, en efecto — en circulación: Maeterlinck, Mallarmé, Ibsen, Barrés... Otro rasgo sintomático: habla mal de Zola, en el apogeo entonces, presintiendo el declive que en su fama no tardó de producirse. Y recomienda la lectura del Padre Granada. «Tú debes continuar— le dice a Navarro Ledesma — con el Padre Granada. Si lo deseas, haré que te envíen el *Libro de*

la oración y meditación, que es un manual de oro macizo, aunque con la *Introducción al Símbolo de la Fe* hay para criar sangre nueva...» Es notable esta predilección de Ganivet, toda vez que el gran dominico estaba un poco al margen de las preferencias vigentes en orden a los escritores clásicos. Acordábanse de él sus hermanos de religión, y algún erudito. Nadie más... Ganivet lo conoce, lo lee, lo relee, dócil a un designio de su libre voluntad. A la manera con que no muchos meses más tarde elogia *La Celestina*, a cuyo autor concede «el primer puesto en la literatura española». ¿Serían estas referencias prueba bastante para que veamos en Ganivet un comienzo de la *revisión de valores* llevada a cabo por los del 98, quienes pueden contestar a cuantos les reprochan — ¡tópico arbitrario! — su crítica negativa, con el argumento favorable de los escritores reanimados por ellos?

Dispersos por España, a la hora misma en que Ganivet y Navarro Ledesma nutrían su amistad con cartas frecuentísimas, unos jóvenes de varia edad leían libros análogos, se proponían temas semejantes de preocupación, política o estética; se dejaban ganar por una emoción compleja de tristeza y de entusiasmo, por un ideal mixto de nacionalismo y de europeización, que se daba en todos, salvo considerables diferencias específicas. Unamuno inicia su magisterio en Salamanca. Martínez Ruíz redacta sus primeras cuartillas en periódicos valencianos y aplica su mirada a la obser-

vación de la vida circundante, sencilla e inédita. Pío Baroja, médico rural, toma notas acerca del paisaje y caracteres vascos en las hojas sobrantes de su cuaderno de *igualas*. Valle-Inclán traza— ¿en tierras mexicanas, de veras? — el perfil señorial, galante y dramático de la Condesa de Cela...

VIII

DIVAGACIONES ESTÉTICAS EN TORNO À LA CIUDAD

En pos de los tres artículos que Ganivet envió a *El Defensor de Granada*, titulados, respectivamente, *Literaturas extranjeras*, *Socialismo y música* y *Arte gótico*, mandó al mismo periódico una serie de doce, con el título genérico de *Granada la bella*, cuya agrupación más tarde, en un volumen, constituye el libro así llamado. No deja de ser significativa esta insistencia en tratar materia estética durante sus primeros ejercicios literarios, por cuanto puede evidenciar que Ganivet buscaba en la consideración de la belleza el escape de las sombras que entenebrecían su alma. Dato que quizá me autorice para reforzar la línea de parentesco entre Schopenhaüer y Ganivet, insinuada con anterioridad. ¿No fué Schopenhaüer quien explicó el proceso liberatorio del conocimiento en orden a la voluntad, mediante esa contemplación pura y desinteresada que es toda la razón del arte? Ello es que la contemplación estética permite al hombre desintegrarse del mundo, y gozarlo en la calma segura de la intuición.

Ganivet no necesitaba, en verdad, atender semejante exigencia moral, por vía discursiva, toda vez que el cielo había querido darle vida en una tierra donde la Belleza no es categoría abstracta, sino realidad inmediatamente sensible.

En Granada nació nuestro autor, como sabemos, y es lógico que el amor — un amor ilustrado por el conocimiento y caldeado por la devoción —le mantuviera, como presente en el alma, la imagen seductora de su tierra natal. «Yo podía ser tan florentino como Maquiavelo — escribe con orgullo que no trata de disimular, — porque no nací en ningún villorrio, sino en una gran ciudad, que por tener entre sus nombres históricos el de *Florencia*, da derecho a sus hijos a que usen el sobrenombre de florentinos.» Y por algo más—cabe añadir — que por la prescrita denominación histórica: por la esencia misma del carácter, ya que se muestran en éste vigorosos destellos renacentistas. Para el común de la gente, Granada nace y muere con el esplendor — tan efímero — de la dinastía nazarita. Mas antes hay que contar con la Granada romana, y luégo con la Granada que bautizaron los Reyes Católicos, renovada por el advenimiento a su colonización de castellanos, aragoneses y gallegos, y acrecida, en su caudal artístico, por piedras, tallas, hierros y cristales, de italianos y flamencos. A la sugestión histórica de Granada, cruce de dos civilizaciones, se agregan los encantos de una situación natural incomparable. Mas desde el momento en que la pobla-

ción, esto es, el elemento humano, no ha sabido darse cuenta cumplida en todo instante de esa tradición y de esa naturaleza que dieron a Granada una de las fisonomías más hermosas y expresivas del mundo, la Belleza de la ciudad ha quebrado de modo notable, creándose un problema de estética urbana, que pudiera formularse así: mantener a Granada en unidad tal, que ninguna nota discordante la descomponga en su armonía. Y no es que la ciudad de Granada — monumentos aparte — sea precisamente fea. Al contrario: ofrece visiones de la más honda y pura seducción. Lo que ocurre es que la emoción de tales lugares no siempre se logra por entero: no falta algo que tire de nuestro espíritu — preparado al vuelo gozoso — con ademán desagradable; un adorno de cemento, un montón de basura, un pegote reciente, una grieta que nadie trata de reparar... ¡Ese Albaicín maravilloso, fuente de deleite y de remordimientos...! Porque es esto lo que sucede: en Granada, como en toda ciudad española—¿en cuál no?—falta una política municipal, lo suficientemente sensible y vigilante, para evitar que el desarrollo impuesto por la vida nueva, ceda en daño de las bellezas naturales o artísticas. Se construye o se demuele sin consulta al espíritu de la ciudad. El capricho del vecindario prevalece. En Granada se cree que sólo la Alhambra y alguna que otra Iglesia merecen los honores de la conservación. No ha llegado a comprenderse aún, que todos los monumentos incluídos en el catálogo

oficial y reseñados en las guías, reducirían mucho el alcance de su lenguaje patético el día en que llegasen a desaparecer los mil y un detalles que, sin valor extraordinario en sí mismos, componen un medio favorablemente entonado: una reja florida, un ciprés dominando el encalado tapial, un aljibe, una hornacina en un recodo, calles sinuosas, plazuelas imprevistas... Sin estos elementos de graciosa integración, y con grandes vías al peor de los gustos catalanes, la Alhambra misma daría la impresión de un joyel abandonado en un rincón hostil.

Con referencia a Granada, pudiera formarse un «Memorial de agravios a la Belleza», que sería una tremenda acusación contra concejales y vecinos. Al mal gusto de los ricos — nuevos y viejos — y al ánimo desapoderado de lucro, ha coadyuvado la desidia general, triunfando el rastacuerismo y la desalmada chamarilería, patentes en los más varios desacatos: mutilación de monumentos, desvalijamiento de iglesias, construcción de impertinentes edificios, tala impía de alamedas, ruína de jardines... Aun los paisajes mismos de la Vega, no están fuera de peligro, dada la irrespetuosidad con que se cierran perspectivas o se obstruyen miraderos. Contra un pueblo que hace o deja hacer tales desmanes y que además — copio ya a Ganivet, quien alude al embovedado del río Darro — «renuncia a ver el agua que corre a sus pies, no queda más recurso que echarse a llorar».

A la vista de los canales de Brujas, cruzados por cisnes de dotación municipal, Angel Ganivet pudo pensar en su maltratada ciudad nativa, regida por la insensibilidad y la inconsciencia. De haber quedado viviendo en Granada, es posible que nunca hubiese advertido los deberes de orden estético que los moradores de una ciudad bella tienen con ésta. Dijérase que el goce de la belleza se desvirtúa, hasta extinguirse sin rastro, cuando la impresión inicial se organiza en convivencia, y la sorpresa para en costumbre. El peluquero que halló en Toledo Maurice Barrés, se reproduce en muchísimos caracteres de modo insospechable. Aludo a aquél que le decía, con gesto desconfiado: «¿Le gusta esto? Vale poco. No hay sino alguna antigüedad solamente.»

En alas del amor, el recuerdo de Ganivet iba hacia Granada. Y el reproche le conducía hasta los granadinos, usufructuarios de un tesoro que no saben beneficiar, por lo visto, con diligencia y fervor. ¿Por qué no procurar—pensó sin duda—que naturaleza y ciudad, piedras y hombres, guarden una relación directa? ¿Es que la ciudad misma no puede llegar a ser una obra de arte, con totalidad de sentido? ¿Y si los habitantes dignificasen su vida para participar de ese mismo ritmo, superior y depurado? Una ciudad con alma, unidad orgánica de bien acordadas vibraciones... ¡Hermoso ideal al que Ganivet hizo la oblación de su *Granada la bella*...!

Es curioso saber que justamente por los mismos años de la estancia en Bélgica de Ganivet, habló Jorge Rodenbach a otro escritor, Fierens Gevaert, del pensamiento que hubo de exponerle cierto editor de Ginebra, dispuesto a iniciar una publicación, en la que diferentes hombres de pluma analizasen, potencia por potencia, el alma de Brujas. ¿Conoció Ganivet este pensamiento? Cabe responder que no, pues que la iniciativa, quedando en conversación, no llegó a realizarse, y sólo fué hecha pública por Fierens Geavert, muerto ya Ganivet, en ocasión de publicar su *Psychologie d' une ville*, libro posterior, por tanto, a *Granada la bella* y al *Libro de Granada*. Por cierto que, salvando la intención estética, fundamental en libros de este giro, puede encontrarse en ellos la influencia de cierto prurito sociológico, muy a la moda del fin de siglo, tan amigo de abstraer el alma de las ciudades, como de las multitudes y de cualesquiera otros sujetos plurales. Cierto que, en cuanto a ficción literaria, la personificación de las ciudades fué milagro del amor y fenómeno de todo instante. Los hombres han gustado siempre de obtener plásticas representaciones de las entidades morales que ganan su devoción en cada caso, y pocas la han merecido tanto como la Patria, de mayor o menor radio territorial. Pericles, queriendo halagar a Atenas, como si fuere una mujer coqueta, atestigua la antigüedad de tales alegorías y prosopopeyas. Y sin ir tan lejos, tenemos a los moros de

nuestros romances, amantes de sus ciudades, con la fiebre y la vehemencia de una pasión de serrallo.

Granada, si tu quisieras,
contigo me casaría...

Pero es en nuestro tiempo cuando esa personificación de ciudades se complica con pretensiones de psicología colectiva. Camilo Mauclair, *verbi gratia*, asegurando que Florencia se le aparece como una «figura de inmaterial serenidad, la aureola en la frente y un lirio rojo en la cintura», acude a un arbitrio retórico, y no más. Mas su actitud contrasta con la que parece adoptar Jorge Rodenbach, al situarse ante Brujas· La ciudad no es para él una simple imagen en reposo, creada por su designio literario, sino un sér auténtico, de alma compleja y sustantiva, que acaso posea inteligencia, que seguramente guarda memoria y que, desde luego, ejercita una voluntad. «Queremos principalmente evocar—explica en el *Avertissement* de su libro, leído ayer, olvidado hoy—una ciudad como personaje esencial, asociado a los estados de alma, que aconseja, disuade, determina a obrar. Así, en la realidad, esta Brujas aparece casi humana...» Semejante noción de una ciudad dotada de vida superior a la que individualmente asumen sus ciudadanos, preside las divagaciones estéticas de Ganivet alrededor de Granada. Vida superior, autónoma, que se manifiesta, entre otros signos, en *el alma de las calles*.

La expresión subrayada sirve de título a un capítulo de *El libro de Granada*, tan idéntico en factura y sentido a los de *Granada la bella*, que podría ser incorporado a ellos, sin que el lector advirtiese la adición. «Demos un largo paseo—escribe—desde el de la Bomba hasta el de los Tristes. Los Salones nos producen una sensación apacible; desde la Carrera a la Puerta Real, notamos ligera fatiga; la calle de Reyes Católicos, hasta la Plaza del Carmen, nos distrae; desde la antigua calle de Méndez Núñez hasta la Plaza Nueva, nos aburimos; la Carrera de Darro nos pone pensativos. ¿Por qué esta sucesión de impresiones diversas? Porque nuestro espíritu va dejándose influir por el espíritu de las calles.»

En Rodenbach, el alma de la ciudad se da a conocer en el juego de unos personajes novelescos. En Ganivet, no existen novela ni personajes, sino examen directo, razonamiento simple, análisis inmediato: causa de que su libro no se parezca en nada al de Rodenbach, salvo el propósito inicial de hacer perceptible el lenguaje difuso de un medio urbano. Bien entendido que tampoco es *Granada la bella* una guía de las varias que luego se han escrito en relación con ésta u otras ciudades: guías emocionales, guías sentimentales, etc. Es, pura y simplemente, un ensayo de Estética municipal.

Volviendo a Rodenbach, no importa gran cosa relacionarlo con Ganivet, ya que los dos acaso reconozcan en Ruskin su abolengo común. La

filiación ruskiniana de Angel Ganivet se aparece a este respecto con claridad más que bastante. Ganivet trae a nuestras letras la emoción de las ciudades con fisonomía propia, acogidas al fuero de la Belleza, superior al del Progreso uniformista, y al hablar de las calles y plazas—de Granada—les reconoce una calidad de paisaje que, en verdad, no estaba justipreciada por las gentes: apenas favorables a reconocer otro que no sea el natural, y nada dispuestas a comprender un monumento en función de un ambiente determinado. Mira Ganivet al caserío más que al campo, en el decurso de sus meditaciones: parece que están impregnadas sus palabras de la esencia que empapa aquellas otras dirigidas por Ruskin a los ciudadanos de Edimburgo, en relación con Verona: «No hay necesidad de detenerse a mirar el río azul o las montañas soleadas. El corazón y la vista tienen tarea suficiente con las calles de la ciudad. Se contentan allí; a veces vuelven al paisaje natural, demasiado salvaje y solitario, para vivir con un interés más hondo, las paredes del palacio que lanza su sombra sobre las calles, y esa multitud de torres que surgen de las sombras, para alcanzar el cielo...»

Ruskin, sí, Ruskin... y otra vez Nietzsche. Nietzsche aprendió en Buckhardt el amor a las ciudades, en cuanto hogares propicios al nacimiento de caracteres bien dotados. Y no sólo porque en ellas se acumulen más y mejores elemen-

tos de cultura que en el campo, sino porque la convivencia en los afanes urbanos excita el ansia de dominio, determinando máximas tensiones de esfuerzo. No es del caso precisar la espléndida eficacia de aquellas fecundas matrices de genialidad que fueron Atenas, Roma, las ciudades italianas del Renacimiento. Ganivet las amaba según apunté con anterioridad: las amaba por el aire de libertad que las envolvía, cuando no las ahogaba aún la «idea estúpida» de unos «lazos de unión política, que es una especie de confraternidad en que todos se abrazan para... reventarse.» Sin que le disuadiera de su fe la consideración de las luchas internas. «Ciertamente—escribe—aquello era más hermoso que esto, pues aun en el punto débil que fué, y es, el de combatir unos con otros, ya por pasiones, ya por intereses, entonces se combatía con más arte, y se moría con más variedad».

Con cierta amplitud trata Ganivet en el capítulo VIII de su *Granada la bella* el tema de la ciudad como clave de todo régimen de Estado. «No hay nación seria—afirma—donde no hay ciudades fuertes.» ¿Fuertes, dice? ¿Con qué clase de fuerza? La que le venga de su propio espíritu: «la ciudad que pretenda vivir su vida propia, gozar de la libertad de sus movimientos, debe esforzarse por ser de hecho tal como sea considerada por las leyes». Y no es lo malo—puede glosarse por cuenta propia,—que las leyes hayan dado al traste en España con la libertad municipal,

sino que las propias ciudades no sientan anhelo alguno de ejercitarla, ni aun la echen de menos. Concretando la doctrina en relación con Granada y su primacía espiritual sobre la zona de influencia que, geográficamente, le pertenece, Ángel Ganivet dice: «Si Granada consagrara todas sus fuerzas a la restauración de la vida comunal, no sólo prestaría un servicio al país y obtendría bienes materiales, sino que, al calor de su nueva vida, brotaría su renacimiento artístico; una ciudad que tiene vida propia, tiene arte propio como lo tuvieron las ciudades de Grecia, Italia o los Países Bajos; y si nuestras municipalidades no conocieron un grado tal de florecimiento, fué porque España se constituyó en nacionalidad, mientras Italia y los Países Bajos continuaban en agrupaciones diversas, dominadas hoy por unos, mañana por otros, y siendo, en realidad, más libres que sus dominadores. El verdadero progreso político está en conservar las nacionalidades, y dentro de ellas las ciudades libres, como focos de fuerza material e ideal».

Pero no toda ciudad... es ciudad. En este supuesto negativo, la ciudad es no más que pueblo. Ganivet establece con mirada certera la diferencia, que a su juicio, «está precisamente en que la ciudad tiene espíritu, un espíritu que todo lo baña, lo modela y lo dignifica.» Mas, olvidándose de esta distinción, ¡cómo el propio Ganivet encalla en los bajos del provincianismo! La *polis* autónoma con que él sueña, en principio, no es

el pueblo—es decir, la limitación incivil—pero sí llega a ser, en determinado instante, algo menos viable para la expansión del espíritu: una cabeza de partido, o si se mejora la cantidad—no la calidad del grupo social,— una capital de provincia. Porque debe volverse ahora a la carta del *Epistolario*, a que antes aludía, según la cual, la aspiración de Ganivet cifrada en una ciudad dueña de sus destinos morales y políticos, parece contentarse en la realidad de su Granada en 1840, cuando existían en ella «ciertos núcleos intelectuales con jugo propio y abundante, de donde se desprendieron, por tandas, hombres de pró, como Fernández y González, Alarcón, Valera, Castro y Serrano. Lo mismo ocurría en otras partes.» Es poco, muy poco, añado yo. No tenemos aquí ya la visión de una Atenas, con su Agora y su Pórtico. Ni la de una Venecia, con sus Bancos, sus logias y sus naves, que el león de San Marcos abandera. Sino a la capital española de nuestro tiempo, con sus tertulias y sus revistitas: muy bien, sin duda, como órganos de un rendimiento naturalmente modesto, pero insuficientes, de seguro, para revivir la tradición de nuestras decantadas libertades comunales.

Menos mal que el espejismo necesita de la distancia para producirse. Ganivet no lo padece al contemplar la realidad que le es coetánea. Así no se engaña en cuanto a la postración de Granada, y escribe en las líneas iniciales de su libro:

«Mi Granada no es la de hoy, es la que pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún día será.»

«Dime qué te parece, en general—le escribe nuestro autor a Navarro Ledesma—(1) la idea de mi *Granada la bella*, de la reforma *blaguística* que he imaginado». Y antes declara en la misma carta: «Los he publicado—alude a los artículos de *El Defensor*—con la completa seguridad de que nadie me haría caso, y sin embargo, tengo ya una cesta llena de felicitaciones.» Se ve, por tanto, que Ganivet compuso este trabajo sin darle mayor importancia, *blaguísticamente*, con exclusión de todo propósito que tendiera a fundir en cuerpo de doctrina estética, los puntos de vista alegremente prodigados. Ni aun se cree en la obligación de exponer cuál sea su personal concepto de la belleza: nueva muestra de la escasa atención que le merecen las ideas abstractas. En este aspecto, como en el moral o en el político, le importa más la aplicación de los principios que la naturaleza íntima de éstos. Ganivet habla a cada paso de *cosas bellas*, sin que en el curso de sus razonamientos dé motivo para pensar que atribuye a lo bello un sentido distinto al de uso común entre gentes no picadas por el apetito filosófico del análisis. Alguna vez, por definición ne-

(1) Carta fechada en 30 de Marzo de 1894, no incluída en el *Epistolario*, pero publicada en la revista *Helios*, 1903. Tomo I. Pág. 259.

gativa, podemos inferir el pensamiento personal de Ganivet en punto a la esencia de la Belleza. *Verbi gratia*, cuando dice: «Lo costoso es enemigo de lo bello, porque lo costoso es lo artificial de la vida; en un país donde abundan los naranjos, una casita blanca, en medio de un naranjal, sirviendo de contraste, es una obra artística. Traslademos este cuadro a un clima del Norte, y hagámosle vivir dentro de una inmensa estufa, y lo bello se trasformará en caprichoso, ante la idea de que no es ya la naturaleza la que obra, sino el bolsillo».

Lo bello es lo natural: hé aquí el escolio que, a poco esfuerzo, se puede obtener del anterior teorema. El influjo sobre tal enunciado de una idea que es, sin duda, de las más constantes en el pensamiento de Ganivet, se hace notable. Aludo a la fuerza operante del medio. En *Granada la bella*, el medio explica la razón estética de una obra humana o de una creación natural. En *Idearium español*—se verá a su tiempo—el medio determina el desarrollo histórico. Ocurre, pues, que el Arte y la Patria adquieren totalidad de sentido al ser referidos a un teritorio. «Lo más permanente en un país—leemos en el *Idearium*—es el espíritu de territorio. El territorio crea un arte, un derecho, una filosofía...» Bien. Mas ¿hasta qué punto son específicas, privativas del lugar, semejantes creaciones? Paréceme que la lógica histórica autoriza esta objeción. Me inscribo en el círculo estético que es propio de *Granada la bella*,

y vuelvo a preguntar: ¿Hasta qué punto es enteramente propio de un pueblo un estilo pictórico, una modalidad musical, una forma arquitectónica? ¿Y desde cuándo—en orden al tiempo—podremos reputar una cierta manera de mostrarse el Arte como una característica de un país? La Historia nos habla de los orígenes y fuentes de las más varias direcciones artísticas, pero nos habla a la vez de su entrecruce, en cuanto trascienden del aire en que se produjeron. Y es que los pueblos no solo crean, sino que también absorben, debiéndose pensar que esta virtud de asimilación es tan poderosa para el buen curso de la Historia, como la virtud de invención. Más todavía: acaso no interesa tanto el primitivo arranque territorial, como la fuerza difusiva de una creación cualquiera. Ni en el espacio ni en el tiempo existe solución de continuidad: los hallazgos que el hombre realiza, si son valederos, no tardan en influirse recíprocamente, para ir dando contenido a la suprema categoría de lo universal.

No cabe duda que existen formas particulares de cultura, determinadas por el territorio. Pero la variedad de ellas no implica su resistencia a la íntima penetración. Mas cierto es que todas se enlazan, insertándose en el organismo superior de la Historia universal, alentada por un anhelo común en cuya existencia se volverá a creer, por instinto de conservación, ya que la Humanidad no se resignará por mucho tiempo a la acción tó-

xica de Spengler. ¡Adiós la fecunda ilusión del progreso, si los afanes del hombre cerrasen su círculo sobre sí mismos, con la falta de plan y de fin que es propio de las mariposas o de las orquídeas!

Digo, pues,—y frustro la digresión— que existe lo particular en lo universal: ello es de vulgar evidencia. Pero situados que estemos ante el cuadro vastísimo de la Historia, y en trance de precisar contornos específicos, advertimos que las dificultades de la diferenciación propuesta, se centuplican, naturalmente, al ir reduciendo los conceptos en serie descendente. De otro modo: que no nos costará gran trabajo delimitar la cultura occidental. Que dentro de ella, nos será posible desglosar el elemento latino· Pero que el problema se hace árduo en alto grado, al querer discriminar la voz española en tal concierto. Y que la cuestión se hace de cómica dificultad, si tratamos de contraponer lo andaluz y lo castellano. No se diga si pretendemos recoger la nota precisamente granadina. La intuición nos habrá servido de mucho en la pesquisa. Pero—¡tal es la grandeza y la miseria de la intuición!—sus presas no serán recibidas por buenas al intervenir siquiera un mínimum de raciocinio.

¡Lo granadino! Ganivet no desconoce los riesgos—y la superfluidad—de indagación así orientada. «Cuando yo hablo de arte granadino, no es para oponerlo ridículamente al arte español, ni para separarlo siquiera, sino para señalar el ma-

tiz que en este representamos y para fijar mejor el carácter de nuestra ciudad.» Ni aún en forma tan atenuada, se me hace razonable la consideración de lo *diferenciado local*. Porque, no obstante la salvedad, cede a la tentación de buscar lo granadino en el cotejo de escritores de dicha naturaleza y de escritores castellanos. El género, a su juicio, está representado por el misticismo. Y la diferencia específica proviene de «cierto aire de frescor y lozanía que lo rejuvenece, en tierra de Granada.» «La entonación didáctica—agrega refiriéndose a los escritores de su ciudad—se sustituye por la entonación oratoria, la cita de textos, por el rasgo imaginativo y la frase austera, por el concepto vivo, apasionado, lleno de bravura, de que hay tantos ejemplos en nuestro Padre Granada.» Perfectamente. El ejemplo confirma la tesis. Pero el Padre Granada era de sangre gallega, y sólo permaneció en la ciudad que ilustró con su nombre, contados años de su niñez. ¿Es de rigurosa lógica atribuir a un pueblo las cualidades de un escritor que allí naciera circunstancialmente? De no conocer la fe de bautismo de Hurtado de Mendoza, ¿qué podría oponerse a que situásemos su espíritu entre los de cualesquiera escritores castellanos? ¿Y cómo hallar en el correcto y académico empaque de Martínez de la Rosa—romántico indeciso—un dato que nos hiciera exclamar victoriosamente: aquí está lo granadino? Realmente no tenemos otros datos para filiar espíritus—y

consecuentemente sus obras—que la preferencia mostrada al elegir los temas de su arte. Washington Irving es más granadino, seguramente, que don Cristino Martos. Y si omitiera su nombre quien escribiera la Historia de la Literatura en Granada, incurriría en olvido imperdonable, aunque citase a Pina Domínguez, valga por escritor, granadino nato.

«Yo me figuro—confiesa Angel Ganivet—que cuando viajo, llevo conmigo mucho de mi ciudad natal y algo de todas las que he ido conociendo, y que de ese, al parecer monstruoso conjunto, brotan sentimientos de armonía, hasta cierto punto involuntarios.» Hé aquí la gran verdad que le libra, al menos en el momento de escribirla, de caer en un mezquino localismo. La ganó gracias a sus viajes. Sin ellos ¡cómo se habría recrudecido la corteza provinciana de Ganivet, que sólo a trechos se agrieta, para dar escape al fuerte espíritu interior! A vuelta de contradicciones, se encuentra, al fin, una fórmula conciliatoria, entre su natural apego al pueblo que le sirvió de cuna y su experiencia de viajero, que al cruzar un sector del mundo, comprobó la necesidad de los horizontes abiertos: «No tengo fe en un arte exclusivamente local, ni tampoco en los artistas que se forman en el aire. Un hombre, hasta cierto tiempo, necesita nutrirse en su tierra, como las plantas, pero después no debe encerrarse en la contemplación de la vida local, porque entonces cuanto cree quedará aprisionado en un círculo tan es-

trecho como su contemplación.» A poco de escritas estas palabras, alude a las dos fuerzas contrarias que operan sobre el arte: «la una que empuja hacia arriba, y la otra que abate los ánimos del que intenta ser demasiado original», quedando entre ellas «espacio bastante para que los más grandes hombres se muevan con soltura; y si alguno es tan fuerte que rompe y agranda los moldes, tanto mejor.»

¿Rompió Ganivet los suyos? Ya digo que concilió su ingénito granadinismo y su tendencia—natural o adquirida, pero resuelta—a lo universal. Mas en la transacción, me parece que pudo más el primer elemento que el segundo. Dueño de cuantos idiomas forman el instrumental de la cultura contemporánea, Ganivet pudo ser un *weltbürger* y creyó serlo al escribir. «Yo me considero indígena en todos los territorios que piso.» Pero la impresión más frecuente es la de que nos las habemos con un alma resabiada de localismo.

Angel Ganivet cree en lo *típico*, signo de la belleza natural, y como natural, perdurable, cualidad substancial del espíritu que anima un territorio. Falaz numen el de lo típico para restaurar pueblos... Lo típico es la añagaza que nos tiende el pasado a fin de conmovernos con la emoción de ideas, sentimientos, costumbres, y aun objetos materiales, felizmente superados. Ganivet rechaza las casas de pisos y no acepta que los

hoteles prescindan de los zaguanes tradicionales de nuestras posadas, «donde los hombres podían entrar en coche o a caballo.» «Son unos cuantos pasos de más o de menos, y para el que sabe ver en ellos, está representada la hospitalidad española.» Me parece que estos usos no dicen nada en pró ni en contra mientras no se ensaye, a expensas de ellos, un juego literario. Literatura—siquiera sea de gracioso corte—más que otra cosa, hay en el culto mantenido por Ganivet al candil y al velón «firmes sostenes de la vida familiar que hoy se va relajando—asegura—por varias causas, entre las cuales no es la menor el abuso de la luz.» Su razonamiento se quiebra de puro ingenioso: «El antiguo hogar no estaba constituído sólamente por la familia, sino también por el brasero y el velón, que con su calor escaso y su luz débil obligaban a las personas a aproximarse y a formar un núcleo común. Poned un foco eléctrico y una estufa que iluminen y calienten toda una habitación por igual, y habréis dado el primer paso para la disolución de la familia.» Pues bien: se ha cumplido el peligroso experimento... y la familia subsiste.

Precisamente le tocó vivir a Ganivet en una época de marcada transición. El adelanto de todas las técnicas científicas creó nuevas maneras de vida que dieron no poco que recelar a los viejos y a los provincianos. Esto es, a cuantos viven fuera de los centros vitales: juventud y urbe. Por más que el temor a lo nuevo quizá sea

fenómeno psicológico, de radio más extenso. Ruskin ya había excomulgado a los caminos de hierro en nombre de la pureza del paisaje, sin presentir que el tren iba a ensanchar el mapa de la estética, facilitando el acceso a panoramas hasta entonces inéditos para muchos. Sin contar con la belleza de la propia locomotora. Sully Prudomme cantó la belleza de los barcos de vela, frente a los de vapor, como si hubiese antagonismo alguno entre ambas manifestaciones sucesivas del ansia humana—bella en sí misma—de la invención y del hallazgo. Ganivet no simpatiza con la luz eléctrica, y, extremando su desconfianza para el poder de la Ciencia, descarta la posibilidad de que alguna vez satisfaga el hombre lo que D'Annunzio ha llamado *istinto icárico, istinto umano del vuolo*... Unicamente de una manera casual, «que de otro modo no puede ser»—viene a decir—«descubrirá algún desocupado la dirección de los globos.»

Progreso material no más, se suele decir. Ganivet no le manifestó simpatía alguna. Le alude varias veces con desdén. La alusión displicente satura la atmósfera de *Granada la bella*, ciudad que él sueña iluminada con alumbrado de aceite e higienizada mediante cualquier aparato de limpieza, «con tal de que sea económico.» Pero semejante desdén se concreta, entre otros pasajes de sus obras, en el siguiente de *Cartas Finlandesas*: «El progreso material no sirve más que para cubrir las apariencias. y para engañar a las gentes superficiales; es un progreso hipócrita y men-

guado que sirve sólo para prolongar indefinidamente la existencia infructuosa, y a veces nociva, de los pueblos que a él se acogen... En Atenas no fué conocido el entarugado y andaban por las calles personas de más viso que las que hoy se echa uno a la cara.» ¡Vana argumentación! El progreso material pregona rendimientos crecientes en el esfuerzo de la razón. El hombre, así, afianza su dominio sobre la vida y sobre la naturaleza. Acorta distancias, salva vacíos, elimina agentes patógenos, facilita la expansión de las ideas, dotándola de instrumentos difusivos... Una apuntada varilla de hierro en el ápice de una construcción, representa la victoria del hombre frente al ceño adusto de las nubes, armadas por el rayo. ¡Belleza conmovedora la de estos descubrimientos que debemos a la Poesía, disfrazada de Ciencia!

Ganivet mostraba creer que el mundo de su época eliminaba y no sustituía valores estéticos recibidos, de siglo en siglo. Y no. En sus años de lector incansable, Guyau gozaba de gran predicamento. ¿Leyó Ganivet a Guyau? Debía haberlo leído, puesto que el pensador francés rebate con fortuna cuantos argumentos se acostumbra a exponer en contra del porvenir de la belleza y del espíritu. Ni la democracia destruirá las condiciones orgánicas y fisiológicas del genio, ni el régimen de la gran industria matará la contemplación estética, ni la mecánica afeará los paisajes, ni las nuevas formas de vida restarán encantos a las ciudades...

Ganivet, localista, extrema las razones que la Estética aduce para que ciudades de la magnífica calidad de Granada, se mantengan fieles a su tradición. Me parece que, en principio, queda ya expuesta mi conformidad con esa actitud de respeto y amor a la obra mancomunada de hombres y siglos. No se remueva una piedra, ni se arranque un girón de yedra, ni se ciegue una fuente... Tengamos todos incluso temor supersticioso en relación con el caudal artístico e histórico que Granada conserva. Pero yo no tengo por qué ocultar que no concibo belleza alguna sin la asistencia de un continuado ritmo vital. Por haberse extinguido éste, la impresión que nos dan no pocas de las ciudades españolas—las castellanas sobre todo—no es esencialmente estética, sino arqueológica. En reliquia muerta pararía Granada, si en el altar dudoso de lo típico sacrificásemos todo anhelo de desenvolvimiento futuro. ¿Qué otra cosa pretende Ganivet al razonar sobre el alumbrado en la forma a que antes aludo, al solicitar que el problema de la conducción de aguas se resuelva sin más que multiplicando los aguadores ambulantes, «tubería viva, semoviente», y al aconsejar «no hay que ensancharse»? La acción de la piqueta movida por el rastacuerismo, hacía necesaria la reacción de Ganivet, dolido en su amor a las bellezas granadinas por repetidos desafueros. Pero

conviene no pasarse del justo medio. Y lo pasaría seguramente, quien redactase unas ordenanzas municipales a base de aquellos principios. Claro que ni aun el autor mismo los tomaría al pie de la letra. No olvidemos que Ganivet los expone—según declaración auténtica—*blaguísticamente*, y así sabremos descartar del noble alegato estético, el juego—muy ingenioso y ágil—de palabras y de ideas. Me parece que es, sobre todo, en los tres o cuatro capítulos finales, donde el autor ataca en su raíz el mal de nuestras ciudades, necesitadas de un constructor espiritual y de un viraje en redondo hacia mejores modos de convivencia. Porque la Estética se da aquí la mano con la Sociología. Tengo por muy sagaz la observación que expresan las siguientes palabras: «Caminando hacia el Norte se nota un fenómeno curioso: las ciudades cada vez van siendo más tristes y cada vez van pareciendo más alegres. ¿Cómo se explica que aquí en el extremo Norte, entre nieve y nieblas, con vegetación casi moribunda, la ciudad parezca aún más animada que allí en Andalucía, donde la luz entra a raudales, los árboles alegran y los pájaros cantan? Es que aquí hay mujeres, es decir, están en todas partes las mujeres, no ya en el café o en el restaurant o en el comercio de poca importancia, haciendo asomadas y sin atreverse a tomar posesión definitiva de su puesto en la sociedad, sino en todas partes, por derecho propio como los hombres.» El día que tal ocurra, bajo

cielos españoles, se habrá señalado el más venturoso de los síntomas. El tono de la vida social habrá ganado en altura y pureza. Se estará muy cerca del día en que se realice el arte ensayado por Ganivet, al escribir su librito: arte que se propone el enaltecimiento de las ciudades «por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan.»

En suma: lean munícipes y vecinos de ciudades bellas esta cartilla de estética urbana, que es el libro de Ganivet aludido en los presentes comentarios. Penétrense de su espíritu. Pero guarden precauciones en cuanto a la letra. Mucho ojo con el equívoco del *carácter*. Una ciudad de carácter corre peligro de hundirse en polvo y cochambre. Lo típico no siempre es lo bello.

Lo que aquellos *Promenades* de que hablaran respecto a Brujas, Rodenbach y Fierens Gevaert, habrían sido, de llegar a nacer, fué, sin duda, *El libro de Granada* que Angel Ganivet redactó con los escritores Matías Méndez, Nicolás María López y Gabriel Ruíz de Almodóvar, sus paisanos.

En orden al tiempo, la colaboración de nuestro autor de esta obra pertenece al último período de su vida. Tan es así que el libro salió a luz cuando Ganivet ya había muerto. Sus colaboradores, pues, se vieron en la tristísima necesidad de cerrar el volumen con una página necrológica. «Desde que se ausentó de nosotros la última vez

—aseguran, refiriéndose al verano de 1897—no faltaba mes, ni semana que en sus frecuentes cartas no preguntara por el curso de esta pequeña obra. Su pensamiento era que *El libro de Granada* llegara a ser un comienzo de regeneración intelectual y literaria de esta ciudad, capaz de mover a los perezosos y abatidos que aquí viven. Pocos días antes de su muerte, sabiendo que este primer ensayo tocaba a su término feliz, nos mandaba un magnífico y detallado plan del libro que había de seguirle, ya quizá, por su eterna ausencia, irrealizable.»

Pero en relación con el criterio que expuse en instante oportuno, *El libro de Granada* debe emparejarse con *Granada la bella*, por responder ambos a la sugestión de la misma ciudad, alrededor de la cual gira el pensamiento de nuestro autor, para situarse en puntos de vista idénticamente orientados. La estrecha relación se echa de ver en capítulos como el que antes menciono, titulado *El alma de las calles*. Otros se insertan en el tomo, de sesgo bien diferente,—aunque de semejante espíritu—en los que la disertación estética, veteada de sociología, deja su puesto a la evocación autobiográfica,—*La derrota de los greñudos*, por ejemplo,—a la pintura de costumbres—*Un bautizo*, animado cuadrito en verso,—a la interpretación de tipos y lugares—*Trogloditas, verbi gratia*,—o a la fantasía no exenta de pretensiones transcendentales, como *Las ruínas de Granada*, páginas estas últimas,

en las que poesía y prosa se entreveran de modo patético.

En todos estos trabajos—ocho es su número—puede señalarse como nota más insistente, la de una mansa tristeza, nítidamente acusada en el soneto *Los grajos*: desahogo lírico, al oído de Matías Méndez. Bajo el cielo de Granada, «pródigo en colores», el poeta descubre una nube de grajos que está rondando algo muerto.

...¡y quizá esté lo muerto en nuestra alma!

Bien es verdad que en sus compañeros de colaboración predomina idéntica actitud melancólica. El humor de Matías Méndez, tan jocundo por lo común, se entenebrece un poco en *El Libro de Granada*, y aun se deja vencer por grave entonación sentimental, al narrar los amores de *Chancleta y Filo*. En pleno bosque de la Alhambra—álamos, yedras, ruiseñores, aguas corrientes—Gabriel Ruíz de Almodóvar se desprende del halago sensorial, para hacernos ver cómo «una mano incontrastable» le empuja hacia el cementerio. No es extraño que Nicolás María López, triste siempre, el *Antón del Sauce*, de la Cofradía, prodigue glosas del crepúsculo, de los jardines en silenciosa penumbra, de los amores sin esperanza...

Angel Ganivet descubre en el *Libro de Granada* su dolorida entraña de desterrado. Desterrado de todo. De la tierra natal, de los afectos más alle-

gados y puros, de la fe recibida, de la ilusión que seguramente presidiera los días de su adolescencia. Poeta—Ganivet lo era—, es natural que busque para verter las gotas más amargas de su alma desencantada, la copa transfiguradora del verso. Ya tengo dicho que consagraré mención especial a este aspecto de nuestro autor. Pero, al designio presente cumple subrayar algún pensamiento de los incluídos en estos poemas de *El libro de Granada.* A la dramática luz del desenlace que a su vida procuró Angel Ganivet, se aclara el sentido de aquel sollozo suyo ante los torreones de la Alhambra:

¡Quién fuera como vosotros
Y largos siglos soñara,
Y desde el sueño cayera
En las sombras de la nada!

Y no lejos—dos páginas más allá—encontramos nueva apelación a la libertad que supone la muerte:

Si muerte y vida son sueño,
Si todo en el mundo sueña,
Yo doy mi vida de hombre
Por soñar muerto en la piedra...

IX

INTERMEDIO FINLANDÉS

Promovido a cónsul de segunda clase, Angel Ganivet fué trasladado de Amberes a Helsingfors, ¿Se alivió de pesadumbres su espíritu con el cambio de residencia? Es vieja verdad la que troqueló Séneca: *Animus debes mutare, non coelum*... Y parece natural que el cielo de Finlandia le fuese a nuestro hombre menos favorable aún que el de Bélgica.

Ganivet llegó a Helsingfors en el invierno de 1895 a 1896. «Los campos, como los lagos, como el mar, estaban sepultados bajo la nieve. Acá y allá residencias veraniegas cerradas. Y viviendas de labradores, casas de madera pintadas de rojo muy oscuro: de tarde en tarde, grupos de casas, aldeas de aspecto pobre, y, en algunas, no todas, iglesias tan sencillas como las casas.» Algún hombre—y no más—cruza por los caminos sin dejar rastro, «pesadamente, con los brazos caídos, y a lo lejos, parece más que un ser humano, un topo que sale un momento de su topera». La nostalgia penetra a Ganivet de honda tristeza. Hijo él del sol andaluz, vive «en medio de un bosque muerto,

y a orillas del mar, de un mar no sólo muerto, sino enterrado bajo montañas de nieve.» El bosque es el Brunsparken. Una de las casas allí diseminadas es la suya. Largas horas de aislamiento y de labor. Recién llegado escribe *Granada la bella*. En seguida las *Cartas finlandesas*. Y otros libros, a más. Unos se logran, como el *Idearium español*: otros abortan por falta de aire propicio. «Cuando me canso de escribir—le dice a Nicolás María López—tengo a mano abundante lectura, y leo a ratos en francés, a ratos en inglés, y a ratos en alemán, sin que deje también diariamente de dedicar una o dos horas a descifrar los periódicos suecos locales». Pero el recuerdo de la patria distante puede más que todo: su deseo le finge visiones de Granada, a través de los cristales. «El bosque, aunque está muerto—escribe—me recuerda la Alhambra: el mar helado me hace pensar en nuestra Vega; mi balcón, que da al mar, viene a ser el balcón del Paraíso...»

¿Cómo no aguardar anheloso la Primavera? Es entonces cuando Ganivet inicia sus excursiones solitarias para desentumecimiento del sér. No es preciso que la imaginación supla la falta de noticias auténticas, porque las cartas que conocemos de esta época, bastan a revelar el creciente desmayo de nuestro autor: desmayo moral y fisiológico. «Aquí estoy—vuelve a escribirle a Nicolás María López—continuando mi experiencia en mí mismo; peligrosilla es, pues cuando me paso dos o tres meses, sólo, sin hablar con nadie más que

con la criada, créete que hasta se me invierte la función de los sentidos, y me parece que oigo y veo hacia adentro, y me incomunico con el mundo como si fuera ciego y sordomudo. Ya ves cómo tus tristezas, que, al fin y al cabo, son repartidas con todos los que te acompañan y que, además, son fundadas, no son tan angustiosas como las mías, que no tienen razón externa, y que me las trago yo solo. Ejerzo, pues, de Juan Palomo de la Psicología.»

Otro de los amigos de Ganivet, su tocayo, paisano y compañero en la carrera de Archivos, Arco Molinero, ha dado la noticia de que el corazón de nuestro autor comenzaba a flaquear. «Sintióse débil de cuerpo—ha escrito—y creyó que también podía fortalecerle, higienizándole, hartándole del ambiente de aquella naturaleza, rica, fuerte y espléndida. Recorrió aquellos montes abruptos, que baña apenas el sol; aquellos valles brumosos, muy sanos, pero donde es perpétuo el invierno, con sus ocasos tristes que hacen pensar con nostalgia en el brillante cielo de la patria. Recorrió el Saima, con sus mil ochocientos kilómetros de superficie, siempre serena, reflejando el cielo nebuloso y los silenciosos pueblos que festonean sus márgenes: siguió el curso del poético Wuoxen, que, desde la hermosa cascada de Imatra, corre serpenteando hasta morir en el tranquilo golfo de Finlandia. Lo recorrió todo, buscando el alivio físico. No logró mejoría grande, y la que alcanzaba era destruída

por un trabajo intelectual intenso, incesante...» Para atenuar su soledad y *soltarse* en la práctica de idiomas, cambió lecciones con cuantos discípulos le suministró el azar. Y fué el azar venturoso, porque quiso la suerte—lo sabemos por él mismo—que predominasen las mujeres sobre los hombres en el grupo de sus circunstanciales amistades. Y es él también quien nos confía su impresión de consuelo, cuando un organillo se detenía en las inmediaciones de su casa para invadir el aire gélido con alguna melodía meridional.

Semejanzas de título hacen lógico el recuerdo de las *Cartas persas*, de Montesquieu, o las *Cartas marruecas*, de José Cadalso, a la simple enunciación de las *Cartas finlandesas*, de Ganivet. Pero la analogía no pasa de la cubierta, porque en éstas no es primordial la intención satírica que peculiariza aquellas, ni responden a estratagema literaria de especie alguna. «Esta ficción—escribe Cadalso en la introducción de sus *Cartas*—no es tan natural en España como en las naciones más cultas de Europa, por ser menor el número de los viajeros a quienes atribuir semejante obra. Sería increible el título de *Cartas persianas*, *turcas* o *chinescas*, escritas desde este lado de los Pirineos». Sin que yo necesite aclarar—al menos así lo presumo—que esta traza de los viajes a través de países extraños, proviene del deseo acusado en la inspiración del autor de asegurar la libertad de

la pluma, y aun la amenidad de la lectura, al exponer y criticar hechos e ideas nacionales.

La estancia de Ganivet en Finlandia se produjo como realidad cierta en el mundo físico de los fenómenos, y al tomar la pluma para escribir sus entretenidísimas *Cartas finlandesas*, lo hizo en el sentido propio y directo de una correspondencia íntima, por cuya virtud se hacen comunicativas las impresiones de su expatriación. En este aspecto cabe afirmar resueltamente que las *Cartas finlandesas* participan de la naturaleza propia de toda narración de viajes, variedad literaria muy afin a la periodística. A este propósito, nuestro autor acierta al encontrar su antecedente en «los célebres agentes políticos que las repúblicas italianas enviaban al extranjero. Los tan decantados venecianos y florentinos, no eran más que corresponsales de periódicos, habilísimos gacetilleros, injertados en políticos sutiles, que escribían sobre todas las cosas, con la mayor libertad y desenfado, y nos dejaron cuadros admirables de los países que habitaban.» La cualidad periodística de *Cartas finlandesas* queda comprobada por el hecho de su efectiva aparición en un periódico, *El Defensor de Granada*, aparte las prendas del estilo, muy de periodista, tan suelto y familiar como el del *Epistolario*, pero mucho más limpio y entonado. Decidido ya a ser escritor Angel Ganivet, diríase que llegó a comprender que la espontaneidad sería la excelencia mayor de su pluma,

si saneaba el vocabulario y substituía el lugar común con la imagen propia. Correcto en sentido académico, no llegó a serlo nunca. Pero algún capítulo de estas *Cartas finlandesas*, escogido al azar, podría incorporarse a una Antología como muestra de facilidad, agudeza y timbre personal.

A nuestro cónsul en Helsingfors le interesa mucho Finlandia. Pero, español de casta contínuamente afirmada por su espíritu, le interesa sobre todo en sus relaciones con España. Para instrucción de los cofrades del Avellano, destinatarios expresos de sus cartas, y de cuantos españoles tengan gusto en leerlas, él tratará de todo: «desde la constitución geológica, etnográfica y política, arte, cocina e indumentaria, hasta los procedimientos que se emplean para encender el fuego y hacer la cama». Pero su curiosidad por lo nuevo encierra un propósito de utilidad. Quiere comparar, para el mejor aprecio de lo ya conocido. ¿Qué significan la cultura, la vida, las nociones comunes en Finlandia, si se las parangona con las de España? Y ante todo: ¿cómo se ve a España, desde los *villor* de Helsingfors?

A la verdad, las ideas que los finlandeses tienen de España no son ni muy claras ni muy distintas, pero no todas inexactas. De los interrogatorios a que somete Ganivet a cuantos puede resulta que los finlandeses apenas si ven a España en el confín de la Historia. Que a España no

se puede ir, por tratarse de un país sin ley. Que el español es orgulloso, capaz de la pasión, pero no del verdadero amor. Que la española es una mujer de harem. Que las procesiones y las corridas de toros son casi las únicas manifestaciones de la vida colectiva... Ganivet no se sorprende de tales prejuicios, y, a fin de deshacerlos, recurre al rodeo necesario para que se pongan de manifiesto los mejores aspectos de España. Regala libros, y en sus conversaciones procura difundir noticias que para algunos suenan a cosa sorprendente. Proporciona a una amiga suya una traducción alemana de *El sombrero de tres picos*. Recomienda la lectura de *Pepita Jiménez*, traducida precisamente al sueco. Y él, por su parte, se complace en la lectura del libro en que Lundgren, su autor, recoge sus memorias de España.

Solemos ser injustos con los extranjeros que han hecho literatura al visitarnos. No les perdonamos sus faltas de información, y les imputamos el invento de la España llamada *de pandereta*. No sabemos agradecer el cariño y la penetración, que al percibir nuestros más genuinos matices, han puesto un Washington Irving, un Gautier, un Barrés... Sus fantasías, por mucho que nos molesten, no son, después de todo, sino estilizaciones de auténticas realidades españolas. Lundgren asiste en Granada a una gran corrida de toros en honor de los duques de Montpensier. La ciudad entera pareció concentrar en torno al ruedo todos sus afanes. «El tercer toro—refiere Lundgren—no

quería pelear y hubo que echarle perros de presa. Cogió a dos con los cuernos y los tiró por alto, mientras pisoteaba a un tercero. Le echaron nuevos perros, y, por último, un mozo con una cuchilla le cortó una nalga, y cuando estaba en tierra el infeliz animal, con los perros colgados, le clavaron la puntilla». Esto no lo inventó, de seguro, Lundgren, con intención aviesa. Lo vió, lo pudo ver. Podrían haber ilustrado esta referencia Lucas o Goya. Las primeras materias para las pintorescas fantasías de turistas ingleses, eslavos o de cualquier pabellón, se las damos nosotros mismos. *Arrojar la cara importa...* Ganivet, consciente en su españolismo, comenta donosamente, sin asomos de acritud, cuantas defectuosas interpretaciones y torcidos juicios halla en las «Impresiones de un pintor».

España, a su vez, ¿qué sabía de Finlandia? ¿Sabía algo más y mejor que Finlandia de España misma? No es extraño que la ignorase, porque Finlandia ha carecido de literatura expansiva, y no hay mejor instrumento de difusión que el libro. No ha sido, en realidad, otro el caso de los pueblos del Norte que le son contiguos, hasta que el genio de Ibsen irradió sus luces. Por los mismos años en que Ganivet suministraba a un público de lengua castellana las primeras noticias de Finlandia, Eduardo Rod escribía en su prefacio al *Teatro*, de Ibsen, en la versión francesa que editara Albert Savine: «Por acá sabemos muy

poco de las costumbres y de la sociedad de los países del Norte. A no ser los cuentos de Andersen y algunas novelitas de Bjoerson, nada conocemos de su literatura. Los nombres de sus escritores pasados y presentes nos son casi desconocidos enteramente. De cuando en cuando, algún crítico cita a Jorge Brandés; pero los demás, los Kier-Kegaard, los Essaías Teguer, etc., apenas sospechan que existen los espíritus cosmopolitas.»
Digo esto, para recalcar el buen servicio prestado por Ganivet al conocimiento en España de letras tan lejanas. Rinde esta útil tarea en los capítulos XIX, XX y XVI de sus *Cartas finlandesas*, en los cuales no sólo se revela la existencia de una nueva e interesante literatura, sino que se rastrean sus orígenes, hasta dar en el *Kalevala*, poema épico popular, de imponente extensión, que Ganivet leyó íntegro, ejercitando sus raras dotes de lector resistente y voraz. Estos ensayos sobre literatura finlandesa se completan con cuatro artículos que más tarde envió él mismo también a *El Defensor de Granada*, en serie intitulada *Hombres del Norte*, y que no pudo llegar a feliz remate, porque la Muerte cortó con mano brusca la labor en curso. Vieron la luz no más que los artículos dedicados a Jonas Lie, a Bjoerson y a Ibsen. Quedaron empezados, según carta de Ganivet a Seco de Lucena (1) un mes antes

(1) Carta fechada en 19 de Octubre de 1898, publicada en la revista *La Alhambra*, el 30 de Noviembre de 1899.

de morir, los que planeaba en relación con Ridberg, Heideston, Jacobsen y Brandés. Hay en estos artículos de vulgarización, elementos informativos muy aprovechables. Pero no faltan juicios que se deslizan ocasionalmente y que nos sirven para contrastar pensamientos de nuestro autor expuestos en diferentes pasajes de sus obras. Tal ocurre al razonar sobre su doctrina de *lo local*, en relación con Jonas Lie, el «Pereda noruego», como dice para expresar el rumbo casticista de su arte novelístico. «Sus obras—dice Ganivet,—a causa del mismo vigor con que están adheridas al suelo del país por el que han sido inspiradas, y para el que han sido escritas, se despegan de él difícilmente y no pueden remontar muy alto el vuelo.» Nótese, en su consecuencia, cómo Ganivet advierte aquí un grave peligro contra el que han de luchar las letras locales: su propia limitación. La forma más genuina y típica de las letras locales es el costumbrismo. Y quien dice costumbrismo —reproducción de usos, tipos y fondos—no dice arte, que, ante todo, y de un modo esencial, es creación. De aquí que producciones de tan corto y bajo vuelo no puedan ganar alturas ni lejanías. Esto en cuanto al espacio, que en cuanto al tiempo, los costumbristas—y entre ellos incluyo, naturalmente, a los novelistas que de la realidad inmediata hacen su materia—no pueden suscitar interés distinto al puramente histórico.

Si no es desacertado definir a Jonas Lie por

medio de Pereda—salvando sus diferencias de ideas, extrañas a la identidad o parecido cuando menos, de su significación literaria,—deja de ser oportuno, evidentemente, este procedimiento comparativo, al aplicarse a Ibsen. No pueden darse por válidas, a la luz de una mediana crítica, las palabras que Ganivet emplea para aseverar que el genial autor de «El Pato Silvestre» es «comparable a Echegaray, a Dumas, a Hauptmann, no superior a ellos». Y acentuando más el paralelismo, dice a poco: «Como *Mariana* es, en mi sentir, la mejor obra de Echegaray, y más duradera, *Hedda Gabler* es la mejor obra de Ibsen. Porque en el teatro lo bueno y lo que dura es lo psicológico.» Pero yo no sé qué valor psicológico pueda haber en *Mariana*, ni en ninguno de los descompuestos y gesticulantes muñecos confeccionados por Echegaray: prole degenerada, mezcladísima en su sangre. Cuidado que yo no soy detractor sistemático de nuestro dramaturgo. Más aún: juzgo inmotivado el desvío total en que hoy se tiene confinado su teatro, cuando es lo cierto, me parece, que descortezándolo de ripios, encontraríamos en su entraña cierta pasión de indudable calidad humana: pasión arrebatada casi siempre, pero arrebatadora a la vez, puesto que gana nuestra atención y aun llega a impresionarnos de manera específicamente teatral. Ahora bien: el punto de vista en el que no podremos situarnos para intentar la rehabilitación de Echegaray, es justamente el psicológico.

Porque en él no podremos observar agudeza o penetración: no cala almas. Suele acertar, eso sí, al presentarnos su juego exterior, mediante efectos más o menos legítimos, pero eficaces en la generalidad de los casos. Y no creo que sea preciso insistir mucho respecto al denso sistema de ideas que satura la atmósfera teatral de Ibsen, contraponiéndola a la de Echegaray, muy vacía de preocupaciones ajenas al sentido histórico del honor. Con una particularidad: que en el aire ideológico de Ibsen respiró muchas veces el propio Ganivet, no obstante dejara él de confesarlo. Su individualismo, su fe en la autoridad como antídoto de la denostada democracia, no pocas de sus ideas sobre la mujer, el matrimonio y el amor, le aproximan tanto a Ibsen como a Nietzsche. La relación entre ambos animadores del pensamiento universal a la hora del Fin de siglo no pasó inadvertida para el propio Ganivet, quien escribe con exactitud: «Ibsen es en el teatro lo que Nietzsche en la filosofía; es un defensor exaltado del individualismo contra la sociedad, y por este lado se aproxima a las soluciones del anarquismo; luego, por no someter la acción del individuo a ninguna cortapisa, cae en la mayores exageraciones autoritarias». ¿Verdad que no es otro el credo de Ganivet, propulsor del palo,—«mucho palo»—como norma de conducta del Poder para los súbditos, vejados por nuestro autor con el epíteto de *gentuza*, cuya intervención «en cosa que no sea trabajar y diver-

tirse, le parece hasta un crimen»?... No es ciertamente Ganivet el más indicado para objetar a Ibsen, en nombre de los derechos sociales. Tan arraigada está en Ganivet la persuasión de que los grandes caracteres tienen a título de excepción su Moral y su Derecho peculiares, emanados de la propia voluntad, que al crear su único carácter novelesco, *Pío Cid*, construyó un tipo que en el Paraíso de las criaturas literarias no debe de vivir muy lejos de Brand o de Juan Gabriel Borkman.

Aparte de la atención que merece a Ganivet la Literatura de los pueblos del Norte, se complace en apuntar cuantos temas impresionan su natural curiosidad de viajero. Y es claro que sus comentarios se explayan con mayor gusto y latitud en la consideración de cuestiones que de antiguo le interesaron con notoria preferencia: libertad comunal, situación de la mujer, concepto del progreso, etc.

Del vistazo general a los grupos étnicos de Europa, y en particular al escandinavo, y más en particular todavía, al pequeño grupo finlandés, él obtiene nuevas pruebas que fortalecen su convencimiento respecto a la superioridad del territorio en relación con la raza, como elementos de una nacionalidad. Ganivet hace suya la crítica realizada por don Francisco Pí y Margall en un libro famoso, que tiende a demostrar

la falacia que oculta el criterio de razas. «No existen naciones de raza única ni hay para qué atender a tan ridículos exclusivismos», dice Ganivet, enunciando un postulado del que hace desprender «la inocuidad del latinismo». Creo que aquí violenta un poco el buen orden de los juicios, porque el latinismo no es precisamente una entidad étnica, sino una inequívoca unidad cultural e histórica. Ello es que el aglutinante nacional lo descubre Ganivet, como Renán, en el hecho mismo de la convivencia sobre una parcela del mundo. Que tales parcelas territoriales—resumo con cierta libertad—busquen sus puntos de contacto para integrarse en unidades más amplias, es fenómeno de la voluntad histórica que Ganivet acepta siempre que tienda precisamente a ésta: a la armonía en cuanto a órganos políticos, no a la fusión en cuanto a las actividades del espíritu. Cada cual en su territorio, y la ley sobre todos, digo por mi cuenta, intentando sintetizar opiniones espigadas aquí y allá, en las *Cartas finlandesas*. La federación es el instrumento que hace posible ese ensanche de fronteras, sin menoscabo de las particularidades irreducibles, a que aspira Ganivet, como fórmula de agrupación política. La federación, entiéndase bien, no como «organización estática, sino dinámica; no propia de un cementerio, sino hecha para que podamos vivir y movernos; no inmutable, sino transitoria y encaminada hacia la unidad.» Y éstas sí son ya expresiones literalmente tomadas de Ga-

nivet. Importa fijarlas, porque habré de volver sobre ellas al precisar el alcance de la doctrina nacionalista que, apuntada en estas páginas, se desarolla hasta cuajar de modo muy personal en las de *Idearium español*: momento que utilizaré para agrupar a las ideas de este último libro, las que se exponen en las *Cartas finlandesas*, sobre materia política. Mas queden aquí estos otros jalones, para signo de la continuidad en la ruta. Porque encontramos ahora nuevas insistencias en la ojeriza a las instituciones democráticas. Nuevas insistencias en la repulsa a todo procedimiento revolucionario: «No hay que destruir nada,—había dicho en *Granada la bella*;—lo que no sirve ya, se cae, sin que lo empujen». «La mayor parte de las revoluciones—dice ahora—son engendros de la ambición o de la vanidad de los hombres, que, no contentos con seguir la evolución natural de las cosas, se precipitan a dirigirlas, para cargar con la gloria de haber salvado a la humanidad». Nuevas insistencias en la flaqueza del Progreso material. Nuevas insistencias en su concepto de la libertad: «Las libertades las tenemos dentro de nosotros mismos; no son graciosas concesiones de las leyes. ¿Qué importa que la ley nos declare libres, si estamos poseídos por vulgares ambiciones y sacrificamos nuestra libertad y aun nuestra dignidad por satisfacerlas?». Habla así el estoico, el cristiano. Pero, ¿puede ser este el lenguaje de un ciudadano? Pensamos que Ganivet confunde dos no-

ciones que los lógicos hacen bien en distinguir: causa y condición. La ley política no es causa de la libertad interior, pero sí es de ella condición *sine qua non.* El esclavo puede sentir libre su conciencia. Concedido. Pero ¿cómo ha de conformarse con la emoción platónica de su verdad, renunciando a toda proyección hacia el exterior? Esto es, en realidad, lo que no quiere Ganivet. «Yo soy partidario—escribe—del sufragio universal, con una sola limitación: la de que no vote nadie...» Y refiriéndose a cualquier sistema de representación en Cortes: «La bondad de una Asamblea deliberativa será en razón directa del tiempo que media entre sus reuniones...»

Hé aquí, pues, un grupo de afirmaciones o negaciones políticas que puede servir de prefacio a la exposición del sistema implícito en el *Idearium.* Sistema, sí. Nuestro autor opina que «en política todo sistema es falso». Pero a continuación cimenta el suyo. «Lo profundo en política es conocer el espíritu de cada nación, y desembarazarle el camino, para que avance con mayor seguridad...»

Al divagar por *Cartas finlandesas*, hemos dado, como se ve, con la piedra angular del *Idearium español.* Finlandia aquí ha cumplido función de reactivo. Le ha sido dado comprobar a Ganivet que la vida civil es libre y fecunda—¿lo era realmente?—en un país donde «los progresos políticos de mi siglo—dice—han sido hasta aquí letra muerta.»

Que la mujer intervenga en la vida social es idea que siempre le pareció excelente a Angel Ganivet. Bien lo sabe ya el lector: «La vida social es bella—escribe ahora en sus *Cartas*,—por la intervención extraordinaria del sexo femenino.» En Finlandia interviene... Y ya nuestro autor se rectifica, o, al menos, se detiene antes de llegar a la conclusión que parece lógica según las premisas de *Granada la bella*. «Nuestras mujeres —había escrito entonces—podrían abrirse ancho campo en el comercio y conseguir su positiva independencia...» La acotación que de un modo bien justificado podríamos escribir al margen de esta cita se expresa con esta palabra: *feminismo*. Que feminismo es la doctrina en que incide todo aquel que no quiere reducir a la mujer a la función puramente decorativa de la calle, o a la misión sentimental en el sagrado del hogar. Una mujer que comercie, es un individuo que al intervenir en la actividad pública merece el reconocimiento subsiguiente de los derechos correlativos a las obligaciones cumplidas en el ámbito ciudadano. La equiparación de varón y hembra, es, en este supuesto, justa y necesaria. Feminismo, pues... «Una mujer es una estátua —dice Ganivet, ya en las *Cartas finlandesas*—y no pude ser juzgada con la vara de medir: es un sér vivo, cuya belleza nace de la vida misma». Perfectamente. «No sólo no pido yo—leemos en

otro lugar del mismo libro—que las mujeres no estén en la cocina, sino que, al contrario, pido que las cocineras se instruyan...» Mejor aún... Pero no demos por resuelta la cuestión. Porque páginas más allá, subrayamos este párrafo; de todo en todo contradictorio: «Muy bello sería que la mujer, sin abandonar sus naturales funciones, se instruyera con discreción; pero si ha de instruirse con miras emancipadoras o revolucionarias, *preferible es que no salga de la cocina...*» ¡Ah, cómo vemos aquí a nuestro autor, cediendo a la difusa, pero vigorosa influencia árabe, que representa el ambiente de Granada! La mujer en el rincón casero, para regalo del hombre que la posea, mujer muy mujer, «cada día más mujer». Dice también: «A mí no me satisace—añade—estéticamente la mujer finlandesa, porque es poco femenina». Con semejante criterio no es fácil que llegue a realizarse la revolución profunda que el propio Ganivet recomendaba. «Si me dieran a elegir el procedimiento para reformar una nación, elegiría sin vacilar uno que jamás ha sido puesto en práctica de una manera reflexiva: la transformación de las ideas estéticas del hombre respecto de la mujer, y viceversa. Un cambio de criterio en este punto trae consigo en breve plazo la trasformación de la vida y la de la sociedad». Al escribir estas palabras, en un momento de feliz discurso, Ganivet contradecía las anteriores, pero contradecía algo más: su temperamento mismo, mucho mejor avenido con la

pluma del escritor, cuando éste, olvidando disciplinas de razón, expresa imperativos del instinto.

La hipótesis de que el desuso de la capa, entre los españoles, ha originado la pérdida de nuestra tradicional galantería, hace recordar la manera *blaguística* con que Ganivet confesó haber escrito *Granada la bella.* La *blague* es frecuente en *Cartas finlandesas*, y a su acción hay que imputar muchas de las más sabrosas páginas del libro. Una deliciosa inspiración cómica ha dictado capítulos tan divertidos como los dedicados, respectivamente, a comentar la Guía de Helsingfors y a poner en curioso parangón la manteca finlandesa y los jamones de Trevélez. Muestras de un fino humor que asciende a eximia categoría, raramente igualada en nuestras letras, es el ensayo donosísimo, titulado «Los borrachos». Burla burlando, juega con pintorescas ideas de moral y psicología para terminar en una conclusión que trazuma su pesimismo: el pesimismo que fluye de su alma, en cuando se le escarba un poco. «Todos los borrachos del mundo tienen un rasgo común: todos marchan haciendo eses, y en esa particularidad veo yo una expresión de la filosofía de la Historia, puesto que la Humanidad también camina torciéndose, ya hacia un lado, ya hacia otro, siempre en dirección de algo desconocido, que debe ser su casa, a la que llegará, no hay que dudar, como llegan los borrachos, aunque sea tarde y con la cabeza ven-

dada». Que así, en el alambique del ingenio, destilan los soliloquios de Ganivet una gota última de amargura y de tedio.

X

ESPAÑA: MOTIVO DE AMOR Y PREOCUPACIÓN

«Pueden hablar de Inglaterra quienes sólo conocen a Inglaterra?» pregunta Wells por boca de cierto personaje, en *Miss Waters*. El alcance de la cuestión que plantea es claro. Todo juicio presupone una relación. Para justipreciar a un pueblo, hay que contrastarlo con otros, mediante la piedra de toque de viaje o lecturas. Procedimiento que, a la verdad, no es de frecuente aplicación entre españoles, muy dados al placer inocente de la admiración sin cotejos. «España—ha escrito Unamuno—está aún por descubrir, y sólamente podrán descubrirla los españoles que hayan conocido a Europa». Este es el caso de Angel Ganivet, encarándose con la Patria desde muy lejos, para escribir su *Idearium español*, fechado, por cierto, en octubre de 1896. No se desdeñe el dato, porque la fecha servirá para fijar la precedencia que en relación con aquel libro, corresponde a otro, en cierto modo análogo y, desde luego, fundamental: *En torno al casticismo*, grupo de cinco ensayos, que don Miguel de Unamuno publicó en *La España Moderna*, de fe-

brero a julio de 1895. «Es decir—y aquí habla él mismo con entera razón—que si entre Ganivet y yo hubo influencia mutua, fué mucho mayor la mía sobre él, que la de él sobre mí.» Al menos, las fechas autorizan la afirmación. Y ya es bastante. Cierto que el *Idearium español* es un libro que de todas suertes se hubiera escrito, ya que nada hay en él que no sea propiamente de elaboración personal. Pero en la manera de emplazar el problema histórico de España, y aún en el hecho mismo de proponérselo, sin olvidar condiciones análogas de disposición y estilo—serie discontinua de interpretaciones que no siguen un plan riguroso y que se atavían con prosa nada académica, de sobrio aliño retórico—hay una semejanza cierta, que da al libro de Unamuno, por haber sido escrito antes, una natural condición de precedente. Y si alguien objeta en contra del término *influencia* antes empleado, no tengo inconveniente en desplazarlo, para valerme de otra expresión: las dos obras de referencia *confluyen* a puntos de vista muy próximos.

En torno al casticismo es una creación de incontrastable pureza. No cabe relacionarla con los libros que pródigamente se han escrito en España acerca de sus mil y un problemas, muchas veces planteados y casi nunca resueltos a derechas. Por de pronto, no puede incluirse en la caudalosa corriente de publicaciones que el proceso de nuestra decadencia, de los Austrias acá,

ha venido suscitando por parte de arbitristas, políticos, historiadores y sociólogos: floración nacional que no parece ni mejorar ni extinguirse. La intención de Unamuno al redactar los ensayos a que aludo es mucho más profunda que la de elaborar soluciones técnicas a determinados problemas de Estado o la de intentar circuitos históricos de previstas conclusiones. Tal dirección, que es, por ejemplo, la de Jovellanos o la de Cabarrús, cuando culmina en inteligencias de cierto vigor, se acrecienta en tiempos más próximos a los actuales y se rebaja de tono y fuerza, merced a libros del corte de aquel «Examen filosófico sobre las principales causas de la decadencia de España», que don Adolfo de Castro compusiera en 1852. O de «La Regeneración de España»—Barcelona, 1860—, por don Evaristo Ventosa. O de «Los males de la Patria y la futura Revolución Española»,—Madrid, 1890—, por don Lucas Mallada. Libros que había de enumerar en un prefacio quien gustase de montar el aparato bibliográfico de nuestros desastres, a partir del de 1898: momento—y ello es natural—en que se agudiza tal literatura, en parte histórica, en parte político-social. La catástrofe colonial pudo determinar una violenta sacudida revolucionaria. Mas quiso el cielo que el descontento general escapase por la válvula de las letras.

Estaban aún de moda los paralelos entre el cuerpo social y el organismo físico, tan socorri-

dos y gastados en los días buenos del positivismo. Para diagnosticar la enfermedad nacional, surgió una legión de terapeutas, que no eran sino la encarnación última de los arbitristas y curanderos de siempre. Es la época en que toman la pluma—o la palabra—con ademán doctoral, cuantos hombres dieron en la flor de considerarse limpios de culpa, por el simple hecho de no haber sido políticos: abogados con ínfulas de intelectuales, profesores de Instituto, eruditos de provincia, ingenieros y economistas de dudoso título. A vuelta de aislados aciertos y de alguna figura realmente excepcional, se me antoja que en el cúmulo de recetarios y programas, no hallaríamos otra cosa que buena intención y enfática inocencia. *Hechos*, *causas*, *remedios* subtitula Macías Picavea un libro muy citado y no sé hasta qué punto leído (1). Y todo ello está desarrollado de modo cumplido en un tomo de quinientas páginas. Nada escapa al honrado ojeo de su crítica: geografía e historia, derecho y estética. Y a tal grado de prolija previsión lleva el buen profesor su fórmula regeneradora, que no sólamente expresa «lo que hay que hacer», con todo detalle, sino que incluso llega a fijar «los medios, el método y el modo». Dogmáticamente, por supuesto, y como única solución, visto el caso clínico de España cuyas dolencias enumera así:

(1) *El problema nacional. Hechos, causas, remedios.* Madrid, 1899.

austracismo, cesarismo, despotismo ministerial, caciquismo, teocratismo, parálisis de la evolución, idiocia, atrofia de los órganos de vida nacional, incivilidad regresiva, etc. ¿Médico para acabar con males tan complejos? Macías Picavea nos recomienda muchos, solo que ¡ay! no son fáciles de encontrar. Todos se han mudado, años ha, a la pradera de los Asfodelos: «Alejandro, César, Constantino, Abderrahmán, Alfredo, Isabel de Castilla, Enrique IV, Cromwell, Richelieu...» Siguen los nombres hasta el más reciente de Bismark. Y agrega, muy convencido de la eficacia de una asistencia facultativa tan eminente: «La hora presente en España es la hora de un gran corazón y una gran inteligencia de ese fuste. Sólo bajo su dirección cabría la certeza del éxito, por cumplir cuantas condiciones para él son necesarias.» Pero el catedrático vallisoletano de Historia no contó con la posibilidad de que el Hombre, con mayúscula, «encarnación de un pueblo y cumplidor de sus destinos», no surgiese al candoroso conjuro. ¿Y entonces...?

La fe en el Héroe y en los ensalmos para tornar en próspera la adversa fortuna de un país, cuenta con un representante de más alta categoría: Joaquín Costa, ansioso de que gobierne a España nada menos que «Bismarcks injertos en San Francisco de Asís» (1). Y es sensible que los

(1) *Mensaje y programa de la Cámara Agrícola del Alto Aragón*, fechado el 13 de Noviembre de

trenos del irritado Costa sobrevivan en la memoria de la gente más que sus copiosos trabajos de investigador y de jurista. Hombre de muchos libros, creía en el *fiat* de unas cuantas pragmáticas. Los eunucos, que eran según él los españoles, y la letrina, que, a su juicio, era España, lograrían, respectivamente, virilidad y saneamiento, tan pronto como se incorporasen a la *Gaceta* las reformas elaboradas por las clases productoras de España congregadas en Asamblea. Mas con preferencia a la virtud taumatúrgica de la *Gaceta* y de las fuerzas llamadas *vivas*, Costa cree en el poder milagroso del hombre predestinado, y no se resigna a que en España tarde en aparecer el *Cirujano de hierro* que necesitamos, si queremos vivir: un dechado de las más varias capacidades en quien pudieran los españoles subrogar sus derechos y sus obligaciones; un dictador con figura jurídica de arrendatario colosal de servicios, un nuevo Hércules que renueve sus doce trabajos aplicados a la política, y que, naturalmente, comien-

---

1898, e incluído en *Reconstitución y reorganización de España; programa para un partido nacional.* Madrid, 1900.

Pompeyo Gener es tan exigente como Costa y Macías Picavea. No se contenta con menos de «una dictadura científica, ejercida por un Cronwell darwinista, injerto en Luis XVI, que fuera a la vez implacable y espléndido, y quien dice uno, dice uno o varios». *Herejías, Estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles.* Barcelona, 1886. Pág. 255.

ce por arrancar de cuajo, y súbitamente, la mala hierba del caciquismo...

De Costa data la nociva difusión que ha tenido en España una doctrina que pretende escindir la masa social en mitades de antagónica calidad: la buena y la mala; la que gobierna y la que es gobernada, la España oficial y la España real, víctima ésta de aquella, como si no respondiesen ambas porciones a idénticas leyes de formación psicológica e histórica. «¿Las víctimas de ayer—pregunta Costa con encendido verbo—van a seguir siendo víctimas, y los sayones, sayones? ¿Vamos a dejar así las cosas, el país honrado, debajo; los culpables, encima? Que el gobernante gobierne vestido de blusa, calzón corto y alpargatas, sin más uniforme que ese, para que no se olvide que ya se ha gobernado bastante para la levita y para la americana.» Pero Costa no advertía que si la levita había envilecido la vida cortesana, el calzón corto no ha dejado de encanallar la vida del campo. Por que no se reduzca todo infantilmente, a una cuestión de indumentaria. El secreto está en las virtudes públicas, y tanto parece que han estado éstas ausentes del Concejo rural como del anatematizado Parlamento. Aparte de que el cacique—*bête noire* de la curandería de 1898—no era causa, no lo es, sino efecto (1). En su consecuencia, no es razonable ver

(1) Véase *Oligarquía y caciquismo, como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo*

en el cacique una manifestación patológica independiente, sino un síntoma más de una dolencia compleja y difusa. El cacique no es una excepción, y sí una figura que se empareja perfectamente con el industrial que sofistica, el juez que se vende, el profesor que no enseña, el militar que no se juega la vida, el contribuyente que procura eludir el impuesto, el labrador rutinario, el elector venal y el padre de familia al uso, personaje el más representativo de nuestra fauna nacional, ansioso de que sus hijos se eximan del servicio militar y de que se acerquen cuanto antes al presupuesto, husmeador de beneficios graciosos y lacayo de quien acepte sus dóciles oficios para retribuirlos con la apetecible largueza.

En este gran discurseador a la nación española, que fué Costa, no alienta precisamente el alma de un Fichte, sino mejor la de un Ezequiel. Pero si no se cuenta con la inspiración inmediata de Dios, el apostol no basta para realizar la empresa milagrosa de libertar a un pueblo. Ni el Mesías vino porque se le anunciara. Se le anunciaba, porque indefectiblemente había de venir. El redentor de España no surgiría—y visto está que no ha surgido—porque a cada paso se le invocase. Más nos valiera a todos trabajar en la humildad de nuestra esfera, mientras entra en la volun-

---

de cambiarla. Memoria de sección sometida a debate en el Ateneo de Madrid por don Joaquín Costa en Marzo de 1901.

tad de la Historia la suspirada revelación de nuestro salvador. Un poco de esfuerzo personal y discreta economía en punto a palabras, anatemas y planes fáciles de gobierno. A Costa no le define nada tanto como su propio estilo. La prosa de Costa nos descubre el espíritu lleno de ardorosa fe que fué siempre en la virtualidad de las fórmulas epigráficas. «Escuela y despensa»: rótulo irrecusable. Pero, ¿cómo lograr el contenido...? Costa quiere construir, mas lo mejor de su vida tribunicia—tribuno fué incluso con la pluma en la mano— se le fué en el derroche de los improperios y de las negaciones estériles. Por vía de ejemplo véase este lindo muestrario de adjetivación inmisericorde: «...el hampa rediviva de la covachuela, los góticos del Parlamento, los vociferadores de la marcha de *Cádiz*, los fracasados del bachillerato, señoritos de pueblo, los gomosos de la Academia de las Calatravas: todo lo inútil, todo lo que estorba, la inmensa falange de tuberculosos del espíritu, la chusma parasitaria de chaqueta y levita, el fango social que inunda la plaza de toros, ébrio de vino y de salvajismo, el día de la rota de Santiago de Cuba.» Contra todos cerró Costa, sin piedad. Mas España, dejándose golpear con gozosa mansedumbre masoquista, escarmentó al maestro... otorgándole nada menos que un acta triple. Y se acabó la acción verbal mortificante y corrosiva. Costa no se decidió a aceptar el cargo cuyo ejercicio le impondría a sus maldiciones tasa y medida, hundiéndose desde entonces en Graus,

para llorar la pretendida hostilidad de España a la asistencia de su salvador. No quiso aceptar el supuesto contrario que era, sin duda, el más tocado de verdad: que su acción de legislador habría promovido la quiebra de su gestión crítica. ¿En qué proposiciones de ley habrían podido cuajar las aspiraciones más reiteradas y típicas del costismo? Recuerde el lector conmigo unas cuantas, tales como se consignan en la serie de trabajos cuyo conjunto se titula así: «Reconstitución y europeización de España»: «Abaratar la Patria, de modo que la condición de español deje de ser un mal negocio. Disminunir el número de los contemplativos y parásitos, y repartir equitativamente, entre todos, la vida media. Las leyes, acomodadas a la cultura de los más, no a la de los menos. Salto de tapón para el pueblo. Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar.»

Concordes en cierto modo con el pensamiento de Costa y Macías Picavea, se publicaron en los años mismos del desastre, y en los siguientes hasta el día, multitud de obras que ofrecen inequívoco aire de familia. *Regeneradores*: hé aquí el apellido que podía denotar su parentesco. «¿Nos regeneramos?» es el título de un libro *muy 1898*, del marqués de Torrehermosa, que expresa a la vez la cuestión que todos tratan de resolver a su peculiar manera, coincidiendo, por diversos caminos, en análogos propósitos constructivos. El afán de resolver, de proponer remedios, previa la con-

sabida investigación etiológica y el correspondiente diagnóstico, no es el único rasgo que da unidad a las varias fisonomías de don Damián Isern, de Luis Morote, de Sánchez Toca, de Alzola, de Gómez de la Serna, de Julio Senador. Se parecen también en el empleo de semejantes métodos experimentales, a estilo sociológico. Se cree a pie juntillas en las estadísticas y se acude a la Historia en demanda de los más contradictorios argumentos. No siendo el costismo tema esencial de este trabajo, considero impertinentes cualesquiera razonamientos en relación con el motivo a que ha dado lugar esta digresión. Mas con lo dicho basta para que el lector se dé cuenta del error en que, ligeramente, incurren quienes incluyen en la corriente de los *regeneradores* a los *intelectuales*, que *Azorín* rotuló con una etiqueta que el uso ha refrendado: *generación de 1898* (1). Un modo—demasiado simple quizá—se me ocurre para hacer visible el deslinde. Supongamos que todos—regeneradores e intelectuales—viven en la España que regía la buena mano de Carlos III. A buen seguro que Campomanes y Floridablanca requerirían los servicios de los primeros para el mejor funcionamiento de Secetarías y Consejos. Mientras que los segundos, fieles a la ley de las afinidades electivas, mantendrían estrecha amistad, al margen del Estado oficial, con Feijoó, con Masdeu, con Cadalso. Las evidentes relaciones que podríamos

(1) *Clásicos y modernos*. Madrid, 1913. Páginas 285 y siguientes.

descubrir entre aquellos juristas y economistas, y estos escritores y eruditos, poseídos todos por una común ansia de cultura y de restauración, nos haría creer en la posibilidad de hallarles un tronco común en Saavedra Fajardo o Gracián. Mas el parecido se va desvaneciendo a medida que el tiempo aleja las ramas de una misma estirpe. Y es indudable que si Cabarrús y Feijoó *verbigratia*, acusan todavía cierto aire de familia, éste no se hace perceptible en Costa y en Unamuno, quienes ya no se parecen en rasgo de ninguna especie. La reacción contra la España imperante a la hora decisiva del desastre, no es suficiente para dar unidad a los dos bandos a que aludo. Les separan intenciones, métodos, gustos literarios, incluso formas del carácter. A poco que se fije el espectador de aquel momento, no dejará de advertir que se hace Estética entre los intelectuales, cuanto era Sociología en el otro grupo; que la intuición es su instrumento, y crítico su propósito, mientras que los regeneradores muestran preferencias por los procedimientos racionales de la ciencia experimental. Que unos citan números y aducen leyes, y otros, tratan de encender ideales. Que unos buscan hechos al rastrear la Historia, y otros quieren escarbar en busca del alma que les diera expresión. (1).

---

(1) Un momento muy significativo para estudiar el costismo en sus relaciones con la generación de 1898, es el determinado por cierta réplica de José Martínez Ruiz al encierro que Costa pedía para el

De «Ciudadano libre de la República de las Letras» se calificó a sí propio el P. Feijoó. Y en verdad que cuadra esta expresión a todos los intelectuales de 1898. No es otra su cédula en nuestro mundo político y literario. Ejercen sus funciones cívicas de libérrima manera, y como no están convencidos de poseer la solución, se atrincheran en la barrera que mejor conviene a la condición de sus armas peculiares. Es decir, la barrera de la crítica. Crítica, ante todo, del sentimiento patriótico. Había degenerado este elemental afecto, en rito y derroche verbal, en «especioso pretexto de muchas concupiscencias», como diría el P. Feijoó. El patriotismo—hecho de experiencia que el lector puede comprobar por sí mismo—ha solido mixtificar nuestra Historia, hinchando glorias o escogiendo mal los legítimos títulos de orgullo, educando a los españoles en la escuela de una puntillosa vanidad nacional. Los hombres de letras del siglo XVIII, creados en las disciplinas críticas que eran señal de los tiempos, no podían participar de aquel achaque. Y a Feijoó, deshaciendo yerros y procurando extirpar supersticiones, y a Masdeu, tratando de eliminar patrañas para que el esfuerzo español se destaque, puro, a la buena luz de la investigación,

fantasma del Cid. Martínez Ruiz—*pre-Azorín*—no se avenía a oficiar en «los altares al Tenedor de libros» que, en una desmedida reacción practicista trataban de alzar las Cámaras de Comercio y Agrícolas, movilizadas a raiz del Desastre. Artículo publicado en *Progreso*. Madrid, 22 de Abril de 1900.

y a los nombres de tantos escritores eruditos como pugnan por traer a España aires de Europa, hay que agregar el nombre—menos citado—de Iriarte, en atención a estas palabras: «Alabar lo bueno que ha habido o que se establece en la nación, y predicar sobre lo que nos falta, es el carácter de un patriota celoso. El que blasona de lo que la nación nunca ha tenido, ni en el día puede decir que tiene, es el mal patriota, el que engaña a sus ciudadanos y nos hace a todos ridículos en el concepto de la gente». Pues bien: estas frases son anticipo de las que, muchos años más tarde, escriben Unamuno y Ganivet, justamente en los días en que culmina el patriotismo insensato, nutrido por la ignorancia y por la vanidad; días tristes de las gueras coloniales, en las que el deirio patriótico del pueblo enardecido no había de ser bastante para conseguir que nuestros barcos fuesen poderosos, y eficaz nuestro Ejército, y hábil nuestra diplomacia.

Cieto que la tradición erudita y crítica del siglo XVIII no se pierde en la línea literaria que ahora nos interesa. Evidencian su continuación varios nombres aislados, Larra, Valera, *Clarín*, y alguna entidad de organización superior: La Institución libre de enseñanza, por ejemplo. Sin olvidar ciertas publicaciones, como la famosa de Parcerisa y Quadrado, y algunas revistas, cual la llamada *Contemporánea*, que desarrollan acciones diversas, dada la diversidad de los respectivos objeti-

vos, pero realmente combinadas, en función compleja de una doble aspiración: conocer a España y enriquecerla en sus valores históricos puros, mediante el contacto con Europa.

Un alto: no quiero cruzar un lugar común sin determinar con precisión el sentido de mis pasos. Aludo a Larra. He reconocido, desde luego, el antecedente de Larra, en punto al ejercicio del libre examen en materias de patriotismo. Su artículo «Literatura: rápida ojeada sobre la Historia e índole de la nuestra», bastaría a persuadirnos de la serenidad y agudeza crítica con que enjuicia nuestro pasado, si es que el mismo ánimo de revisión y análisis no impregnase de manera más o menos notable toda su obra de escritor. Mas no se olvide que hay en ella otro artículo, el titulado *En este país*..., que mejor puede ser citado por quienes *todavía* no reconocen licitud a la disección de nuestros usos y de nuestro genio, que por aquellos otros que, al elaborar un patriotismo crítico, y no dogmático, vén en Larra un precursor. Nos presenta Larra en aquél artículo el tipo de un *don Periquito*, «fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de nuestro país.» Y le censura el autor su afán de motejar a España, buscando en cada caso el cotejo con Europa. He aquí la moraleja del artículo, tal como la formula *Fígaro*: «¡Oh, infernal concesión de vilipendiar éste país que adelanta y prospera de algunos años a esta parte, más rápidamente que adelan-

taron los países modelos, para llegar al punto de ventaja en que se ha puesto!»

Lo peculiar de la generación de 1898 está justamente en constituir un grupo. He aludido antes a esfuerzos aislados que les han sido anteriores, respecto a la pretensión de revisar valores nacionales. Puedo reforzar esas alusiones, citando a Revilla, a Sellés—autor de *La política de capa* y *espada*—a Emilia Pardo Bazán, en cuya labor hay un punto de europeísmo muy interesante; a Valentín Almirall, a González Serrano, y nada diré de Menéndez y Pelayo, porque esta colosal figura rebasa la talla del tipo crítico a que ahora me estoy refiriendo. Lo cierto es que una serie de preocupaciones comunes no la hallamos en grupo alguno que sea anterior al que luego se ha llamado de 1898 y que por obra de una selección, muy significativa en su espontaneidad, nació de las tertulias del café de Madrid o de Fornos, de *Germinal* o de la *Revista Nueva*, para integrar un frente que no tardó en iniciar la más violenta ofensiva de nuestras letras. Si algún grupo, aparte de aquél, animado por semejante espíritu corporativo, podemos hallar, no será precisamente en las letras castellanas, sino en las de Cataluña. Me refiero a Rusiñol, Pompeyo Gener, Ramón Casas, Utrillo y sus amigos: los escritores y artistas de *Catalonía* y *de Quatre gats*; los que mantienen el contacto

directo con París, los que trasladan procesionalmente al *Can Ferrat*, de Sitges, dos cuadros del Greco y perpetúan el nuevo culto con una estátua al redivivo pintor. Pero ellos, a la verdad, representan la inserción en el espíritu de 1898, de sus más típicas creencias estéticas, bien pronto asimiladas por la nueva intelectualidad de Madrid. Sin duda que algo coherente podría descubrirse en la promoción que inmediatamente antecede a ésta: la promoción de Navarro Ledesma, Antonio Palomero, Alejandro Sawa, *Silverio Lanza*, etc. Mas, entre ellos, están justamente Miguel de Unamuno y Angel Ganivet: escritores tan animados por el hálito peculiar de 1898, que es en ellos donde hay que buscar el arranque de ideas que la famosa generación hizo suyas.

Unamuno no alude para nada en sus ensayos *En torno al casticismo*, al Estado español que, como forma accidental, le interesa mucho menos, como es lógico, que la substancia permanente de España misma. De aquí que el gran pensador, años más tarde, manifestase su desconfianza ante la campaña regeneradora que el desastre determinó. «Es inútil callar la verdad, escribía en 1898: Todos estamos mintiendo al hablar de regeneración, puesto que nadie piensa en regenerarse a sí mismo. No pasa de ser un tópico de retórica, que no nos sale del corazón, sino de la cabeza. ¡Regenerarnos! ¿ Y de qué,

si aún de nada nos hemos arrepentido?»Es visible el reproche al expeditivo arbitrismo de los asambleistas de Valladolid y de Zaragoza. Unamuno no había necesitado del desastre para darse cuenta de la profunda y terrible crisis nacional. Y *Entorno al casticismo* significa el primer examen crítico del complejo histórico, psicológico, étnico, etc., que llamamos España. La doctrina de *lo español* estaba por ensayar, hasta que Unamuno la articula en cinco estudios que son una muestra felicísima de poder sugeridor. Que yo mire con desconfianza, por movimiento instintivo de mi ánimo, cualesquiera pesquisas encaminadas a descubrir la nota psicológica diferencial de una determinada sociedad humana, no quiere decir—la aclaración es conveniente—que deje yo de creer en la existencia de personalidades específicas. Sé bien que España tiene un alma propia que revelan las formas de su arte, de sus letras, de su pensamiento filosófico, de su conciencia jurídica, de sus costumbres sociales. Lo que me mueve a la prevención y a la alarma, es la idea, muy honda en mí, de que tales explicaciones suelen parar en dogmas peligrosos de un nacionalismo más o menos agresivo, pero excluyente siempre. De lo que deducirá el lector que prefiero las investigaciones de movimiento inverso. No quiero ir a lo castizo, para separar, sino a lo universal, para unir. Cabe—claro está—una gestión del pensamiento, realmente superior: gestión conciliatoria que busque la inte-

gración de lo castizo en lo universal. Pues bien: hé aquí la gran victoria que todos debemos a don Miguel de Unamuno.

Lo castizo es para él, lo que de eterno y de humano hay en la conciencia de un pueblo, así como la tradición no es cuerpo muerto que gravite sobre el presente, sino persistencia y fluidez constante de la personalidad histórica. «Debajo de la Historia, en el mundo de los silenciosos —dice—, es donde vive la verdadera tradición: en el fondo del mar, no en los témpanos del pasado, que al querer darles vida se derriten.» Y es la Historia quien ilumina ese mundo interior, que no cesa de latir, comunicando vida a un Ideal en continua renovación. «El conocomiento desinteresado de la Historia—afirma también—da a un pueblo valor, conocimiento de sí mismo.» «Se podrá decir—agrega—que hay verdadera patria española, cuando sea libertad en nosotros la necesidad de ser españoles; cuando todos lo seamos por querer serlo, queriéndolo porque lo seamos.»

España ha sido la resultante de la absorción en un espíritu superior, del espíritu castellano: levadura nacional, cuyo fruto más granado es «la castiza y clásica mística», templada por el humanismo, por el alma del Renacimiento, que «en España penetró tanto como donde más». Mientras el alma castellana permaneció abierta «a los cuatro vientos», fué grande. Luego cerró sus valvas y aún no ha despertado. ¿El porvenir? Hay

que buscarlo en la *intra-historia*, en el pueblo desconocido, capaz sólo de despertar el día en que lleguen hasta él «vientos o ventarrones del ambiente europeo.» Pero no sabemos encontrar el pueblo. Ignoramos su vida. Como ignoramos el paisanaje, el paisaje, e incluso España misma. «Ignoramos—sigue diciendo Unamuno—la existencia de una literatura plebeya, y nadie para su atención en las coplas de ciegos, en los pliegos de cordel y en los novelones de a cuartillo de real entrega que sirven de pasto aún a los que no saben leer y los oyen. Nadie pregunta qué libros se ennegrecen en los fogones de las alquerías, y se deletrean en los corrillos de labriegos.» ¿Verdad que estas palabras nos hacen pensar en *Azorín* y en Baroja? Es posible que nuestro discurso no precise bien los motivos de esta relación. Pero tales palabras de Unamuno suscitan la imagen de *Azorín*, viajero, por rutas no frecuentadas, del paisaje español, preguntando aquí y allá, a pegujaleros y labrantines, y la de Baroja, polvoriento por la caminata a través de campos castellanos y vascos, tan aficionado a las agrias escenas de ventas y mesones. Los tres coinciden en la ancha vía de las letras no académicas, y los tres se preocupan de la casta española, hurgando en su entraña, cada cual con la distinta pluma que el cielo les deparara.

Lo cierto es que Unamuno presiente—o al menos, desea,—la formación de una juventud que rehabilite viejas nociones, desubstanciadas ya por

el uso. Que descubra a España. Que depure la noción del casticismo,—«sólo lo humano es eternamente castizo»—y que oree el alma nacional con aires de fuera. «Con el aire de fuera—dice—regenero mi sangre, no respirando el que exhalo.» «Ojalá—exlama—una verdadera juventud animosa y libre, rompiendo la malla que nos ahoga y la monotonía uniforme en que estamos alineados, se vuelva con amor a estudiar el pueblo que nos sustenta a todos, y abriendo el pecho y los ojos a las corrientes todas ultrapirenaicas, y sin encerrarse en capullos casticistas, jugo seco y muerto del gusano histórico, ni en diferencias nacionales excluyentes, avive con la ducha reconfortante de los jóvenes ideales cosmopolitas, el espíritu intra castizo que duerme esperando su redentor!»

Ninguna voz de las deseadas por Unamuno concierta con la suya de modo tan inmediato—siquiera no sea en acorde perfecto—como la de Angel Ganivet. «Por ver en usted, amigo Ganivet,—le escribe después de leer el *Idearium*—un utopista, le creo uno de los hombres verdaderamente nuevos que tanta falta nos están haciendo en España.» Luego hablaré del utopismo que pueda haber en nuestro autor, que frente al delirio idealista de Unamuno, mejor representa el vuelo a escasa altura sobre las realidades históricas. El contraste puede establecerse con facilidad, gracias

a las cartas que, como el lector sabe, cruzaron los dos amigos. Pero el buen orden exige que hable ahora del *Idearium*, en busca de sus nociones fundamentales.

Un texto de *Granada la bella* permite conocer la génesis de *Idearium español*, objetivo propuesto y medios utilizados. «Para entretener mi ocio—dice—estoy escribiendo un libro que trata de algo parecido a esto de que ahora hablo, de la constitución ideal de la raza española. Al componerlo podía haber observado el sistema moderno: me hubiera dirigido a todos y cada uno de los españoles, les hubiera tomado las medidas, les hubiera clasificado, como se clasifica a los criminales, según Bertillón, y hubiera deducido el tipo medio de nuestra raza. Algo me hubiera facilitado el trabajo dirigir una circular a todos los sastres y sombrereros de España, pidiéndoles las medidas de sus clientes. Después hubiera compuesto un formidable volumen, que nadie hubiera leído, pero que como justa compensación, quizá fuera traducido a una o varias lenguas y me abriera las puertas de alguna Academia...» No sigue, pues, Ganivet la manera propia del estudio sociológico a uso de hombres duchos en ciencias aplicadas, ni tampoco se ajusta a la norma de los tratados clásicos que ofrecían la materia orgánicamente distribuída. Ejerciendo en sentidos, «a la buena de Dios», compone su *Idearium*, y en el ir y venir de sus pensamientos hay mucho de aquel «procedimiento rítmico de contradicciones» que sigue Una-

muno en sus Ensayos. Véase cómo la factura de ambos libros les aproxima, según dije bastantes páginas atrás. Y a tal punto lleva Ganivet su repulsa a todo rigor metódico—al «espíritu notariesco y silogístico» decía Unamuno—que fuerce con exigencia de plan el curso natural de las ideas, que se abandona a las sugestiones espontáneas del tema, aún eludiendo la mínima coacción de los epígrafes. Unas simples iniciales, tomadas por su orden al alfabeto, sirven de solución de continuidad a las tres partes de que consta el *Idearium*, y que parecen corresponder al examen sucesivo de los elementos históricos de nuestra nacionalidad, de las posibilidades de nuestra política exterior y de la acción a desarrollar dentro del territorio nacional.

Cuando Ganivet insiste en reconocer al territorio la cualidad de poder generador de las esencias nacionales, y adviértase que estas alusivas fervorosas al territorio son como el ritornelo del *Idearium*, ¿qué quiere dar a entender? Existe bien caracterizada una corriente muy antigua del pensamiento, que tal vez arranque de Hipócrates y de Polibio, para culminar en filósofos coetáneos de nuestros abuelos—en Cousin, en Taine...—y morir quizá con ellos, por cuya virtud se nos quiere presentar al *medio* como factor decisivo y primordial de la Historia. Si quien me lea conoce de modo directo la obra de Ganivet, acaso recuerde un pensamiento de nuestro autor, que bastaría para incluirle en los creyentes del determinismo

geográfico que consagró el positivismo. La frase es ésta: «Nada hay tan fatal para el hombre como el medio que le rodea». Mas vano sería buscar en el *Idearium* declaraciones concordantes ni desarrollos de aquel principio fuera de la doctrina que esboza al dividir el espíritu de los pueblos, según éstos sean continentes, penínsulas e islas. Porque, después de quedar afirmada categoricamente la filiación del espíritu nacional, «permanente e inalterable», respecto al territorio que «lo crea, infunde y mantiene en nosotros», nos presenta una interpretación de la Historia de España, que en nada confirma el reiterado supuesto.

Según nuestro autor, España era estóica, desde antes que naciera Séneca. Séneca no tuvo que inventar sus doctrinas morales, porque las encontró inventadas ya. «El espíritu español—escribe—tosco, informe, al desnudo, no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta; se cubre con la hoja de parra del senequismo, y ese traje sumario queda adherido para siempre, y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie o corteza ideal de nuestra nación.» ¿Para siempre...? Pero hé aquí que el catolicismo se arraiga, siglos adelante, en el alma de los españoles, sin que pueda hablarse en absoluto de que sea un espíritu propiamente estóico el que inflama los pechos en la lucha contra el árabe. El fermento estóico se resolvió en gesta católica, según las guerras ininterrumpidas de la Edad

Media. «Y como la verdad — continúa — no brotaba entre plumas y tinteros, sino entre el chocar de las armas y el hervir de la sangre, no quedó consignada en los volúmenes de una biblioteca, sino en la poesía lírica popular. Nuestra *Summa* teológica y filosófica está en nuestro Romancero.» Pregunta al canto: ¿Qué hay en el Romancero del estoicismo vernáculo? Ganivet juega a la paradoja para decirnos que aun en la Reconquista hace acto de presencia la sombra tutelar de Séneca. «Por haber tenido nuestro filósofo—argumenta—la ocurrencia genial y nunca bastante alabada y ponderada de despedirse de esta vida por el suave y tranquilo procedimiento de la sangría suelta, ha influído en nuestras ciencias médicas tanto como Hipócrates y Galeno. España sola sobrepuja a todas las demás naciones por el número y excelencia de sus sangradores.» ¡Pero, dirá el lector, de seguro, conmigo, si Séneca no fué sangrador, sino sangrado! Y la diferencia—me parece—es considerable. Los sangradores impertérritos que durante siglos y siglos se han encargado de aligerar el aparato circulatorio de los españoles, enviando muchos a la fosa, no seguían precisamente el ejemplo de Séneca, sino el de Nerón...

Ello es que los cristianos luchan con los moros y que éstos—elemento extraño—no llegan a ser vencidos sin haber dejado ya su injerto. España, que conoció un período romano, y luego un período visigótico, pasa por otro árabe. Gani-

vet reconoce estos sucesivos avatares, para dolerse de que nunca tuviésemos un período enteramente nuestro, a fuerza de puro. «Por no haberlo tenido—confiesa—la lógica exige que lo tengamos, y que nos esforcemos por ser nosotros los iniciadores.» De modo que el territorio ha permanecido inalterable, claro está, como entidad física. Y el carácter hispánico ha ido mudando en el transcurso de los tiempos. ¿Cómo, pues, establecer una relación de causalidad?

«La religión, con ser algo muy hondo, no es lo más hondo que hay en una nación: la religión cambia, mientras que el espíritu territorial subsiste»... Y pregunto: ¿cómo reconocer ese espíritu sino en sus muestras: religión, arte, costumbres...?

Cierto que el carácter de un país afecta formas históricas que le peculiarizan, y del modo de sucederse o—superponerse—éstas, depende su personalidad, que así es tan pura cuanto sea autónomo el impulso que la moldea. De suerte que España, no por haber sido sometida a distintas influencias, deja de tener existencia específica, sino que esta nace de la fusión de aquellas; fusión que se realiza mediante la inducción recíproca de medio, habitantes e ideas. El medio, por sí solo, no determina creación alguna, ni aun explica las más de las veces aquellas asimilaciones.

«Hé aquí—dice Ganivet—un criterio fijo, inmutable, para proceder cuerdamente en todos los

asuntos políticos: agarrarse con fuerza al terruño y golpearlo para que nos diga lo que quiere.» ¡Qué ha de decirnos el terruño...! Sólo es capaz el terruño de decirnos algo, si la historia le presta su voz. Y esta voz que la historia presta al terruño, es la tradición. Que en un tradicionalismo extremado viene a resolverse la vaga doctrina ganivetiana del espíritu territorial. Es así como éste se contornea con nitidez. Y ya comprendemos el resto. Ganivet no recomienda la sumisión al factor geográfico de un modo absoluto, sino al elemento moral del suelo, donde están las cenizas de los antepasados. Copio por vía de comprobación: «Lo extraño está sujeto a alternativas; es asunto de moda, mientras que lo propio es permanente; es el sentimiento sobre el que se debe construir, sobre el que hay que construir cuando lo artificial se viene abajo.» «Cuanto en España se construya con carácter nacional, debe de estar sustentado sobre los sillares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble; pues habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres y añadir a la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos a la influencia de las ideas de nuestros vencedores...»

Bien se ve que la etiqueta de *tradicionalista*, que podemos adherir a nuestro autor, no ha de ser la misma que apliquemos a cualquier español de la misma escuela. Ni Donoso Cortés ni

Aparisi guardan semejanza alguna con quien respeta el catolicismo de nuestro pueblo, no a título de verdad revelada, sino de fuerza histórica no más. Dijérase que el párrafo últimamente transcrito es una pantalla donde Mauricio Barrés proyecta, deformado, su perfil.

Angel Ganivet hace arrancar la decadencia de España de la conqusta de América. En tal ápice de nuestro proceso histórico, los Reyes Católicos realizaron victoriosamente la integración de una dispersa nacionalidad, pero no acertaron a completar la restauración intelectual y política con la material y económica. Erramos el camino: lejos de concentrar nuestras fuerzas al servicio de los propios ideales, las adscribimos a una política de expansión que a poco nos agotó. Y la «Grecia cristiana» que España hubiera sido, de transformar la energía guerrera de la reconquista, en energía espiritual, no pudo lograrse.

Tales opiniones no eran nuevas, ni Ganivet creía que lo fuesen. Más bien son corrientes entre los juzgadores de nuestra historia. Las naves trasatlánticas que venían hasta nuestras playas «lastreadas de plata y oro»—palabras de Saavedra Fajardo— creaban, en efecto, una manera artificial de riqueza, que excluía la tenacidad en el esfuerzo y la atención diligente a las fuentes permanentes de la prosperidad. Si relacionamos con este fenómeno, el natural desgaste de las gue-

rras en Europa—ya notado por Gracián y examinado por Cánovas,—el olvido en que se ha venido teniendo la agricultura—dictamen de Jovellanos—, el alejamiento de la cultura universal—parecer de Larra, de Castelar, de tantos otros—y agregamos por contera alguna causa más o menos inmediata, el complejo histórico de nuestra decadencia queda suficientemente definido. Pero lo que Ganivet quiere—y esta es la emoción más simpática y comunicativa de su libro—no es tanto disertar a modo académico sobre los males de España, cuanto alumbrar en el paciente la persuasión de que aún puede sanar y vivir días mejores.

Ganivet no era demócrata—bien lo sabemos ya—desde el punto de vista de la constitución pública, pero sí creía en la aptitud espiritual del pueblo para salvarse por fuera de estatutos políticos y de cualesquiera declaraciones de derechos. Acredita positiva clarividencia al escribir lo que sigue: «No soy yo de los que piden un genio investido de la dictadura; un genio sería cabeza artificial que nos dejaría luego peor que estamos. El origen de nuestra decadencia y actual postración se halla en nuestro exceso de acción, en haber acometido empresas enormemente desproporcionadas con nuestro poder; un nuevo genio dictador nos utilizaría también como fuerzas ciegas, y, al desaparecer, desapareciendo con él la fuerza inteligente, volveríamos a hundirnos sin haber ade-

lantado un paso en la obra de restablecimiento de nuestro poder, que *debe residir en todos los individuos de la nación y está fundado sobre el concurso de todos los esfuerzos individuales.*» Renglones más allá podemos encontrar esta afirmación que sirve de punto de amarre—ahora y entonces—a toda esperanza: «Tenemos lo principal, el hombre, el tipo: nos falta sólo decidirle a que ponga manos en la obra.»

Contra la falta de fe, Ganivet reacciona definiendo la posible grandeza de España. Pero contra la fe excesiva, que lleva al optimismo insensato, puramente animal, Ganivet sabe reaccionar también, purgando sus ideales de toda escoria falaz, y ennobleciéndolos a la luz de nobles conceptos morales. Ganivet quiere una nación grande. Mas no palmoteen, alborozados, los nacionalistas de pan llevar. La grandeza con que sueña, no es una grandeza «material y cuantitativa», sino al contrario, una grandeza que no se mida en superficies, de lado a lado, sino en función de ideal, de abajo arriba. En gracia a esa ausencia de agresividad bélica, podemos perdonar—y yo, desde luego, perdono—a Ganivet su nacionalismo. Un nacionalismo limitado a las lindes domésticas, es preferible a un nacionalismo—el más frecuente, y acaso el más lógico—espoleado por la ambición imperia-

lista. Mucho más cuando el ideal propuesto se cifra en la depuración interior, y el confinamiento se justifica por la necesidad de convalecer, olvidando quimeras, mas sin prescindir del ensueño, porque el ensueño es tan útil como nocivas las quimeras.

Que España no puede aspirar ya a irradiaciones internacionales de su poder político, es cosa que a Ganivet se le manifiesta como evidente. Véase cómo excluye posibilidades para una acción exterior: ¿En el Norte? No, porque tiene ya España liquidada definitivamente su política continental. ¿En el Occidente? La unidad ibérica merecía el empeño; pero la Historia ha levantado un espeso muro de equívocos e incompatibilidades de muy difícil superación. ¿En el Oriente? La única política exterior que justificaría nuestra posición territorial y nuestra historia, es la mediterránea. Mas ¿cómo improvisar un poder naval...? ¿En el Sur? Esta podía ser «después de cerrar todas las puertas de la nación», la única que permaneciese abierta «para no quedarnos completamente a oscuras». Una política africana vendría a ser el cumplimiento de nuestro designio histórico, si no faltasen los dos elementos que más importan: fe en el pueblo, competencia en el Estado. Quiero reproducir literalmente las palabras de Ganivet a este propósito, porque aún no han perdido—ni es de suponer que lo pierdan por ahora—su valor de actualidad. Anteriores como son al Acta de Algeciras, no podían contar

con la mudanza operada en la faz diplomática del problema marroquí. Pero subsisten y aun refuerzan su sentido, en lo que toca a nuestro desairado papel. «Si nosotros nos dejamos llevar de esos deseos tradicionales, sin contar como no contamos hoy con los medios indispensables para completar la obra del ejército y de la política, y lográsemos establecer nuestro Protectorado o dominación sobre Marruecos, quizás no serviríamos más que de introductores de los famélicos comerciantes de Europa; y en tanto que éstos recogían la utilidad práctica del cambio de poder, nosotros recogeríamos la odiosidad del pueblo dominado... Seríamos, pues, fautores inconscientes de intereses contrarios a nuestros intereses, y obreros de nuestra propia ruína. La guerra de Africa es una prueba patente de que la política africana no está apoyada aún por intereses vitales de nuestra nación, sino por entusiasmos populares vagos, indefinidos. Cuando se acomete una empresa exigida por una necesidad real de expansión, de abrir campos a las energías exuberantes de un país, la victoria militar, sean cuales fueren los obstáculos que se interpongan, deja detrás de sí más profundo rasgo que el que ha dejado nuestra victoria.» Si Ganivet no encuentra provechosas las glorias de Prim en los Castillejos o de O'Donnell en la toma de Tetuán, ¡cómo no encontraría mortales para la Patria las rotas terribles de 1909 y de 1921! Quería en 1897 que la opinión crease en rela-

ción con Marruecos ideales precisos. Ahora tendría que empezar proponiendo tarea más árdua: que desapareciesen del Norte de Africa las huellas oprobiosas que nuestro Estado ha dejado ya de su incapacidad. Borrados quince años de infaustas aventuras militares, se haría más fácil que el país, escarmentado, rehabilitase su fé de otros días. Pero ninguna prueba, por lo visto, nos aviva el seso...

Ni los desastres de Africa, ni aún el de Cuba y Filipinas, podían estar presentes en la mente de Ganivet al escribir el *Idearium español.* En realidad, no necesitaba de tan dramática experiencia para comprender que nuestra maltrecha nación solo podía rehacerse en el trabajo pacífico. Parece que los vuelos de un ideal público se cortan cuando se trata de convertir la aspiración de las gentes hacia ideales inmediatos: trabajo, paz, orden... Pero si estas aspiraciones se definen con un poco de alma, el espíritu nacional no rebaja su vuelo, sino que cambia de alas. Y sale ganando en el cambio. Cuando Costa metía de un puñetazo al Cid en su fosa, no parecía comprender que donde acaba el sentido práctico, es justamente donde empieza el ideal de los pueblos. Utilitarismo casero es, en gran parte, el signo moral de la generación que nutrió la España de la Regencia. Yo no olvidaré unas palabras de Galdós el día en que se me ocurra razonar sobre la ramplonería de la sociedad contemporánea. Pertenecen a cierto artículo de revista

y se titulan *Soñemos, alma, soñemos...* ¡Lástima de título! Para el genial costumbrista, ensoñar es tanto como seguir este consejo: «Seamos modestos, y aprendamos a no estirar la pierna de nuestras iniciativas más allá de lo que alcanzan las sábanas de nuestras facultades...» La forma es también pensamiento. Y la forma salva a Ganivet de caer en el pobre catre—perdóneseme la metáfora—donde Costa y Galdós querían postrar a la España enferma. Ganivet pide, sí, sentido de la medida, cálculo, previsión, cordura, en fin. Y lo pide—esto es importante—antes de Cavite y Santiago. Mas no quiere ninguna de aquellas virtudes a modo de narcótico que imponga reposo a las ansias desmedidas del carácter español, sino a manera de tónico que, vigorizando cerebro y corazón, le capacite para servir anhelos mejor orientados. Oigamos su dictamen: «Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados, todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte, y por donde hoy espera que ha de venir la salvación, y en cada una de esas puertas no pondremos un rótulo dantesco, que diga *Lasciate ogni speranza*, sino este otro, más consolador, más humano, muy profundamente humano, imitado de San Agustín: *Noli foras ire*; *in interiore Hispaniae habitat veritas*...

Si el lector no ha olvidado la singular consideración que a Ganivet merecen las libertades

comunales (1), comprenderá sin esfuerzo que la afirmación municipal es eje de todas las ideas, profesadas por nuestro autor en punto a régimen de Estado. El municipio—o ciudad—es el elemento primario de la sociedad civil que Ganivet concibe. La reunión de vecinos determina la coexistencia en la ciudad autónoma para el cumplimiento de sus fines propios. Así como la reunión de ciudades origina su convivencia en el seno de una entidad superior: el Estado, resultante y no razón de la realidad municipal. Merced a este esquema, cabe explicar el menosprecio que Ganivet siente hacia la región, organismo intermedio superado por entero en el proceso histórico. Menosprecio este muy característico de su ideología. La formula de modo concreto en las *Cartas finlandesas*, cuando censura a quien pretenda «volver a la Edad Media para andar el camino dos veces»; lo confirma en *Idearium*, donde la unidad inquebrantable de nuestra nacionalidad es supuesto previo, y lo desenvuelve en *El Porvenir de España* al declarar que es regionalista «del único modo que se debe serlo en nuestro país, esto es, sin aceptar las regiones» (2).

---

(1) Vuelva el lector sobre las páginas 81 y siguientes de *Granada la bella.*

(2) «Yo soy regionalista del único modo que se debe serlo en nuestro país, esto es, sin aceptar las regiones. No obstante el historicismo que me atribuyen, no acepto ninguna categoría histórica tal como existió, porque esto me parece dar saltos atrás. A docenas se me ocurren los argumentos contra las

Producto el Estado de la simple agrupación de Municipios, se explica que Ganivet no se ocupara señaladamente de articular un sistema representativo, ya que para la decisión de cuantos asuntos interesaran a los vecinos de un término, bastaría,—aunque él no lo declare de modo expreso—con el régimen tradicional de los concejos abiertos. Sin que deje seguramente al Estado otras funciones que aquellas a las que por su entidad material no pudiesen dar cima los Municipios por sí solos. *Verbi gratia*, la defensa del territorio. Dan idea de las facultades atribuídas por Ganivet al Municipio estas palabras: «El valor de los organismos políticos depende en nuestro tiempo de su aptitud para dar vida a las reformas de carácter social, y ni el Estado, ni la Religión, ni ninguna de sus formas posibles, satisfacen esta necesidad de nuestro tiempo: el socialismo español ha de ser *comunista*, es decir, *municipal* (?), y por esto defiendo yo que sean los municipios autónomos los que ensayen

---

regiones, sea que se las reorganice bajo la monarquía representativa, sea que se las reorganice bajo esta o oquella componenda debajo del actual régimen; encuentro demasiado borrosos los linderos de las antiguas regiones, y no veo justificado que se los marque de nuevo, ni que se dé suelta otra vez a las querellas latentes entre las localidades de cada región, ni que se sustituya la centralización actual por ocho o diez centralizaciones provechosas a ciertas capitales de provincia, ni que se amplíe el artificio parlamentario con nuevos y no mejores centros parlantes.»

las reformas sociales, y en nuestro país no habría en muchos casos ensayo, sino restauraciones de viejas prácticas». De donde resulta, contra lo que pudiera esperarse, que lejos el Estado de desaparecer, se multiplica por el número de Municipios. Mas no creemos que el Estado-Municipio de Ganivet habría de intervenir con demasiada prolijidad en la vida comunal. Como un manchesteriano, Ganivet cree que el bien público y la justicia social no son cosas distintas al cumplimiento personal de los fines individuales, estando, pues, muy distante de creer que el poder político deba convertirse en padre de familia que subvenga a todo. «Los gobiernos—dice—no pueden refundir la naturaleza del hombre, ni pueden establecer por medio de leyes la felicidad humana de sus súbditos. O la felicidad humana no existe, o si existe, hay que buscarla por otro camino que por el de los cambios de ley».

La desconfianza en la ley: hé aquí otro rasgo que define el pensamiento político de Ganivet. Sabe nuestro autor que la ley no hace milagros, ni el hombre es mejor si a la compulsión legal no reemplaza el resorte íntimo del deber. «En política—nos dice una y otra vez, en estas o parecidas palabras—todo sistema es falso». «La trasformación de los sistemas políticos—asegura en otro lugar—no depende de los cambios exteriores, sino del estado social: un pueblo culto es un pueblo libre; un pueblo salvaje es un pueblo esclavo; y un pueblo instruído a la ligera, a pa-

so de carga, es un pueblo ingobernable. Las libertades las tenemos dentro de nosotros mismos: no son graciosas concesiones de las leyes.»

En el pecho del hombre está el secreto de la moral y del derecho. En el pecho del español, el de su grandeza futura. Hay que llegar—recomienda—a la *acción interior*. «Hemos restaurado algunas cosas—asegura—y falta aún restaurar la más importante: el sentido común. Cuando todos los españoles acepten, bien que sea con el sacrificio de sus convicciones teóricas, un estado de derecho fijo, indiscutible y por largo tiempo inmutable, y se pongan unánimes a trabajar en la obra que a todos interesa, entonces podrá decirse que ha empezado un nuevo período histórico». No desconoce que los españoles son presa de la *abulia*, pero insiste en sostener que lo adjetivo es una buena ordenación legal, y lo sustantivo, la formación de una conciencia mejor. El premio a obtener no radica solamente—que ya fuera bastante—en la restauración de España, sino en un ensanche amplísimo de su influencia en el mundo. Una España dignificada por grandes ideales, traería por consecuencia inmediata la realidad de una maravillosa y extensísima Anfictionía trasatlántica, ya que contamos con «una inmensidad de pueblos hermanos a quienes marcar con el sello de nuestro espíritu». Oigamos estas palabras que son el nuncio de una *Magna Hispania*, pronunciadas en los instantes mismos en que era in-

mediata la disminución de nuestro territorio histórico: «Si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia, lográsemos reconstituir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos, e infundir en ellos el culto de unos mismos ideales, cumpliríamos una gran misión histórica, y daríamos vida a una creación grande, original, nueva en los fastos políticos; y al cumplir esa misión, no trabajaríamos en beneficio de una idea generosa, sin utilidad práctica, sino que trabajaríamos por nuestro propio interés, por intereses más trascendentales que la conquista de unos cuantos pedazos de territorio. Puesto que hemos agotado nuestras fuerzas de expansión material, hoy tenemos que cambiar la táctica y sacar a la luz las fuerzas que no se agotan nunca, las de la inteligencia, las cuales existen latentes en España, y pueden, cuando se desarrollan, levantarnos a grandes creaciones que, satisfaciendo nuestras aspiraciones a la vida noble y gloriosa, nos sirvan como instrumento político reclamado por la obra que hemos de realizar».

En instante alguno articula Ganivet su pensamiento respecto a los problemas de España a la manera de un programa político. Ni respondía a sus fines la elaboración de soluciones concretas. Mas es instructivo destacarlas del fondo en que se agitan las preocupaciones capitales de nuestro autor, orientadas siempre hacia ideales que no se pagan demasiado de ésta o de aquella fórmula legal. Vaya a continuación el cuadro

que he compuesto a tal propósito, y que viene a ser como el cartel de nuestro autor, frente a las realidades públicas de su tiempo.

Municipios autónomos,—Estado, simple órgano de comunicación y concordancia.—Poder ejecutivo, autoritario.—Poder legislativo, a base de sufragio universal, como fundamento más equitativo, no más conveniente en todos los casos, y muy intermitente en su funcionamiento.

Ejército nacional distinto en su organización a los Ejércitos de tipo continental.—Unidades de combate dispuestas con tal solidez y vigor, que lo mismo sirvan para formar enlazadas un ejército regular, que, separadas, en caso de dislocación, para formar centros de resistencia, acomodados a las exigencias del terreno.—Espíritu social, y no de clase.—«El mejor ejército español no será aquél que cuente con muchos soldados, sometidos a una sola cabeza, sino aquél que se componga de compañías que se muevan como un solo hombre, y que tengan, como el dios Jano, dos caras: una, mirando al campo, donde se libran las batallas regulares, y otra a la montaña, donde se encuentra un último y seguro refugio para defender la independencia nacional».

Política naval supeditada a la formación de ideales nacionales. «Los barcos no van tripulados solo por hombres; van tripulados por las ideas nacionales, y una nación que carece de la fuerza expansiva de un ideal bien cimentado, no

hará nada de provecho con un poder marítimo ignorante de los derroteros que ha de seguir con fe y constancia».

Retraimiento voluntario de la política europea, aparte de las relaciones comerciales y de buena vecindad.—Acrecentamiento de nuestra influencia moral en América. Aproximación a Portugal, eludiendo toda ocasión de recelo. «Más vale que sigamos separados, y que esta separación sirva al menos para crear sentimientos de fraternidad, incompatibles con un régimen unitario violento».—Educación de la opinión pública para una eficaz política africanista, ya que Africa «será el campo de nuestra expansión futura».—Establecimiento en Granada de una *Escuela Africana*, centro de *estudios activos*

Nacionalización de nuestra economía.—Equidad tributaria: Ni proteccionismo ni librecambio: solidaridad de intereses.—Licitud de la propiedad privada territorial.—Sacrificio de ésta a los intereses sociales.—Reservas de propiedad para usufructo común.—Comunidades benéficas, de pósitos, de disfrute de montes y de pastoreo, etc.—Ilegitimidad de la propiedad intelectual.

Vigorización de la vida universitaria.—«La reforma está en las Universidades, no en el Parlamento.»—Enseñanza que haga efectiva la colaboración científica: relaciones constantes entre profesores y alumnos, pensiones para ampliación de estudios, etc.—Sustitución de las opo-

siciones por el exámen de obras de los aspirantes, «si en este punto hubiera de intentarse algo por los legisladores».—Preferencia por la alta cultura, respecto a la preparación profesional.

Cargada de nacionalismo, la noción que de su Patria muestra Angel Ganivet, no puede elevarse, en cualquier instante, a la región pura donde las ideas y los sentimientos adquieren su máximum de espiritualización. Mas ello no impide que a veces se desprenda del *espíritu territorial* para empaparse de esencias universales. Y esta exaltación ideal del patriotismo ganivetiano se acusa con mayor vigor con posterioridad a las cartas que Unamuno le escribiera a raíz de aparecer el *Idearium*. Claro que el nacionalismo de un hombre inteligente y sensible no reviste aspectos tan violentos como suelen peculiarizar el nacionalismo de un energúmeno. Por eso, no obstante el irritado celo que Ganivet manifiesta en punto a la impermeabilidad de nuestra alma histórica, reconoce que no siempre se basta a sí propio el espíritu nacional. Es cuando escribe lo que sigue: «Una nación no se impone solo con fuerzas militares y navales: necesita tener ideas flexibles y que se presten a una rápida difusión, y estas ideas no hay medio de inventarlas; nacen, como vemos constantemente en Francia, de la fusión de las ideas tomadas del extranjero con las ideas nacionales. Hay que

sacrificar la espontaneidad del pensamiento propio: hay que fraguar «ideas generales», que tengan curso en todos los países, para aspirar a una influencia política durable».

No dejará de advertir el lector, flagrante contradicción entre estos párrafos que acabo de transcribir y aquellos otros que preconizaban la incomunicación espiritual de España, por radicar en su territorio la sede de toda verdad. Pero yo prefiero esta contradicción a que Ganivet extremara aquel principio, cerrándose en banda a todo contacto extranjero. Porque es así, gracias a esta concesión, como se humaniza su nacionalismo. Si antes pudimos comprobar que éste no se nos aparecía ceñudo y amenazador, como lo sería un nacionalismo armado, es satisfactorio hallarle otra atenuante en la brecha que gustosamente abre Ganivet en su murada España, a fin de que penetren cuantas ideas universales sean necesarias para orear el espíritu propio. Y así se hace posible la simbiosis intelectual de que es signo la correspondencia—tantas veces aludida ya—de Unamuno y Ganivet, publicada, al principio, en *El Defensor de Granada*, y recogida luego en un volumen.

Comienza la conversación epistolar entre ambos amigos encontrándose plantado Unamuno en pleno campo de la Utopia. «¡Utopia! ¡Utopia! —exclama.—Es lo que más falta nos hace, utopias y utopistas. Las utopias son la sal de la vida del espíritu... Por ver en usted, amigo Ga-

nivet, un utopista, le creo uno de los hombres verdaderamente nuevos, que tanta falta nos están haciendo.» Pero no, Ganivet no es un utopista. Su sentido de la realidad le regatea ímpetu a su avidez ideal, y bien se ve que sus ideas están impregnadas de un fuerte sentido conservador. Precisamente hallamos la prueba—una nueva prueba—en cierto cargo que le hace Unamuno. Aspira éste a «la perfecta cristianización de toda España», a la que no llegaremos «mientras haya naciones y con ellas guerras», y «mientras no nos libertemos del pagano moralismo senequista», que Ganivet profesaba. Y en efecto... A las palabras de Unamuno, que incluso niega la legitimidad al *llamado* derecho de defensa, opone Ganivet estas otras, que no son ciertamente las de un utopista: «Mientras la forma de la vida europea sea la agresión y se proclame moribundas a las naciones que no atacan y aún se piensa en descuartizarlas y repartírselas, *la paz en una sola nación sería más peligrosa que la guerra*. Así, pues, España, encerrada en su territorio, aplicada a la restauración de sus fuerzas decaídas, tiene por necesidad que soñar en nuevas aventuras; de lo contrario, el amor a la vida evangélica nos llevaría en breve a tener que alzarnos en armas para defender nuestros hogares contra la invasión extranjera. El espíritu territorial independiente movió a las regiones españolas a buscar auxilio fuera de España, y ese mismo espíritu, indestructible, obligará a la na-

ción unida a buscar un apoyo en el continente africano para mantener ante Europa nuestra personalidad y nuestra independencia.» ¿Verdad que no se expresaría de manera muy distinta un hombre de realidades, un parlamentario que deseara justificar un costoso presupuesto de Guerra? Y es que en Ganivet habla la teoría de la paz armada, y en Unamuno la doctrina de la no resistencia al mal: genuinamente evangélica, revivida por Tolstoy en el mundo moderno.

Pero no en vano da Unamuno a la Patria por contenido la verdad. «Hase olvidado—replica a Ganivet—que la verdadera patria del espíritu es la verdad; que sólo en ella descansa y trabaja con sosiego». Es probable que este pensamiento de Unamuno le moviera a revisar sus conceptos de territorio y de nación, que materializaban demasiado la idea de Patria. En su consecuencia, aclara así Ganivet su antiguo modo de pensar: «Lo que yo llamo espíritu territorial no es sólo tierra, *es también humanidad...*» Sin este nuevo sentido de su expresión favorita, no comprenderíamos en Ganivet este rapto del *Pío Cid*: «La patria puede exigir mucho de sus hijos, pero no puede exigir que sacrifiquen el honor; más vale abandonar la Patria, que deshonrarla; una nación que cría hijos que huyen de ella por no transigir con la injusticia, es más grande por los que se van que por los que se quedan» (1).

(1) *Los trabajos de Pío Cid.* Tomo II. Pág. 99.

El sentimiento patriótico se hace aquí pura categoría ética, al paso que el de Unamuno abate su vuelo hasta tomar tierra, solicitado por el realismo de Ganivet. «Y todo esto—escribe Unamuno, aludiendo al régimen de la industria en nuestras perdidas posesiones de Ultramar—no lo han traído ideas especiales de los españoles acerca de la colonización, sino nuestra constitución económica, basada en última instancia en la constitución de nuestro suelo, *última ratio* de nuestro modo de ser. *Es la misma idea de usted respecto a lo territorial.* Hay en España algo que permanece inmutable bajo las varias vicisitudes de su Historia, algo que es la base de su subhistoria...»

¿Permuta de papeles entre Unamuno y Ganivet? No; simbiosis intelectual, como antes dije. Cada uno toma del otro aquel elemento que necesita para completar su pensamiento, y centrarlo en un justo acorde de ideal y realidad. Ambos coinciden en el ansia de que busque España, después de su amputación colonial, el contrapeso en la plenitud de su alma histórica. «El encogimiento más angustioso—dice Ganivet con razón—es el espiritual». «Al pensar y trabajar—dice también—debemos saber que no pensamos ni trabajamos sólo por la Península e islas adyacentes, sino para la gran demarcación en que rige nuestro espíritu y nuestro idioma».

Más de una vez me he parado a pensar en este pasaje de Unamuno: «El día mismo del desastre de la escuadra de Cervera, hallábame yo, acordonado desde hacía días para no recibir diarios, en una dehesa en cuyas eras trillaban en paz su centeno los labriegos, ignorantes de cuanto a la guerra se refiere. Y estoy seguro de que eran en toda España muchísimos más los que trabajaban en silencio, preocupados tan sólo del pan de cada día, que los inquietos por los públicos sucesos». Los resultados de esta inhibición, bien dramáticamente se han manifestado luego. Bien han purgado todos los españoles su pecado de despreocupación en orden a la *res pública*. Otros desastres—de la más varia índole—han caído después sobre nosotros, ciudadanos inertes siempre, atentos no más que a los cotidianos menesteres domésticos. Si los labriegos que Unamuno viera trillar, impasibles, en jornadas históricas de malaventura, se hubieran inquietado siquiera un día «por los públicos sucesos», es seguro que no poco habríamos mejorado en el rumbo de nuestra vida nacional. Mas no ha ocurrido así. El ideal de una ciudadanía militante está más lejano aún de la realidad española que pudiera estarlo en 1898. Y el propio Unamuno ha tenido triste ocasión de comprobar cómo un torrente de frivolidad, de inconsciencia y de vileza, amenaza con sumergir a España—país sin voluntad—en un mar de aguas pestilenciales.

XI

PIO CID, CONQUISTADOR E INTELECTUAL

Escrito en Amberes *La conquista del reino de Maya*, es un libro que vió la luz más tarde que *Granada la bella* e *Idearium español*, redactados en Helsingfors. La razón de esta demora acaso esté en que la índole de aquella novela no permitía su fragmentación en artículos para el periódico de Granada en que gustaba de colaborar nuestro autor. Y si bien puede objetarse que el *Idearium* tampoco apareció en *El Defensor*, sino hecho y derecho en un libro, ha de replicarse, con fundamento, que Ganivet tenía *La Conquista* en extraordinario aprecio, y no quería para su presentación la estrecha canastilla de una edición local. Ello es que en 16 de Septiembre de 1893, escribía Ganivet a Navarro Ledesma en solicitud de noticias «del berengenal ese de impresores y precios, y demás cosas que se rozan con el arte editorial», ya que estaba decidido a que «las cuatrocientas cuartillas de letra menuda» que se impacientaban «en un cajón de la cómoda», re-

cibiesen cuanto antes el soplo vitalizador de la imprenta. Los extensos párrafos que vienen luego, explicando la obra inédita, no dejan lugar a dudas sobre su carácter e intenciones. Se trata, en apariencia, de una novela de aventuras. Pero, realmente, oculta doble fondo. El propósito fundamental es de sátira. De suerte, que en esta novela hace nuestro autor lo que no hizo, según ya vimos, en *Cartas finlandesas*: valerse de un ambiente extraño, para localizar libremente, y bajo formas de representación indirecta, los temas erigidos en sujeto de su crítica, y que en este caso no son otros que los relacionados con la expansión, a países primitivos, de las dañadas maneras de la cultura moderna. «Si la obra tiene algo dentro —declara Ganivet—debe estar ahí, en esa civilización impuesta a contrapelo, y cuyo fin no sé aún cuál va a ser, aunque ya lo tengo medio hilvanado. Pero no me fío de mi equilibrio para sostenerlo, y además temo que resulte el pastel con aire extravagante, porque las necesidades del asunto me han llevado a tratar materias demasiado ridículas».

Me parece que no es temerario señalar como posibles y directas sugestiones de *La Conquista*, las lecturas de viajes a que fué siempre Ganivet muy aficionado, y la actualidad que en los años de su residencia en Bélgica alcanzaron las empresas colonizadoras en el Congo. Es significativa a este propósito su alusión a los viajes de Stanley, que, por entonces tuvo ocasión de conocer. «Me

han parecido—escribe—(1) una brutalidad, porque Stanley es un hombre inculto y cruel, e iba también derecho a su objeto, sin fijarse en lo que veía, y dejándose la caravana a girones, muerta de cansancio y de hambre. Lo que sí interesa es la obra de los europeos residentes, que han estudiado los idiomas y se pueden hacer cargo de la vida de los indígenas, la cual tiene el mérito, por lo menos, de no parecerse a la nuestra.» Poco más allá se refiere incidentalmente a las «industrias de colonizar y falsificar» que mantienen a gran altura Inglaterra y Alemania. No hay que presumir la influencia en la elaboración de semejante juicio por parte del ejemplo belga en el Congo, porque en términos harto claros expone antes Ganivet su opinión a tal respecto. «Por ascender en cuatro años—dice—y no en veinte, hay muchos subtenientes que se van al Congo a entregarla, y los que vuelven se dan tono de haber contribuído a una obra civilizadora. En el fondo no hay tal obra ni tal civilizadora, y sí sólo una obra comercial en prensa, encubierta con rótulos filantrópicos, que incitan a los hombres de buena fe a coadyuvar a lo que, si vieran lo que hay en el fondo, no coadyuvarían... Cualquiera que piense no ya con la cabeza, sino con los calzoncillos, comprende que no se trata de la felicidad de una raza negra, ni del progreso, ni de nada por el estilo: se trata de un negocio en grande escala en que

(1) *Epistolario.* Pág. 90.

el buen Leopoldo tiene metidos buenos millones.» Hé aquí la declaración de principios a que responde—según yo veo—el articulado de *La conquista del reino de Maya*, burla un tanto áspera, de la misión colonizadora que, a título de superiores, se abrogan los grandes pueblos modernos.

Ya había escrito su novela Angel Ganivet, desarrollando en veintidós capítulos los lances y percances de un abogado andaluz metido a conquistador de un país, que tiene «ciertos elementos de cultura» y que «casi, casi podía gallear con España, antes de la Restauración», y todavía le faltaba el nombre del protagonista: «un nombre apetecía él—castizo español, y que al mismo tiempo sea vulgar y no chavacano». El elegido, al fin, de Pío Cid, quiso expresar la coincidencia en un espíritu de la piedad y de la fuerza. Pero en el aventurero Pío Cid prevalece la fuerza sobre la piedad, sobre todo en esta *Conquista* que ahora examino, y que es la primera novela de un ciclo que se hubiera compuesto de varias. Por lo menos, conocemos los dos volúmenes de otra más: *Los trabajos*, y éstos no terminan en el último renglón impreso en vida de su autor. Ambas obras, de manifiesta unidad, en cuanto al personaje que las vive—máscara del propio Ganivet—son muy diferentes respecto a traza literaria. La primera corresponde a un tipo de narraciones que no se caracteriza precisamente

por su gran arraigo en tierra española. Por la intención satírica que impregna de humor el proceso novelesco, fértil en aventuras tanto como en alusiones de cierto valor transcendental, podríamos situarla en el plúteo de nuestra Biblioteca, donde colocásemos los *Viajes de Gulliver*, de Swift; *La isla de los pingüinos*, de France; *Erewhon*, de Samuel Butler, libros en los que personajes y episodios parecen asumir carácter alegórico, que una rica inventiva nutre, con mano furtiva, de esencias humanas.

Los trabajos de Pío Cid, por el contrario, se ajustan al tipo de novela realista, clásicamente española, si bien el interés de la composición no radique en pormenores de ambiente y costumbres, sino en el tipo central, y esto no por lo que Pío Cid ejecute, sino por lo que piensa y dice; merced a lo cual, la atención del lector se fija en planos distintos al de la mera narración. Conviene tener presente que los verdaderos trabajos de nuestro héroe están en *La conquista*, libro de acción. El otro es, ante todo, de pasión. En los llamados *Trabajos*, las empresas del protagonista nos conmueven mucho menos que los vaivenes de su alma, atraída y rechazada, levantada y deprimida, aquí y allá, en una sed vehemente de satisfacción imposible.

¿Quién es Pío Cid? Pío Cid es el propio Angel Ganivet. Los carcteres físicos del uno y del

otro, coinciden del modo que ya tuvimos ocasión de comprobar. Igual ocurre con los datos biográficos, según los hallamos en el principio de *La conquista* y de *Los trabajos*, salvo las naturales variantes. Pío Cid nació en una gran ciudad de Andalucía—nos lo dice Ganivet,—de familia bien acomodada y quizá noble. La dura necesidad encerró su niñez en un pueblecito. Fué pícaro y travieso. Aficionadísimo a pelear en las guerrillas que sostenían los chicos de su barrio con los de los otros lugares de la ciudad,—recuérdese *La derrota de los greñudos*—recibió una pedrada en la cabeza «que, a poco más, le deja en el sitio». el padre de Pío Cid quería destinar a su hijo a los negocios de la casa. Su madre adivinaba en el chico un gran orador forense. Estudió leyes; vivió en el extranjero. Padeció una honda crisis de vocación, hasta que creyó resolverla marchando al Africa, hastiado de sus gestiones comerciales en Ruán, el Havre, Liverpool, Hamburgo y Marsella. A esta época se contraen los relatos de *La conquista*, olvidados luego por su héroe, a creer la versión de *Los trabajos*. Nadie adivinara tales hazañas, dada la timidez que Pío Cid manifiesta en su nuevo avatar de hombre sedentario y extremadamente pacífico. Ello es, que, atando cabos, llega a saber uno de sus compañeros de hospedaje, que Pío Cid «había vivido en diversos países salvajes del centro de Africa, realizado en ellos grandes proezas dignas de pasar a la Historia; y aun tenía entendido que al volver a

España escribió e imprimió el relato de sus aventuras, descubrimientos y conquistas en el Continente negro, con tal mala fortuna que no vendió ni un ejemplar de la obra, por lo cual, se supone que, despechado, la recogió y la quemó, haciendo juramento de no hablar jamás palabra del asunto en todos los días de su vida» (1).

El cambio de rumbo no quita unidad al tipo, más bien la consolida, ya que parece ser la inquietud, clave de su ánimo. Valiéndose de Pío Cid. Ganivet plasma la alegoría de sus propias ansias y desazones. No es extraño, por tanto, que pretenda vindicarlo. «No merece, en verdad, mi amado héroe—escribe—que se le observe, analice y maltrate, como a un conejo o rata de Indias, en la que el frío y descorazonado vivisector ensaya sus venenos: merece, al contrario, que se le ame y se le saque a la luz pública, para universal enseñanza, como ejemplo de un hombre que vivió muy humanamente, y que con humanidad debe ser juzgado. Esta historia es, pues, una biografía escrita con amor...»

Los dos años de resisdencia en Zanzíbar y Bagamoyo, bastaron para operar en el espíritu de Pío Cid, considerables transformaciones. Compensaba la nostalgia de la Patria con la persuasión de que el destierro le era conveniente, puesto

(1) *Los trabajos de Pío Cid.* Tomo I. Págs. 19-20.

que le permitía la conservación de su patriotismo, que tal vez se le debilitase al regresar allá, y mientras tanto, dejaba de percibir lunares que la distancia no podía por menos de atenuar. Y tenía a la vez el placer de sentirse libre y dueño de sus movimientos. En definitiva, reconoce, «el hombre no debe seguir un derrotero fijo ciegamente, con rigor mecánico, más propio del instinto de los animales, que de la inteligencia libre.» Confesando a continuación, que así como después de estudiar jurisprudencia, se había dedicado al comercio, y no lo había hecho mal, muy bien podía dejar el comercio por las exploraciones, y quizá lo hiciera mejor. Una lógica asociación de ideas nos lleva a pensar en Juan Arturo Rimbaud, viviendo en Egipto, en Arabia, en Etiopía, para gozar la vida espontánea del hombre en sociedades que no le afectan, ejercitando el deporte de la aventura mercantil, sin orgullo de empresa, ni preocupaciones de gloria, ni zozobras de negociante profesional.

Pío Cid se deja ganar por la tentación de un mundo inexplorado, y se establece en Tabora, donde abre un bazar europeo que dispute a los árabes el monopolio comercial que allí benefician. Se interna en los países comarcanos, visita la parte oriental de Tanganica, y como se apodere de él un vehemente deseo de ir más allá, comienza a proyectarse la animada película que pudiera ser *La conquista de Maya* sobre el tenso lienzo de una prosa escueta y suficiente. Mas he aquí que Ruan-

da—nombre que los pueblos vecinos dan al país de Maya—es tierra vedada para el extranjero. Pío Cid cae en poder de la tribu, y allí terminara su vida, de no salvarla al precio cruento de la de su centinela. Huye. Pasa la noche en el tronco hendido de un *boabab*. Al clarear el día, descubre un hipopótamo, que lleva sobre los anchos lomos unas a manera de alforjas de fibra vegetal, y alrededor del cuello, una especie de collera muy holgada. Pío Cid monta sobre el animal y se deja conducir, riachuelo abajo, hasta una pequeña ensenada, próxima a un hermoso bosque, de verde intenso, en cuya masa resaltan multitud de pajicientas cabañas. (Apuntemos, de pasada, que en *Cartas finlandesas* confiesa nuestro autor su envidia a Ceferino Sanjurjo, «poeta descriptivo», el conocido personaje de Palacio Valdés. Páginas más allá, insiste Ganivet en su «ineptitud descriptiva». Pues bien: es cierto que Ganivet no suele describir. Sus paisajes apenas si se acusan con algún rasgo brevísimo. Dijérase que, receloso de sus medios, elude toda pintura más detenida. Pero es precisamente entonces, al dar una pincelada incidental y rápida, cuando logra buenos efectos descriptivos). Los salvajes que salen del bosque se detienen al pronto, con estupor, y luego le rinden acatamiento, genuflexos y conmovidos. Esperaban la venida «de un hombre de lo alto», de un *Igana-yguru*, gran juez y gran sacerdote, que no podía ser sino el recién llegado, blanco de color, a lomos de un mayestático paqui-

dermo enjaezado. En aquella calidad, entra Pío Cid, triunfalmente, en Ancu-Myera. No necesita nuestro héroe mejores indicios para juzgar a gentes tan ingénuas, cuya credulidad abre ancho campo a la superchería, Musa del poder... Pío Cid piensa que no es difícil, realmente, someter a los hombres de fe primitiva. Y pone manos a la obra de gobernar las cándidas tribus de Maya, pensando tanto en la felicidad de ellas, como en el fortalecimiento de su autoridad personal. El doctrinal político de Maquiavelo es un breviario de moral franciscana, al lado de las ideas que *Arimi* —así se hace llamar el mixtificador,—trata de realizar, mediante reformas que tienden aviesamente, a confundir estas dos expresiones: civilización y servidumbre. A expensas de la inocencia, *Arimi* se hará el dueño de los Mayas. Civilizados, serán su juguete...

Desde Ancu-Myera, marcha Pío Cid a la capital. La recepción en el Palacio de los representantes es una página deliciosa de humor. La caricatura del régimen parlamentario es certera de expresión. Danzan los representantes—*uagangas*—en honor de *Arimi*, y es maravilla ver cómo un gesto, un salto, una zapateta, un chillido, pasan de rostro a rostro, de cuerpo a cuerpo, con tan reglado automatismo, que siendo miles los danzantes presentes, parecían sólo tres: Mato, Menu y Sungo; únicos *uagangas* dotados de iniciativa. Los restantes, coro y no más. La impresión propuesta se acentúa al contarnos Pío Cid

que la designación de *uagangas* no es obra de elección popular ni de procedimiento selectivo alguno, sino de parentesco. La risa florece en los labios del lector, pero es una risa que se hace triste de página en página, porque la broma llega a sarcasmo, y la burla termina por fijarse, no ya en esta o aquella flaqueza de régimen político, sino en las debilidades más dolorosas de la Naturaleza humana. La condición de esta risa triste, que se resuelve en mueca y crispación, nos la anticipó nuestro autor en una de sus cartas a Navarro Ledesma. En una donde escribió las palabras siguientes: «El *quid* está en saber explotar la locura del hombre, y a mí me parece que ese *quid* consiste, en presentar, primero, las ridiculeces, y cortar a punto nuestra risa, con aquella mirada insinuante que lanza el loco enjaulado, o bien con la mirada cosquillosa del loco risueño y pacífico. Repasa en tu memoria los tipos más salientes de la literatura, y verás como encuentras algo de ésto en todos ellos. Y ésta es la razón también de que la impresión total y final de las obras humorísticas, en el sentido noble de ésta palabra, desde el *Quijote*, hasta *La feria de las vanidades*, de Thackeray, desde Swift a Heine, sea siempre más triste que las de las obras pretendidamente serias. *Cuando el autor es subjetivo, el loco que asoma la cabeza es él mismo*, como ocurre en estos dos últimos; cuando es objetivo, los locos son los personajes, pero el resultado es el mismo.»

Nuestra risa, en efecto, se nos hiela entre los labios por ese aire de desesperación incurable en que se suceden las aventuras de *Arimi*, de Pío Cid, de Ganivet. En *La isla de los Pingüinos*, nos depara Anatole France, con gesto de sin igual compostura, visiones objetivas de corrosiva comicidad. El autor nos conduce, sonríe, desdeña... y se afirma a sí propio. A través de la impecable prosa , vemos a France, con su gorrito de seda negro, su vida regalada, su gesto de dominio y serenidad. En *Paradox, rey*—libro posterior a *La Conquista*—Baroja hace tabla rasa de todas las categorías de la civilización histórica, y con mano dura, trata de hundir en ridículo a las creencias de toda condición: religiosas, políticas, estéticas... Mas algo persiste en el total hundimiento: el hundimiento mismo. Se destruye—viene a decir Baroja, en el *Elogio metafísico de la destrucción*—para crear de nuevo. Y lo que se crea, supera sin duda a lo que desaparece. Tal esperanza sostiene sobre la vida a ese nihilista confiado que es Baroja, y le consiente no perder el humor—el buen humor—en sus paseatas por la vida y la literatura. Pero Pío Cid no cree nada, ni espera nada: ni en sí propio, ni en el porvenir.

Colonizadores, y no sabe a punto fijo quién ha de colonizar a quién. «La colonización, dice, es un rasgo característico y consolador de la humanidad en todos tiempos y en todas las razas: yo tengo por seguro que si los mismos pue-

blos retrasados y aun salvajes de Africa tuvieran un claro concepto de la ley de la solidaridad de los intereses humanos y una navegación más perfeccionada, vendrían a su vez a llenar en nuestra propia casa la misma humanitaria misión que nosotros cumplimos en la suya.» Mas es lo cierto que todo hombre—blanco o negro—reacciona ante la vida de igual suerte interesada, instintiva, meramente animal.

Arimi, de creciente autoridad, crea la piel moneda, forma escalafones y dobla la soldada al ejército; da a conocer la pólvora, sin revelar, naturalmente, el secreto de la fabricación; inventa nuevos tributos, concede parcelas del territorio, para estimular la producción, a base de la competencia; instala alumbrado artificial, que haga posible la vida de noche; colorea las túnicas y despierta la coquetería de las mujeres; instituye un segundo día festivo, prodiga las luchas del circo, obtiene la «alcoholización gradual y sistemática» de su dichosísimo pueblo, con la finalidad de embrutecerlo y alzarlo a la categoría de nación entusiasta, y esta misma aspiración queda cumplidamente redondeada con la declaración de guerra a un país enemigo, gracias a la cual «se unen las energías dispersas en una fecunda corriente nacional». De este modo, y poco a poco, el reino de Maya adquiere un magnífico *formato* europeo: sus habitantes se civilizan... pero no viven con mayor felicidad que en los obscuros tiempos que precedieron al advenimien-

del conquistador español. Este no cesa un momento en sus experiencias. Tiene chiste,—chiste entre Quevedo y Goya—la que lleva a efecto respecto a las sacrificios humanos. Le repugna la degollación aparatosa en la plaza pública y la reemplaza con los llamados juicios de Dios. El derecho procesal y la doctrina de la prueba no han pasado, en realidad, por fases históricas distintas. La reforma de *Arimi* consiste en encerrar a los reos con búfalos salvajes, a ver quién puede más. Claro que ninguno de los acusados debe ser inocente, puesto que todos sucumben en la pelea. «El miedo a la muerte—escribe—hizo maravillas entre los gladiadores, y muchas suertes del arte taurino fueron inventadas en aquellos angustiosos momentos». Lo cierto es que nuestras corridas de toros hallaron en Maya, por insospechados caminos, una equivalencia pintoresca, y que los espantables sacrificios, impuestos por la ley, terminaron en atractivas fiestas populares: el mito derivó en deporte. La extensión del gusto por el cruento espectáculo, que llegó a nutrirse con voluntarios y con profesionales, tenía para el poder público una ventaja muy digna de ser apreciada: las frecuentes víctimas de la lidia aclaraban las filas de los aspirantes, y aumentaba respecto a los supervivientes la posibilidad de obtener bellos cargos.

Sobreviene, en el decurso de *La Conquista*, un momento muy dramático, al ceder el autor, con impresionante serenidad, a la consideración

del suicidio. Antes he recogido alguna alusión de Ganivet a las excelencias de la muerte voluntaria. Véase ahora cómo se expresa, a propósito del sacrificio de las mujeres del rey Mujanda: «No se oyó ningún lamento ni se turbó la sublimidad del espectáculo con ningún acto de cobardía y aun yo mismo llegué a creer que acaso sea preferible adelantar un poco el momento de la muerte, si se ha de morir como morían las ilustres esposas de Mujanda, con tanta nobleza en la actitud y tanta felicidad en el semblante. Así como me repugnaba la muerte impuesta por mandato de la ley, me entusiasmó este sacrificio humano voluntario, y si de mí dependiese, lo restablecería, sin vacilar, en las naciones civilizadas.»

En *Paradox, rey*, no apunta en instante alguno el drama; la acción es siempre una divertida bufonada. Las mujeres de los mandingos ignoran todo linaje de sacrificio. La princesa Mahu, acaba bailando la danza del vientre, a estilo del *Moulin-Rouge*, en un café-concierto. Yo quiero partir de aquel pasaje para hallar la diferencia fundamental entre la novela de Baroja y la de Ganivet, ligadas de modo evidente por la comunidad de la intención satírica, del procedimiento empleado, y aun de la localización geográfica. Ambos sitúan la ficción de su empresa colonizadora en el continente africano: en el golfo de Guinea, la de Paradox; en el Africa central, la de Pío Cid. Es lógico, pues, que se pa-

rezcan bastante, los nombres de lugares y personajes indígenas. La constitución de Uganga, es, asimismo, muy semejante a la de los Mayas: brevísimo enunciado de un derecho público elemental. Por cierto que Baroja desarrolla su obra en forma de novela dialogada, muy apta para mantener vivo el interés, y abierta en todo instante la puerta a la *boutade*. *La Conquista*, queda por debajo de *Paradox* en punto a amenidad. Los párrafos demasiado macizos, llegan a pasar un tanto, pero la densidad les viene de la carga de ideas, y no debe olvidarse la prioridad en el tiempo de la novela de Ganivet.

Mas Baroja—y esta es la nota diferencial a que antes aludo—se sitúa como un espectador fácil al regocijo, ante el retablo de la civilización europea. Se divierte y nos divierte. Acaso en el fondo de sus aventureros, de sus mixtificadores, de sus paradojistas, se agite trémula una tragedia de conciencia. Pero a él no le interesa sino el movimiento exterior, la acción, el gesto y la palabra... Angel Ganivet, por el contrario, se transubstancia en su Pío Cid, se mezcla a la farsa, se desespera, pugna por inquirir lo que hay dentro de sus muñecos, y lo que hay detrás, más allá del retablo.

A la postre, Paradox se esfuma y deja a otras voces el pregón de la moraleja obtenida. Un médico y su ayudante conversan en el hospital de Bu-Tata. «Les hemos obsequiado a estos buenos negros—dice uno—con la viruela, la tuberculosis,

la sífilis y el alcohol». Y en otro lugar: «Esto es Sodoma, Gomorra, Babilonia, Lesbos, todo en una pieza...»

Ganivet, para hacer constar la moraleja, se vale de la sombra de Hernán Cortés. El conquistador de Méjico se aparece al aventurero de Maya, en uno de los patios de El Escorial, y le revela el secreto de toda conquista perdurable y fecunda. «Las empresas más grandiosas—dice—son aquellas en que no interviene el dinero: en que los gastos recaen exclusivamente sobre el cerebro y el corazón». «Los negros—agrega—eran felices como bestias, y tú los has hecho desgraciados como hombres».

Este epílogo de *La Conquista* puede servir de ilustración, en cuanto es alegoría, a las doctrinas expuestas en el *Idearium*. Ambos libros—tan desemejantes en traza e ideación—coinciden en la enseñanza capital de que sin ideal no hay conquista apreciable.

Hasta aquí hemos conocido las aventuras vividas por Pío Cid en tierras de Africa. Pero no hemos penetrado aún en la personalidad íntima de nuestro personaje. Sus experiencias políticas y sociales nos hacen ver, sí, que se trata de un hombre sin grandes escrúpulos de conciencia, de un hombre que apenas si atiende otro dictamen que el de su propia razón: de un hombre desalmado, si se quiere. ¿Podía estar compuesto de otra manera el conquistador que lle-

gó a ser? El hombre de acción, el profesor de energía—«como dicen los locos de hoy»—no admite que circunstancias ajenas a su interés cualifiquen los designios que la voluntad propone. Y Pío Cid no vacila un instante en su curiosa vivisección (1). El reino de Maya es para él un vasto y provechoso laboratorio de Psicología, de Moral y de Política. Hasta que... El desconsuelo y el hastío que, a la postre, le invaden, ante la obra realizada, y su huída subsiguiente del territorio en que operase, nos descubren en él un sentido de la responsabilidad que no sospechábamos, una inquietud de ánimo muy parecida al remordimiento, que si nos causa sorpresa, nos prepara a la vez para trabar amistad con el Pío Cid de los *Trabajos*, aventurero arrepentido, que, al salir algún día de la penumbra a que su chasqueado espíritu se acoge, no es sino para acometer tareas de más moderado aliento, bien que más nobles y puras.

Yendo y viniendo, con gesto indiferente, por las calles de la Corte, vemos ahora a Pío Cid, solo, a no ser que le acompañe su sobrina Pepita, en el habitual paseo matutino. Muere la niña; muere asimismo su madre, y Pío Cid queda

---

(1) «No eran tampoco mis móviles exclusivamente humanitarios, pues sentía una noble curiosidad científica, un vivo deseo de hacer ensayos y experimentos sobre esta nación, para deducir principios generales de arte político.» *La conquista del reino de Maya.* Pág. 137.

del todo aislado. Sus compañeros de hospedaje le miran recelosos, interesados quizás. Salvo su obligada salida para ir «a disgusto» a su oficina de la Deuda, Pío Cid queda horas y horas en la hosquedad de su cuartucho interior. Lee y escribe. Algo ha de hacer... Encargos editoriales, le obligan a traducir un *Tratado de Obstetricia* y un estudio acerca de *La Evolución Histórica del Derecho Civil en Europa*. Mas en esta dispersión, su alma voraz halla de seguro divertimiento. No fuma, ni bebe, ni concurre a café alguno. Come poco, generalmente legumbres. Solo tiene un traje en continuo uso; no gasta guantes, y lleva «la menor cantidad posible de corbata». No le es, pues, difícil, el ahorro. Y ahorra. ¿Para qué...? ¿Pensará quizá en casarse algún día? Por ahora, si rehuye el trato de los hombres, no busca—en compensación gustosa—el de las mujeres. Mas su inexperiencia le hace caer tontamente, en un lazo de las circunstancias. Es llevado a un baile de máscaras. Le faltó entereza o le sobró curiosidad. Ello es que cede a la tentación ejercida por sus colegas de fonda, que le quieren llevar consigo. Va a la Zarzuela. Y en esta noche señalada, Pío Cid pierde su libertad y se enamora. El lector de los *Trabajos* sabe de quién: de Martina de Gomara. Y quien siga mis palabras en este libro, conoce, asimismo, de páginas atrás, las circunstancias de esta seducción, concordantes con las de otra, enteramente real, ya que de idéntica manera comen-

zaron—a lo que parece—las relaciones de Angel Ganivet y Amalia Roldán. Operó en nuestro hombre, con fuerza instantánea de disparo, el *sexto sentido*, el del amor, tan oscuro en su mecanismo, pero tan cierto en sus presas. De otra forma, Pío Cid no habría comprometido jamás su corazón en negocios sentimentales donde mediara una mujer. Sus declaraciones anteriores no pueden ser más explícitas: «Yo no soy enemigo del amor, pero sé que hay en el mundo algo más grande que el amor, y por este algo es por lo que yo vivo, y porque presentía que el amor sería un obstáculo en mi vida, lo sacrifiqué tiempo ha y huyo de él, y huiré mientras el cuerpo me haga sombra...» Pero no basta con que el hombre proponga, si llega un día en que Dios dispone la realización de un hecho diputado por aquél como improbable, si no imposible. «Jamás me enamoré de una mujer como ustedes se enamoran—dice también;—los cincos sentidos de uso corriente no sólo no me sirven para enamorarme, sino que me distraen y me libran de caer en el verdadero amor, que sería el que llegase a mi espíritu por el sexto sentido». Esta posibilidad es la que llega a darse entre las máscaras de la Zarzuela, y Martina no necesita alzarse el antifaz para que Pío Cid se prende de su alma, que es lo importante. «Y su mérito principal—el de Martina, según Pío Cid—no es su figura, sino su humanidad. Es una verdadera mujer sin aliño, compostura ni refinamiento, con todas las

buenas y malas cualidades que la mujer posee por Naturaleza». Aplicación de un principio que Ganivet ejemplifica luego en el cuento poético de Abd-el-Malek. En trance este rey moro de elegir mujer, escoge «a la más mujer de todas las mujeres que había en el palacio, y la que por ser más mujer, debía de engendrar hijos mejores, era la esclava Esma. Por esto la eligió, aunque era una humildísima esclava, y la hubiese elegido, aunque fuese un horrible monstruo.» Tal doctrina amatoria nos explica la ausencia de todo atavío sensual en la tierna escena que se desarrolla en la alcoba de Pío Cid. No recuerdo página de la literatura que yo conozca, en que más cándidamente, y con más emoción humana a la par, se narre la entrega de una mujer. La ausencia de toda tramoya—la Retórica suministra al literato en casos semejantes los más impresionantes trucos—sirve para destacar el valor auténtico de momentos tan escuetos, asistidos de una noble verdad poemática. Pío Cid posee a Martina sin un punto de goce bestial, serenamente, dejándose penetrar por raras impresiones que la alegría y la tristeza componen a medias. Yo quiero traer aquí los párrafos que rematan el episodio, a modo de ejemplo, bien cumplido, de cómo una realidad vulgar se transfigura al dictado de una intención estética y ética de noble prestancia ideal:

«...El se veía encadenado, sin poder ni querer huir, resignado voluntariamente a seguir un

nuevo rumbo y arrojarse en brazos del azar. Entonces sintió una hondísima y desconsoladora tristeza, y se echó a llorar como un niño. La joven le veía llorar con asombro, sin atreverse a romper el silencio. Sonaron en la escalera pasos de los huéspedes que volvían, y ella fué a la puerta a ver si estaba bien cerrada; volvió junto a la mesa de noche y apagó el moribundo cabo de vela, que se derretía sobre la piedra de mármol, para que no vieran luz encendida los que entrasen. Luego se acercó a Pío Cid, le cogió a tientas la cabeza, se sentó sobre sus rodillas, le echó un brazo por el cuello y comenzó a besarle los ojos para enjugarle las lágrimas».

Véase cómo ante el telón—muy pobre—de una novela naturalista, viven los personajes una suave y rica anécdota romántica.

Es natural que se atrinchere en su soledad, quien no crea en las ventajas de la convivencia, supuesta la inferioridad de cualquier persona. Y Pío Cid nos dice: «Yo tengo miedo a conocer caras nuevas, porque creo que los hombres somos más bien malos que buenos, y más bien tontos que discretos». Pero es también natural que se facilite el acceso a aquellos que, espontáneamente, deseen someterse al magisterio del solitario. No es otro el caso de Pío Cid, entregado a la faena de educar a sus camaradas de pupilaje, llegada que es la hora de derretirse el hielo

de una presunta hostilidad. Los estudiantes que se aposentaban en la hospedería de la calle de Jacometrezo donde encontramos al Pío Cid de su tranquila época madrileña, se acercan a él con curiosidad, que, al cabo, se hace respeto. Y todos terminan conviviendo en cierta comunidad espiritual. Notada su influencia, Pío Cid se enorgullece. Sabe que ejerce un profesorado al margen del oficial, y se precia de decir cosas, «no a muchos hombres reunidos, que después se van y no vuelven a acordarse más de lo que oyeron, sino a uno, y luego a otro, según sus entendederas, para que se les queden bien grabadas y les sirvan de aguijón que les arranque de su miserable rutina espiritual».

A la vez que pretende *desasnar*—es su palabra—a un puñado de estudiantes, comunicándoles nociones más relacionadas con «el arte dificilísimo e innegable de vivir», que con rama concreta de saber alguno, trata de instruir—con absoluto desinterés siempre—en las primeras letras a Purilla, la criada de la hospedería. La convicción de que realiza una alta función docente, le compensa de sus esfuerzos. «A ratos pienso—confiesa—que quien está a mi cabecera no es una pobre sirvienta, sino España, toda España, que viene a aprender a leer, escribir y pensar, y con esta idea se me va el santo al cielo y me explayo, como si estuviera en una llanura...»

Intelectualismo de 1898: no se me ocurre

calificación mejor para la actitud en que se nos muestra colocada el alma de Pío Cid. Puede decirse que la informa esta convicción profunda: sólo puede habilitarse a la sociedad española para una vida mejor, ejerciendo un magisterio libre, el que se crea predestinado para ello. Y el, Pío Cid, es justamente uno de los mandatarios de tan alto ideal. Lo sabe, y porque lo sabe, asume el papel del «Hombre que está en el secreto». De aquí su constante opción a la genialidad, advertida con razón, por Ortega y Gasset. Oigamos a nuestro héroe en uno de sus instantes más expresivos: «Nosotros no conocemos más que dos orgullos: el aristocrático y el militar. El día que tengamos el orgullo intelectual, podremos aspirar a algo. *Yo soy quizá el único español que tiene ese orgullo, pero pronto nacerán centenares que lo tengan*» (1). No cabe testimonio más claro de mesianismo consciente. ¿Habremos hallado, con él, un signo que nos permita organizar en grupo a los escritores que *Azorín* denominó *generación de 1898*?

Yo no he llegado a convencerme por entero de que la *generación de 1898* se especifica con formas peculiares en la masa general de nuestra literatura contemporánea, hasta que Pío Baroja, queriendo negar existencia al grupo, ha afirmado lo que sigue: «La única cosa común fué la protesta contra los políticos y los literatos de la

---

(1) *Los trabajos de Pío Cid.* Tomo I. Pág. 195.

Restauración» (1). Pues qué, he pensado yo, ¿se necesita mucho más para reconocer unidad de fisonomía a un grupo de escritores? Cierto que difieren no poco las facciones literarias de Martínez Ruíz, Baroja, Valle-Inclán, Maeztu, sin olvidar a Unamuno y a Ganivet, pilotos de la repetida generación, pero el gesto que les anima es idéntico, en cuanto precisamente significa esto: repulsión a la España oficial y académica, cuyo fracaso se hace patente en Ultramar... y en el suelo metropolitano, ya que en 1898 no quiebra solo nuestro poder militar y naval, sino a la vez, la capacidad civil de toda la sociedad española. De tal suerte reputo tal hostilidad como signo definidor y suficiente, que ella nos sirve para fijar el vértice que buscamos. Y es claro que en la respectiva reacción psicológica—personal en cada caso—prevalece el matiz característico de cada uno de aquellos: pura y simplemente estético, en Valle-Inclán; político y moral, en Maeztu, fronterizo ya con el campo de los que llamara yo antes *regeneradores*. Mas entre semejantes extremos, se encuentran Martínez Ruíz y Baroja, quienes así asumen la representación más genuina y cabal del grupo.

La hostilidad a los antecedentes inmediatos reune a todos los elementos de la generación en un mismo frente, bajo una bandera negativa, pero bastante para la liza del momento. Se afir-

---

(1) *Divagaciones apasionadas.* Pág. 30.

man en el ataque y buscan su manumisión de los poderes constituídos de la República de las letras. Por cierto, que presumo a este propósito, la desorientación del lector, si se le ocurre una vez leídos los presentes párrafos, alzarse en consulta al propio *Azorín*, revelador del grupo en cuestión, toda vez que el delicado estilista resume así las características de aquel: «La generación de 1898, en suma, no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior; ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad, de Galdós» (1). ¿De modo que...? Pero no señale el lector aún contradicción alguna entre mi juicio y el dictamen irrecusable de *Azorín*, y siga leyendo: «Ha tenido todo eso y la curiosidad mental por lo extranjero; el espectáculo del desastre—fracaso de toda la política española—ha avivado su sensibilidad y ha puesto en ella *una variante que antes no había en España.*» Las últimas palabras—que subrayo—hacen posible el acuerdo. Natural es por entero, que cada escritor de los de su promoción tuviese sus simpatías por éste o aquél viejo maestro. El propio *Azorín*, antes de serlo, en plena exaltación, en los días de *Charivari*, si denigra a Núñez de Arce y a Pereda, exalta a Galdós y a

(1) *Clásicos y modernos*. Págs. 313-14.

Campoamor (1). Mas por encima de tales atracciones y repulsiones, referidas a cada caso concreto, flota un espíritu inequívoco de crítica independiente. Se emancipan los nuevos de toda superstición, se reconoce el libre exámen, y en ocasión de crear, ninguno cae en la fea culpa de imitar a los grandes escritores consagrados. Salvo la relación puramente *escenográfica* que existe entre Galdós y Baroja, aficionados ambos a los paisajes polvorientos y a los pueblos ceñudos—Yécora está muy cerca de Orbajosa—¿qué parecido hemos de descubrir entre los muñecos contrahechos y engarabitados de Echegaray y los de Benavente, inertes en su correcto atavío de sátira menor? ¿Ni cómo encontrar el espíritu aburguesado, plácido, a fuerza de escéptico, de Campoamor, en los liróforos que el modernismo abandera?

No, no son herederos los del 98 de los grandes escritores de la Regencia. Al revés: en el repudio de la supuesta sucesión cifran el título de la sustantividad a que aspiran, y una frase—*revisión de valores*—se nos aparece como dotada de carácter de época. «Si algo nuevo existe—declara Valle-Inclán no mucho más tarde—que pueda recibir con justicia el nombre de *modernismo*, es

(1) Véase *Charivari (crítica discordante).* Madrid. Imprenta. Plaza Dos de Mayo, 4, 1897. Páginas 43-50 y otras.

ciertamente un anhelo de personalidad» (1). Y este anhelo—que llega a la obsesión—no es sólo denominador del modernismo—filial del 98—sino de cuantos escritores nacen, espiritualmente, en el memorable año. De aquí la manía de la diferenciación que a todos invade, y que se manifiesta incluso en los pormenores de indumentaria: cuanto más en el pergeño de la prosa. Pero las preciosidades de Valle-Inclán y la escueta anotación de Baroja, responden a la común aspiración de concluir con el énfasis oratorio, la afectación retórica, la engañosa brillantez, el desubstanciado academicismo, y la trivialidad pretenciosa, de los plumeadores que en el Madrid de Castro y Serrano y de Manuel del Palacio, de Picón y de Palacio Valdés, de Burell y de Cávia, venían mereciendo adjetivos que valen por una estética, muy poco recomendable, en verdad: *galanos*, *festivos*, *fáciles*, *amenos*, *brillantes*... La proeza máxima de la ruda batalla fué realizada por Martínez Ruíz, al asestar un golpe definitivo—nuevo caballero de la Verde Espada—al clausulón tradicional, Endriago de falaz prestigio. Si Valle-Inclán hace de la palabra—¡y con qué primor!—materia artística, y Baroja, signo exacto, Martínez Ruíz reune ambos valores de belleza y precisión en un verbo que marca época. No podrá es-

---

(1) Véase *Breve noticia de mi Estética*, al frente de *Corte de amor. Privilegio de honestas y nobles damas*. Madrid, 1907.

tudiarse el castellano de nuestro tiempo, sin abonar en cuenta al autor de *Castilla*, su gran servicio a la agilidad del período y a la nitidez de la expresión; sin reconocerle la gracia especial con que refresca vocablos, vivos siempre, por rancios que puedan ser, y quizá por ello mismo. «Principiamos a ver—decía Martínez Ruíz en 1903—que si queremos ser excelentes escritores, se nos impone, ante todo, la sencillez y la verdad, y que un centenar de pequeños hechos, recogidos, compulsados y ensamblados con escrupulosidad exquisita, valdrá más y será más elocuente, que una vistosa urdimbre de frases hiperbólicas y vibrantes» (1). Nótese cómo se formula aquí, expresamente, la admirable lección de estilo que, de modo implícito, hallamos en toda la obra—vasta y delicada—del gran escritor, a través de sus tres personalidades sucesivas: Martínez Ruíz, *Azorín* y *post-Azorín*. Años adelante, consignó así uno de los caracteres de su generación: «se esfuerza en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad». No es otro, realmente, el doctrinal estético en que comulgan los del 98, en materia de estilo. Pero dígame el lector quién ha prestado la labor señalada con rendimiento más cierto y exquisito que *Azorín*.

(1) Revista *Alma española*. Madrid, 13 de Diciembre de 1903.

Me he alejado del punto que me convenía establecer para determinar la situación de los escritores del 98, frente—y contra—sus antecesores más próximos. No es otra la posición de Angel Ganivet, que desde el *Epistolario* lanza menosprecios y negaciones a hombres e ideas de su tiempo; si bien no se dé en él la proyección de aquel otro punto que he fijado en función del estilo. Dicho queda—con reiteración tal vez—que el estilo, o si se quiere, la manera de Angel Ganivet, no tiene fecha. Lo bueno que pueda realzar su prosa—jugosidad espontánea—y lo malo que la denigra—abandono ramplón—son de cualquier época. Pero es, en cambio, típicamente 1898, su gesto de malhumorado patriotismo, y su afición a la crítica libre. Como que de él—y de Unamuno—data la inquietud de una España restaurada en su categoría histórica. La necesidad de un nuevo españolismo—nuevo, de puro hondo y entrañable—podría suministrarnos el signo positivo de la generación de 1898, si ese precipitado de la reacción negativa a que tales escritores comienzan por entregarse, se manifestara de modo análogo en todos ellos. Pero es evidente que no van «hacia otra España»—título del primer libro de Maeztu—las preocupaciones capitales de Valle-Inclán, ni las de Benavente. Y menos aún, las de Rubén Darío, a quien hay que incorporar al grupo, no porque así lo exija la cronología de modo imperativo, sino porque su

nombre está unido a la mayor revolución de nuestra lírica contemporánea. Mas sí representan la pesquisa de una España distinta a la vigente, los gastos que la joven literatura pone en circulación: gusto de los paisajes inéditos, de las ciudades viejas, del carácter en punto a tipos y costumbres, de los clásicos olvidados, de los primitivos, sobre todo—Bercer, el Arcipreste, Santillana...—de todo cuanto, en fin, conserve una vibración peculiar y un acento no desvirtuado. Ejemplos vivos de estas ideas y de estos sentimientos son dos libros cuyos protagonistas ofrecen el interés de ser trasuntos de sus respectivos creadores: *La voluntad*, de Martínez Ruíz, y *Camino de perfección*, de Pío Baroja. Antonio Azorín, héroe del primero y Fernando Ossorio, héroe del segundo, respiran en una atmósfera común, sacudida por los temas peculiares del instante: Greco, Nietzsche, antítesis de Corte y pueblo, función del intelectual, sentido de la vida española... Para el propósito que rige mi trabajo, es preciso conceder un poco de atención a ambos personajes, en cuanto los conceptúo hermanos menores—si no hijos—de Pío Cid, en su fase intelectual. Al modo como ya intenté hacer ver que lo era de éste mismo, pero en su período de conquistador, otra criatura barojiana: Silvestre Paradox. Bien entendido—¿habrá que advertirlo?—que hermandad no quiere decir carácter idéntico, sino simple aire de familia.

«Esta segunda vida—escribe Martínez Ruíz refiriéndose a la de Antonio Azorín—será como la primera: toda esfuerzos sueltos, iniciaciones paralizadas, audacias frustradas, paradojas, gestos, gritos...» Estas palabras fijan el carácter, no sólo del «peregrino señor» que fué a la vez «pequeño filósofo» sino que además nos sirven para siluetear a Pío Cid y a Fernando Ossorio, si bien fuera Pío Cid quien puso a prueba con mayor empeño las fuerzas de su alma. Sus conatos son muchos, aunque pocas empresas consumase. Pero Azorín y Ossorio ni aún intentaron labor de consideración. Ni la podían intentar, en puridad, conscientes como estaban de su escasa aptitud dinámica. «Algún resorte se ha roto en mi vida», confiesa Ossorio: buen ejemplar de hombre estropeado, convencido de su talento tanto como de su laxitud volitiva: médico unos años, pintor luego, fraseólogo, inadaptado y errabundo. «¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—se pregunta Antonio Azorín,—yo siento que me falta la fe: no la tengo tampoco ni en la gloria literaria ni en el progreso... que creo dos solemnes estupideces...» Y en otro instante: «¡Soy un hombre de mi tiempo! La inteligencia se ha desarrollado a expensas de la voluntad...»

Es paradoja emboscada en las singulares psicologías de estos dos hijos del Fin-de-siglo, es decir, de estos dos románticos rezagados, que sorbiendo energías, mediante una raíz metafísica favorable—Schopenhauer, Nietzsche—no acumulen fuerza sino para un chispeante alarde de *boutades*

y paradojas. Para el uno y para el otro, el mundo es proyección subjetiva. «El mundo de afuera—dogmatiza Ossorio—no existe: tiene la realidad que yo le quiero dar». «No hay más realidad que la imagen—define Azorín—ni más vida que la conciencia. No importa—con tal de que sea intensa—que la realidad interna no acople con la externa. El error y la verdad son indiferentes. La imagen lo es todo». No respondía a supuesto distinto Pío Cid, y su voluntad—piedra angular del mundo—quebraba siempre antes de rematar las empresas propuestas. Y es que la voluntad sin la fe, no pasa de ser un principio metafísico, una potencia nuda del alma: es la fe quien la alumbra en acto, y la fecundiza en sus atribuciones. Fe que necesita cifrarse en una meta exterior, para dar sentido al camino, que es la acción. «Quizá lo que yo busque—dice Pío Cid en un momento de desfallecimiento y confidencia—sea un estímulo para trabajar. ¡Quién sabe! Yo os digo que yo mismo no lo sé.»

Como asistiera a una cena en la que sus compañeros de pupilaje celebraban el triunfo de uno de ellos en ciertas oposiciones, Pío Cid brindó «porque al festejado no le faltase la fe jamás.» «Y yo brindo—replica el aludido—porque usted la tenga algún día».

Pero nuestro hombre no llega a tener fe. La expresión de desilusionado que raras veces le abandona, su bien gustada inhibición en los estimulantes afanes de la vida, tienen más elocuencia

que todas las confesiones, con ser éstas tan frecuentes y paladinas. Otro de sus interlocutores en esta novela—de escasa intriga, y de mucha conversación, por cierto—descubre también en Pío Cid la yerta tonalidad de su alma. «Yo he visto a usted siempre—le dice—rehuir las conversaciones en que podía manifestar su descreimiento, pero a pesar de su discreción, me parece ver en usted, al hombre de menos fe que existe en el mundo, y si, además de no tener fe, no tiene tampoco alegría de vivir, ni esperanzas, ni ilusiones ni ambición, su existencia será como la de ese árbol muerto...»

Nuestro héroe no quiere allanarse al dictamen y responde: «Los hombres luchan por ideas convencionales: el que no se guía por ellas, es tenido por desventurado, necio o loco. Pero bien podría suceder que el que vive sin ideas fijas, o dejándose llevar de impulsos contradictorios, tuviera dentro de sí un ideal muy alto y permanente.» Tomada nota, ha de formularse esta pregunta: ¿cuál podía ser ese ideal muy alto y permanente, entrañado por Pío Cid? Por de pronto, cabe contestar que ninguno de los seis trabajos emprendidos por él, denota la acción de un ideal, sino mejor una pesquisa de la fe. Quiere llenar Pío Cid con sus discontínuas empresas el inquietante vacío interior. Y es lo cierto que ninguno basta a calmar la sed. Y el alma, en consecuencia, desfallece. En el primer trabajo, al empeñarse en

habilitar para la vida del espíritu a un puñado de estudiantes, la aptitud *maieutica* de nuestro hombre, parteador de almas en su aspiración generosa, no conoce la victoria. Sus discípulos circunstanciales no piensan sino en conseguir un empleo y en casarse. Todavía pueden más que el maestro: le arrastran al famoso baile de máscaras de la Zarzuela. Y este episodio—nudo ya de toda la vida de Pío Cid—motiva el segundo trabajo: gobernar a unas amazonas, que son, a más de su *compañera*, la madre, la tía y las primas de ésta. Se desentiende—entonces más que nunca—de las normas sociales. «Deje usted fuera la sociedad—dice un día Pío Cid, con acento ibseniano.—Yo no le doy ninguna importancia, y tengo la costumbre de arreglar mi vida, no como la sociedad lo dispone, sino como yo quiero.» En el grupo familiar que improvisa, Pío Cid, a la manera primitiva, asume todos los poderes: es padre y único gestor de la Hacienda doméstica, es incluso sacerdote y médico, esto es, nigromante y curandero. ¡Cómo se jacta de serlo, engreído como está siempre de su papel superior! «Lo mismo sirvo yo—asegura—para un fregado que para un barrido. Es decir, que si me aprietan, soy capaz de componer un poema tan largo como *La Iliada*; pero esto no quita para que yo sepa preparar un agua para los ojos, o traducir libros de medicina, o hacer cuanto sea preciso para asegurar la manutención.» Bien se ve que a estas actividades sólo concede un valor instrumental. El bien que en

definitiva persigue es el amor: no «el amor brutal de la carne, que para amar algo tiene que declarar la guerra a todo lo demás, sino el amor que viene del corazón, y que lo ama todo, y aún falta realidad para satisfacerle.» Pero los anhelos de Pío Cid que tropiezan a cada aspiración con las chinchorrerías domésticas, con los celos, con la limitación de su hogar, no por libre más colmado de atractivos que el formado según la ley de Dios.

En el tercer trabajo, quiere formar un buen poeta, y el tal Gandaria le resulta un badulaque. Hechiza a una mujer, renuncia a su destino en Hacienda, y cede a la tentación de la política: aventura cuya crónica puntual hallamos en el capítulo correspondiente al cuarto trabajo. Pío Cid emprende muy mal pertrechado la reforma de España. Candidato a un acta, debía tener entonces lo que hasta aquel momento no le había sido tan indispensable: una serie de afirmaciones. Y ni las busca. Mientras no quiso pasar de alumbrador de conciencias, no necesitaba de veras un eje ideológico. Su pedagogía no era proselitista: se cifraba en descubrir la vibración personal de cada uno. Así le era dable decir: «Yo no he preguntado jamás a nadie las ideas que profesa, ni he intentado cambiárselas por otras, porque yo mismo carezco de ideas personales...» Mas no es este el mejor lenguaje de un propagandista político. Se aparece, por tanto, como muy probable el estupor de los electores de Aldamar

al oir declaraciones de este tipo, en labios de un candidato: «Yo no llevo ninguna idea política...» Pues ¿entonces...? Más que campaña electoral es la de Pío Cid una cruzada ética a través de la vega y de la sierra granadinas. «Corred libre y desembarazadamente—es uno de sus consejos—por el mundo, ganando el pan de cada día con vuestros trabajos.» Por cierto que la narración de este viaje está dotada de gustoso atractivo, tanto en el diálogo, como en las incidencias, y aún en las pinceladas descriptivas, sóbrias y punto menos que eludidas, como es ley de nuestro autor, pero oportunas, una vez decidido a abocetar el paisaje. Recuérdese, por ejemplo, la amanecida en el Veleta: «La vega que antes era un tranquilo Edén, ahora semejaba un lago de luz, en el que, como barcos en el mar, se columpiaban blancos pueblecillos, remontando ligeras columnas de humo...» Y no quiero omitir una recomendación a cuantos gusten estudiar la Geografía del castellano. El espolique que conduce por los vericuetos alpujarreños a nuestro Pío Cid, depara al filólogo los mejores documentos con que hasta ahora puede contar en relación con el habla de la Andalucía alta: asiento de formas dialectales que están por estudiar. Conste que Ganivet—lo digo a título de granadino, ya que no de técnico—registra con exactitud los giros y los vocablos que peculiarizan la sintaxis y el léxico del antiguo reino de Granada, así como también transcribe, con riguroso acierto, modali-

dades fonéticas, de indudable motivación morisca, a mi juicio.

Finada la aventura electoral, Pío Cid acude—y no es otro su quinto trabajo—a levantar una mujer caída. La acoge en su propia casa... Y la cabrita tira al monte. Las decepciones experimentadas le acrecen, lejos de mermarle, la convicción de que es su personalidad piedra de toque de toda la creación. En él está la razón del mundo y la justificación de la actividad. Pero no acabamos de percibir la naturaleza de su *yo*, como resorte. «Me muevo por dentro», había dicho (1). Y ahora: «¿Qué soy? Nada. ¿Qué apetezco? Nada. ¿Qué represento? Nada. ¿Qué poseo? Nada. Ahora estoy en camino de ser un verdadero hombre, puesto que si existe mi personalidad sin buscar apoyo fuera de sí, es porque dentro tiene su fuerza.» El *yo* de Ganivet,—tan Fin-de-siglo—es el *único* que diría Max Stirner. Pero la paradoja de este exaltado egotismo de Pío Cid es que sus conquistas se resuelven justamente en correlativas renuncias. Renuncia Pío Cid a cuanto puede. Renuncia su empleo, como antes digo, en holocausto a su libertad de movimientos y en servicio a un amigo, que sustituyéndole en la nómina se capacita para el matrimonio. Y renuncia al acta que está a punto de obtener, por resistirse a luchar con la conspiración de dificultades y vilezas que le sale al paso. Y hasta renuncia al amor que logra inspi-

(1) *Los trabajos.* Tomo II. Pág. 178.

rar—un caso más—a cierta duquesa de ardido temperamento, enferma incurable de voluptuosidades. Pero la pasión llega a tentar a Pío Cid en mal momento: «Yo no siento ya más amor que el espiritual, *y aún éste, con trabajo...*» Relacionemos estas palabras con las siguientes: «Me enamora, sobre todo, la vida del espíritu, y son tantos los obstáculos que la entorpecen, cuando se transige a vivir rodeado de la sociedad, que creo preferible no empeñar el combate, y volver desdeñosamente la espalda...» La fatiga de un hombre que se creía de acción—y de acción creadora—no puede llegar a más. Se rinde a las escarmentadas lecciones de Martina—madre ya de dos gemelos—y nuestro hombre se marcha a Barcelona, en busca de otros rumbos. En Barcelona, según el autor, le esperaban «nuevos y utilísimos, al par que famosos trabajos» hasta el número de doce, como los de Hércules. Pero esta segunda parte de la tragedia de Pío Cid, no dejó la muerte, con mano inexorable, que se escribiese. Tragedia, digo, y lo fué. «Mi tragedia—dice él mismo—no es en realidad una tragedia particular, sino la tragedia invariable de la vida». Un ejemplo, maravillosamente vivido, de lo que, años más tarde, ha llamado Unamuno «sentimiento trágico de la vida». El alma acuitada por el misterio de nuestro destino, busca la salida que mejor conviene a su temple personal. Unamuno define tres, y, en realidad, no puede haber más: la resignación para el que sabe que no se muere del todo;

la desesperación para el de creencias contrarias; una resignación desesperada, o una desesperación resignada para el que no sabe ni lo uno ni lo otro. La última actitud es la del escéptico: la de Ganivet. Equilibrio inestable el conquistado de este modo. La composición entre el ansia de conocer y la falta de fe, es, en principio y de hecho, imposible. Un momento de esta crisis dolorosa es el de la oración. Luego viene la caída en la desesperanza, sin remisión posible, o el ascenso a la fe definitiva. Fijémonos cómo alza Pío Cid su plegaria en el último desahogo lírico de sus *Trabajos*:

Mas yo quiero otro amor, un sólo amor,
un fuego abrasador
que derrita este hielo en que cautivo:
un brillante fulgor,
que disipe estas sombras en que vivo.
¡Oh, amor divino, ten de mí piedad,
muestra tu caridad
con el que en tierra se postró de hinojos;
rompe esta obscuridad,
haz que un rayo de luz abra mis ojos...!

¿Los hubiera abierto Pío Cid, al cabo? Saberlo habría sido la gran moralidad de esa segunda serie de trabajos que ha quedado por escribir. Conquistada la fe, que anhelosamente buscaba,

la cuestión dejaba de serlo. «Si hubiera tenido creencias—había dicho— sería fraile a estas horas.»

Fracasadas todas las experiencias, ¿qué hubiese hecho Pío Cid, con su vida, fardo sin explicación ni destino? No sabemos cómo habría liquidado su existencia Pío Cid, pero sí consta cómo remató la suya otra criatura ganivetiana: Juanico el Ciego. Sin luz en los ojos, ni calor en el corazón, este pobre hombre subió un día a la Alhambra, se asomó al incomparable miradero de la plaza de los Algibes, y después de lanzar al vacío su cayado, que sonó en el fondo del tajo con apagado golpe, se arrojó él mismo, con los brazos abiertos...

Mas no es indispensable descifrar esta analogía. El mismo Pío Cid, en sus días de conquistador, se hizo llamar *Arimi*, el de la muerte misteriosa. Y, tiempo adelante, en coloquio con los cofrades del Avellano, anunció que él revelaría la clave de ciertos pretendidos descubrimientos, en una tragedia que sería algo así como su testamento espiritual.

«—Hombre, le interrumpe uno de los que le escuchan. Me ha excitado usted la curiosidad de tal modo, que sin quererle a usted mal, vamos a desear que se muera usted pronto.

—Yo me moriré cuando quiera—dijo Pío Cid— y aún soy capaz de aligerar a morirme, para dar gusto a ustedes...»

Una licencia le permitió a Angel Ganivet pasar en Granada parte del verano de 1897. Aún no había nacido su *Pío Cid*, pero los escritos anteriores eran más que suficientes para hacerle merecer la entusiasta acogida de sus paisanos, quienes le obsequiaron con un banquete en la Alhambra. Ganivet debía de estar contento, y, sin embargo, aparecía colmado de tristeza. Y debía de sentirse complacido, en vista de la rapidez con que su nombre—sin otro coadyuvante que las excelencias de su obra—trascendía hasta los más apartados círculos literarios. *La Vanguardia*, de Barcelona, reproducía un fragmento de *Idearium español*. *Clarín* le dedicaba un *Palique*, y Cávia recibía con aplauso la aparición de *Granada la bella*. Navarro Ledesma, que ya había hablado de este libro en un semanario de Madrid—*Los Apuntes*—se constituía en vocero de la naciente fama, y de la íntima amistad hacía legítimo orgullo. Los granadinos, en fin,—ello era inexcusable—le aclamaban. Y nuestro hombre se ofrecía a todos muy poco expansivo, fatigado y entristecido como jamás lo estuviera. «¡Oh, sí!—escribió luego Navarro Ledesma—¡Muerto estaba ya entonces él!» «No andaba, ni hablaba, ni vivía como hombre, dice también. En la manera de responder, de fijarse, de marchar en una dirección, en la guisa y forma de reirse y de insinuarse, advertíase ya (esto, claro está, que lo notamos *a posteriori*) una completa disociación de su *yo* respecto del mundo entero y aún quizás res-

pecto de sus propias sensaciones» Nicolás María López, por su parte, halla la raíz de la perturbación, que muchos quizá comienzan a notar ya, en el «desconcierto de ideas» que él echa de ver en el *Idearium español*. Pero, en rigor, nada hay en este libro que denote anormalidad alguna, ya que no es sorprendente ni insólito que hombres muy equilibrados pierdan el tino en algunas opiniones, o jueguen sin acierto con éstas o aquéllas ideas. Como sospecho, además, que no sería tarea fácil para un alienista rastrear huellas de innania en *Los trabajos de Pío Cid*, fechados con posterioridad a la última temporada de Ganivet en Granada. Tengo para mí que hasta *El escultor de su alma* —anterior sólo en semanas al dramático fin de nuestro autor—no se encuentran síntomas de la locura que, al cabo, hubo de hacer explosión terrible. Que esos estigmas no se hagan notar en los libros de Ganivet, no quiere decir que dejasen de aparecer en el trato personal del infeliz enfermo. Valgan los testimonios de Navarro Ledesma y de Nicolás María López, ahora mismo aludidos, en abono de aquella presunción. Y... Pero no quiero anticipar el epílogo, ni debo adentrarme—con paso indocto—en el país vedado de la Psicopatología.

Próxima a terminar su licencia, Ganivet emprendió el regreso. Salió de España por vía catalana, no sin detenerse unos días en *Sitges*. Escribió para *El Defensor*, un artículo sobre el *Cau Ferrat*, que, meses más tarde, había de ilustrar su

jardín con la estatua alzada por Santiago Rusiñol, en homenaje al *Greco*. Y alguien ha contado que una noche, a la orilla del mar, vió al forastero, con una intempestiva chistera, hablando solo, y gesticulando con viveza (1).

La supresión del consulado español en Helsingfors, ocasionó el traslado a Riga de Angel Ganivet. Y desde Riga envió a Seco de Lucena el manuscrito de *El escultor de su alma*, seguramente la tragedia que anunció Pío Cid a sus cofrades del Avellano como la expresión de su última voluntad espiritual. ¿La tenía, pues, escrita desde los días en que compuso *Los trabajos*? Seco de Lucena cree que no, y su razonamiento no deja de convencer. «Se escribió después—opina—o por lo menos lo reformó—*El escultor de su alma*—el autor grandemente. Para ello me fundo en que Ganivet no era hombre que dilatase la publicación de sus obras, una vez escritas, y hasta Septiembre de 1898 no me habla en sus cartas particulares de *El escultor*; y por otra parte, encuentro el fundamento a mi creencia en que la referida producción parece de los últimos meses de su vida, pues ya se observan en ella ciertos rasgos de pesimismo tan acentuados, una tendencia al absoluto reposo como felicidad suprema, y un tan grande desprecio de todo lo terrenal, que no parece sino que quien tales pensamientos concebía y expre-

---

(1) Eugenio d'Ors. *Palique*. Artículo de *Nuevo Mundo*. 4 de Agosto de 1922.

saba, encontrábase ya casi desprendido de este mundo, y mirando de frente al eterno arcano.» A mi juicio, y salvando palabras, esta es la fija. La oscuridad en que se desenvuelve el pensamiento discontínuo del *Escultor*, no puede por menos de suscitar sospechas. Mucho más legítimas si no olvidamos que Ganivet, en sus momentos de inspiración como en los de desmayo, en sus aciertos como en sus yerros, es de una inalterable claridad de expresión. De manera, que lejos de alumbrar ahora, mediante formas plásticas, drama de conciencia alguno, más bien nos plantea un misterio de difícil clave. *El escultor de su alma* es pura tiniebla. Pedro Mártir, protagonista de este *drama místico*, abandona familia y hogar en busca de libertad, cuyo logro espera de un total desasimiento. Aspira a crearse de nuevo, a cincelarse un alma mejor: dirección del ánimo esencialmente mística. Pero—voy a usar palabras del señor Gómez de Baquero (1)—«el escultor es un místico que se queda a la mitad del camino. Ama a la libertad y a la emancipación, pero por sí mismas, sin otro fin superior.» En efecto: el estóico se atraviesa en el místico, y el arquetipo de perfección a que aspira, descompone sus líneas esenciales en un aire de vago teosofismo. Oscura y yerta la alegoría en que plasma sus escenas el drama, no puede cobrar vida de los personajes, porque éstos son unas abstracciones de calidad espectral.

(1) Véase *Bibliografía.*

El mandato simbólico que el autor les otorga, hace que se desplacen instantáneamente sus vísceras de seres posibles. Hasta aquí tenemos el primer tiempo—*deshumanización*—de una obra creativa pura. Pero al segundo—el definitivo—no llegamos. El simbolo no transfigura a los deshumanizados personajes, y éstos quedan en reminiscencia torpe de criaturas vivas. El lenguaje se hace delirio, y los movimientos, automáticos, y las pasiones, reflejos convencionales. Así como Pedro Mártir, el escultor, quiere significar *el hombre natural*, Cecilia, su amante, es *la mujer creyente*; Alma, hija de ambos, *la creación humana*, y Aurelio, el novio de Alma, *la vanidad del mundo*. Sin que nos sea dado vislumbrar el sentido, Alma se petrifica. ¿Quiere, por ventura, demostrase que toda obra del hombre se frustra, dada la natural—y forzosa—limitación que rige el mundo de la realidad sensible? Pero Alma, convertida ya en piedra, se le aparece a su padre, quien con traza de mendigo había vuelto a la casa que hubo de abandonar. Y el pobre cuanto dislocado artista cae de rodillas ante la imagen, y muere vertiendo su frenesí en un recitado que pudiere dar la clave de todo el proceso dramático... y que no la da:

Ser de mi alma creador,
crear un alma inmortal
en mi alma terrenal:

ser yo mi propio escultor
con el cincel del dolor;
sólo, sin Dios, esto fué
lo que en mis sueños soñé...
Y ahora que voy a morir,
despierto y veo surgir
la ecultura de mi fe.
Pero esta fe no está en mí,
y esta fe debe ser mía...
Es la fe que yo creía
cuando sin fe concebí
la estátua que vive en tí...
¡Tú eres mi alma creada!
¡Tú eres la estátua soñada!
Y aunque eres mi hija, te adoro,
y de rodillas te imploro
el favor de una mirada...

Suele asegurarse que Ganivet aspiraba con su *Escultor* a revivir las formas escénicas de los autos sacramentales. Y *autos* llama él a los tres actos de que consta el drama: auto de fe, auto de amor, auto de muerte... Si tal fué su aspiración, fuerza es reconocer que no la consigue. Los autos sacramentales eran una modalidad escénica rigurosamente asistida por lo popular. Los símbolos y las alegorías que llevaran al tablado nuestros autores clásicos, estaban dispuestos de tal modo, que el propósito—teológico o moral—se revestía de apariencias lo suficientemente diáfa-

nas, coloreadas y vivas, para que nada quedase inaccesible al entendimiento general.

Mejor podría asimilarse la condición estética de *El Escultor de su alma* a la naturaleza de obras poético-filosóficas, cual la alegoría inconclusa de Goethe, *Pandora*, sin que relación semejante pase más allá de lo puramente genérico. Al leer estas palabras que pronuncia el Prometeo goethiano: «Sea acción o pasión, sufrir es fuerza», no pude por menos de pensar: hé aquí un apotegma que Pedro Mártir erigiría en norte de sus inquietudes. Mas no es posible en modo alguno la identificación de estos dos caracteres, porque la criatura de Ganivet tanto tiene de Prometeo—el que vivía del esfuerzo vigoroso y constante,—como de su hermano Epimeteo, el que vivía de la imagen y había recogido en su corazón la amargura que vierte el Tiempo. No sería menos arbitrario el paralelismo que se intentase entre Pandora y Elpora, de un lado, y Cecilia y Alma, de otro. Aparte de que el pensamiento de *El Escultor* no es—salvo la representación distinta—sino el que venía informando toda la obra de Ganivet, a partir de su primer libro, y se personaliza en Pío Cid, hasta el punto de que la evasión y peregrinaciones de Pedro Mártir pueden ser consideradas como nuevos trabajos de aquél, reencarnado. Tal pensamiento no es otro, a lo que entreveo, que la decantación del espíritu por mano del propio sujeto. Pedro Mártir quiere labrar su alma, y perece en la tarea. Des-

enlace contrario al que Goethe bosquejó—henchido por un poderoso aliento vital—en relación con su *Pandora*.

Las diferencias fundamentales entre una y otra obra no quebrantan—antes confirman—mi aseveración de antes. La calidad del tema y la traza escénica justifican que podamos ver en *Pandora* una sugestión de *El Escultor*. Repito que Ganivet no logró por entero su pensamiento. Pero la intención le puso en camino de una alegoría filosófica según aquel modelo. Y bien mirado, no podía lograr su designio, desde el momento en que no se decidió a romper con las últimas ligaduras del realismo. Los personajes de *El Escultor*, localizados con excesiva precisión en el tiempo y en el espacio, no estaban conformados para asumir valor de representaciones míticas. Y este desnivel entre una fantasía que pone en juego la máquina de lo maravilloso, y una realidad harto tasada y circunscrita, entre los atavíos de figuras actuales y la perennidad de nociones abstractas, no supo Ganivet salvarlo en su drama, inconsecuente y disforme, mixto y no siempre bien acordado en sus varios elementos.

La única obra que Angel Ganivet escribió en verso es *El Escultor de su alma*, pero poesías no faltan, siquiera sea como ilustraciones ocasionales, en *Los Trabajos de Pío Cid*, aparte de las que entran en la colaboración de *El libro de Granada*,

algunas de las cuales se reproducen en el drama antes nombrado (1). De manera, que el haber poético de nuestro autor, sin ser muy cuantioso, no deja de ser considerable, no justificándose, pues, el silencio en que se suele tener la obra de tal caracter que realizara Ganivet, no incluído, ni aun citado, por colector de tan amplia mirada, como don Juan Valera, en su *Antología de poetas españoles del siglo XIX*. Cierto que Ganivet no representa el pimpollo de una especie nueva en el espeso y desigual boscaje de nuestra poesía ochocentista. Pero su inspiración se mece en alturas ni siquiera vislumbradas por poetas de mínima cuantía, que Valera, generoso hasta lo incomprensible, se complació en reseñar: vegetación que en la malhadada España de la Regencia hubiese ahogado todo brote saludable, de no hacer el modernismo, con mano resuelta, la poda, el injerto y la plantación que será siempre su título de honor ante la crítica de lo porvenir. Ga-

(1) Angel Ganivet escribió poesías en francés que apenas si conocemos. Véase nota B. al apéndice 2. «Donde aparece sin velos de ironía ni simbolismos —dice Nicolás María López, aludiendo al carácter poético de Ganivet—es en las poesías francesas. Muy lamentable es que se hayan perdido, pues nos revelarían un aspecto desconocido del alma de Ganivet. Con el título de *Pensées melancoliques et sauvages*, me envió unas cuantas, y por ellas y por otras que poseían otros amigos, me atrevo a decir que era un poeta lírico de fondo filosófico y con todos los refinamientos de la poesía moderna.» *Ganivet, íntimo*. Véase *Bibliografía*.

nivet no es precisamente un poeta—tal pienso—con el que haya necesidad de contar para establecer los antecedentes de la lírica contemporánea. El caso *verbi gratia*, de Salvador Rueda, no es el suyo. Poeta en nada distinto a cuantos gozaban en su tiempo del favor general, ceñido, sin lucha, al imperio de metros, ritmos y lenguaje de uso común, es, cuando menos, un poeta interesante. La vena lírica de Ganivet es más o menos rica, pero fluye de muy profunda entraña, y el acento patético de algunas de sus composiciones le denuncia — y esto le salva — como arrastrado por la corriente de mayor legitimidad estética que a la sazón circulaba por nuestro Parnaso: la que reconocía en Bécquer, si no precisamente la fuente, una aportación decisiva, desde luego. Las otras corrientes—ya lo sospechará el lector—se peculiarizan bajo los nombres de Campoamor y de Núñez de Arce. Bríndanos éste, buenos versos, construídos a conciencia. Ofrécenos aquél útiles verdades para andar por el mundo. Pero la Poesía es entidad que no siempre cuaja en el verso, por bien labrado que esté—forma contingente, al fin—ni en todo instante gusta de la enseñanza moral—¡Y qué recelosa, anti-poética, en Campoamor!—Al paso que en Bécquer, Eulogio Florentino Sanz, Augusto Ferrán, la Poesía acusa su presencia inequívoca, comunicando cierta unidad a una constelación lírica bien caracterizada en nuestro cielo, sobre todo si se la relaciona con la luna de

Enrique Heine. Es su faz entristecida, en un solo gesto de melancólica amargura, la que mira a España, y la que influye en la obra de aquellos poetas, anteriores a nuestro Gánivet, cuya voz suena así, en el mil ochocientos noventa y tantos, con una melodía de rezagado romanticismo. La filiación queda comprobada, a mi juicio, mediante la balada del «cazador que va al bosque de los cuervos», y algunas composiciones breves que de ser calificadas, lo habrían de ser como *rimas*, que indudablemente son. Por ejemplo:

Jugando con la trenza de su cabello negro,
mi amada me pregunta con acento meloso:
—¿Qué pájaro de todos te parece más bello?
Yo la miro y respondo:
—Estoy criando un cuervo,
que me saque los ojos.

No es esta la nota que de un modo indefectible hallamos en el canto poético de nuestro autor. El conceptismo de idea que se sirve del metro octosílabo en gran parte de *El Escultor*, nos hace pensar en don Pedro Calderón. Y hasta creo que esta sombra no debió de andar muy lejos de Ganivet al escribir su drama místico. Así como el gusto bien acusado, por combinación de tan clásico abolengo como la lira, nos lleva a recordar a Fray Luis y a San Juan de la Cruz, no ya

por simples razones de intención mística, sino aun de letra y pensamiento:

...cuando mi pobre alma, acongojada,
esté presa, anegada,
de tus miradas en la mar obscura,
dormiré sosegada
soñando y murmurando mi ventura.

Mas la estrofa siguiente perfila del todo la impresión de que no es precisamente el amor divino llama que en ese justo instante prenda el pecho del poeta:

Luego, juntas tu boca con la mía,
oirás la melodía
de una canción que suave y vaga suena,
suspirada poesía
que mis ojos, de llanto de amor llena.

La Erótica suplanta aquí a la Mística, y este sentido vehemente del amor como angustia y no como placer, le aproxima de nuevo al grupo del romanticismo elegíaco a la manera de Bécquer, sin que falte, a mayor abundamiento, el tributo a lo popular, representado por Ferrán y significado en Ganivet por dos coplas, de inmejorable aire,

que engarza en su poesía *Un bautizo*, muestras, según pienso, del extremo límite a que puede llevarse una escena de costumbres como tema poético. El camino es peligrosísimo, pero Ganivet lo recorre con garbo que se logra del todo al utilizar el romance, y sobre todo, al condensar emociones muy asequibles y elementales en las dos coplas a que antes aludo. Una:

Tengo una pena muy grande
escondida en mis entrañas
porque me ha dicho un *divé*
que me han de enterrar con palma.

Y otra:

Yo me llevé un ruiseñor
lejos, muy lejos, de España
y a cantar de mí aprendió:
—Quiero vivir en Granada.

El diálogo en verso libre entre *La sombra y el enamorado* me insinúa lo que Ganivet hubiese llegado a realizar, de conseguir libertarse de la enorme traba que, sin duda, es la rima. Y acaso este escape del verso libre le hubiese conducido a mayores manumisiones de forma, porque no hay que olvidar puntos de vista expuestos por Pío Cid en ocasión de disertar sobre temas de técnica poética. Quiero que el lector siga al teorizante, como acaba de escuchar—incompleta-

mente—al poeta en ejercicio. Se explicaba así Pío Cid: «Los que creen que el verso ha de tener un número fijo de sílabas y cierto orden de colocación del acento, aparte de las consonancias y asonancias, son como los partidarios de la música vieja, que no comprenden más que las melodías de organillo y no toleran que en una ópera se pueda hablar musical y humanamente a la vez, sino que desean, que los cantantes, como muñecos, vayan saliendo por turno a lucir sus habilidades. Los que en una composición buscan la armonía, verso por verso, se contentan con muy poco; que busquen la armonía íntima de la obra que es superior a la del detalle, y que piensen que el oído también progresa y no debe ceñirse eternamente a la cadencia de la métrica antigua (1).

La Preceptiva del verso que así se bosqueja no fué obedecida por Ganivet al componer sus poesías, pero marca una actitud estética interesante, que, al cabo, habría informado obras que el tiempo no dejó escribir. Y en todo caso, viene a enriquecer con una arista más el pensamiento de Ganivet, cuyas varias facetas se resuelven en el vértice de una fe, nunca desmentida: la fuerza creatriz del espíritu, señoreando el mundo de las normas.

---

(1) *Los Trabajos de Pío Cid.* Tomo II. Pág. 167.

XII

HOMBRE ACABADO

Angel Ganivet llegó a Riga en Agosto de 1898. A los tres meses se suicidó. ¿Qné ocurre entre medias? Su vida desazonada—ya la vimos, presa de inquietud física y moral, en Amberes y en Helsingfors— debió de exacerbarse en tal grado, que, el barón von Brück, cónsul de Alemania en cuya casa se instala Ganivet, a título de amigo muy querido, se cree en el caso de llevarle a un médico. Había observado von Brück en Ganivet una agitación más que sospechosa. Lo ha contado luego a un periodista español (1), en conversa-

(1) Enrique Domínguez Rodiño. Destaco de sus artículos (Véase *Bibliografía*), para darla a continuación, el acta de fallecimiento que, según versión del ruso, que se inserta, es del siguiente tenor: «Número 701 del registro de óbitos correspondiente al año 1898. En el año de mil ochocientos noventa y ocho, el 17 de Noviembre, falleció en Riga, ahogado, en estado irresponsable, Angel Ganivet y García, hijo de... (faltan los nombres). Realizó el entierro el cura vicario Tabeuski, en el cementerio católico de San Miguel el 21 de Noviembre. Causa de la muerte: ahogado en estado irresponsable. Lugar de nacimiento del difunto (no se nombra). Na-

ción que aclara mucho éste último período de la vida de Ganivet. Nuestro hombre comía poco, dormía menos, descuidaba sus trabajos. No se acostaba sin dar antes por la habitación insistentes paseos ... El diagnóstico del médico—cierto doctor von Haken—que reconoció a Ganivet fué rápido y terminante: parálisis progresiva y manía persecutoria. El tratamiento exigía una inmediata reclusión. Mas no podía lograrse el ingreso en el Manicomio sin una tramitación que la distancia respecto al Ministerio de Estado, con obligadas escalas en la Embajada de San Petersburgo, haría lentísima. Pero era forzoso iniciarla enseguida, y avivarla como fuese. Mientras tanto, una estrecha vigilancia. «No recuerdo bien—dijo el médico al escritor español—si se llegó a efectuar ninguna diligencia, aunque creo que sí. De todos modos, ya fué tarde...»

Sepa el lector antes de seguir adelante, que Angel Ganivet continuó carteándose con familiares y amigos; escribió *El escultor de su alma*, planeó otros trabajos, y envió al Ministerio de Estado una Memoria sobre los «Nuevos horizontes comerciales de España y Rusia» (1), redactada con la premura y descuido—bien se ve—de los trabajos oficiales, pero con lucidez de ideas y

---

cionalidad: cónsul español, súbdito español. Edad: treinta años. El difunto deja: su esposa, María Amalia Roldán, y un hijo, Angel.»

(1) Incluída en *Angel Ganivet, universitario y cónsul*, por Modesto Pérez.

lógica concatenación de palabras. En alguna de sus conversaciones, anunció Ganivet la próxima llegada a Riga de la mujer a quien él consideró siempre como su esposa, y que no era sino la ya conocida *Martina* de los *Trabajos de Pío Cid.* Como éste en aquella, Ganivet hubo en Amalia Roldán dos hijos: un niño y una niña. La niña murió lejos de su padre, en un pueblo inmediato a París. Y tal fué el dolor de Ganivet que, incrédulo de su desgracia, hizo desenterrar el cadáver y que le fuese practicada la autopsia, según se cuenta. De aquel día en adelante, nuestro hombre resolvió no comer sino vegetales. El niño creció y se educó junto a su madre, sólo a temporadas reunida bajo el mismo techo con su amante. La discontínua vida de hogar se hizo imposible el día en que amigos oficiosos hicieron a Ganivet determinadas revelaciones. La necesidad de una ruptura definitiva se le impuso como cosa indeclinable. Y rompió. Pero la herida en su corazón era, por lo visto, muy profunda, puesto que en los delirios de Riga, el nombre de Amalia aparecía como motivo obsesionante. Intimos de Ganivet aseguran que en tales circunstancias, Amalia le escribió a él en demanda de reconciliación, a cuyo fin ella tenía decidido el viaje hasta Riga. Parece que Ganivet, temeroso de perdonar, la hizo saber que, antes de verla, se quitaría la vida. Lo cierto es que en la tarde del 29 de Noviembre—o el 17, si nos atenemos al calendario ruso—, Amalia Roldán y el pequeño Angel Tadeo Ganivet, llegaron a Riga

y se dirigieron al consulado: meta de caminata tan larga. Pero no pudieron enfrentarse con el desgraciado sujeto de nuestro estudio: Angel Ganivet García se acababa de arrojar al Dwina, al hacer la travesía cotidiana. Ello ocurrió así: algunos pasajeros de los que iban con él en el vaporcito que realizaba el servicio, se lanzaron al agua tras el cónsul, para sustraerlo de una muerte segura: empresa inútil, porque si el suicida fué reintegrado con vida al barco, no tardó más que unos segundos en desasirse de sus salvadores, para entregar de nuevo a la frígida corriente del Dwina el despojo de su cuerpo. Y esta vez, la inmersión fué eficaz.

Relacione el lector como guste estos tres elementos: manía persecutoria, desengaño amoroso y falta de toda creencia positiva. La razón del desenlace está en ese dramático consorcio de motivos, prevaleciese el que fuere. Desenlace dramático que no pudo sorprender por entero, dadas las alusiones al suicidio que en más de un momento he podido subrayar, a lo largo de una obra, bien poco serena, en punto alguno nutrida por la alegría ni por el deber de vivir. Y para eliminar toda sospecha de arrebato, cuéntase con el hecho cierto de que dos días antes de buscar la muerte, Angel Ganivet entregó a su amigo von Brück un pliego para Navarro Ledesma que, según manifestación de éste, es un verdadero testamento espiritual, encabezado así: «Por si esta declaración fuese necesaria, hago aquí resumen de mis ideas

y de mis deberes.» No he podido conocer su texto, ni creo que lo conozca hoy persona distinta a don José de Cubas, que lo guarda como legado inapreciable. Pero la única cláusula—la séptima—que Navarro Ledesma consintió en publicar, basta para hacernos saber que en el extravío de alma tan escogida cual la de Angel Ganivet, no se perdió esa supervivencia cristiana que todo hombre, para honor de la especie, lleva en el fondo de su corazón. Es breve y conmovedora la cláusula a que aludo: «No recuerdo haber hecho mal a nadie, ni siquiera en pensamiento; si hubiera hecho algún mal, pido perdón.»

APÉNDICES

1.—TABLA CRONOLOGICA

1865.—13 de Diciembre: Nace Angel Ganivet en Granada
17 de Diciembre: Bautizo en la parroquia de Nuestra Señora de las Angustias.

1875.— 4 de Septiembre: Fallecimiento en Dúdar, de don Francisco Ganivet Morcillo.

1880.—22 de Junio: Exámen de ingreso en el Instituto provincial de Granada.

1885.—15 de Junio: Ejercicios de reválida en el Bachillerato.

1888.—25 de Junio: Ejercicios para la licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras. (Universidad de Granada).

1889.—20 de Mayo: Ingreso en el cuerpo de Archiveros con la categoría de ayudante de tercer grado y destino en la Biblioteca Agrícola del Ministerio de Fomento.

1889.—28 de Octubre: Lectura de la Tesis doctoral en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

1892.—24 de Junio: Ejercicios para la licenciatura en la Facultad de Derecho (Universidad de Granada).

1892.—30 de Junio: Ingreso en la carrera consular, con nombramiento de Vicecónsul en Amberes.

15 de Julio: Excedencia en el cuerpo de Archiveros.

1895.—17 de Agosto: Fallecimiento en Granada de doña Angeles García Siles.

21 de Diciembre: Ascenso a cónsul de segunda clase con destino a Helsingfors.

1898.—27 de Junio: Traslado al consulado de Riga.

1 de Agosto: Posesión en dicho cargo.

29 de Noviembre: Muerte en Riga.

2.—OBRAS Y EDICIONES

I *Granada la bella.*

1. Helsingfors.—Imprenta de J. C. Franckell e Hijos. 1896. Edición privada.
2. Granada.—Imprenta de «El Defensor de Granada». 1904.
3. Madrid.—Angel T. de Ganivet, editor. Librería general de Victoriano Suárez. 1905.
4. Granada.—Imprenta de «El Defensor de Granada». 1913.

II *Idearium español.*

1. Granada.—Tipografía Litografía de Viuda e Hijos de P. V. Sabatel. 1897.
2. Madrid.—Angel T. de Ganivet, editor. Librería general de Victoriano Suárez. 1905.
3. Granada.—Imprenta de «El Defensor de Granada.» 1906.

   Algunos fragmentos se hallan traducidos por M. Boris de Tannenberg y publicados en «Renaissance latine». Agosto 1904 y Enero 1905.

El señor Albert Haas ha traducido recientemente este mismo libro al alemán con el título *Spaniens Weltauschaunug und Weltsfellung*. Jorge Müller. München. A propósito de esta publicación, el doctor Rörig ha publicado una nota en la *Kölnische Zeitung*.—18 de Enero de 1922.

III *La conquista del reino de Maya, por el último conquistador español Pío Cid.*

1. Madrid.—Sucesores de Rivadeneira. 1897.
2. Madrid.—Librería general de Victoriano Suárez. 1911.

   Publicada por entregas en la revista *Cosmos*, de México, a partir del número correspondiente a Diciembre de 1921.

IV *Cartas finlandesas*

1. Granada.—Viuda e Hijos de P. V. Satel. 1898.
2. Madrid.—Angel T. de Ganivet, editor. Librería general de Victoriano Suárez. 1905.
3. Granada.—Imprenta de «El Defensor de Granada». 1913.

V *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid.* (Dos tomos).

1. Madrid.—Sucesores de Rivadeneira. 1898.
2. Madrid.—Sucesores de Rivadeneira. 1911.

Publicada en extracto por *La Novela corta.* Madrid, 23 de Noviembre de 1918.

VI *Libro de Granada.* Texto de Angel Ganivet, Gabriel Ruíz de Almodóvar, Matías Méndez Vellido y Nicolás María López.—Ilustraciones de Adolfo Lozano, Isidoro Marín, José Ruíz de Almodóvar y Rafael Latorre.

1.—Granada.—Viuda e Hijos de P. V. Sabatel. 1899.

Uno de los trabajos de Ganivet en este tomo, «La derrota de los greñudos», ha sido publicada en edición aparte, por *La Novela andaluza.* Granada. Núm. 1.—Año 1921.

VII *El escultor de su alma.*

1. Granada.—Imprenta de *El Defensor de Granada.* 1904.

Representado por primera vez en el teatro de Isabel la Católica, de Granada, el 1 de Marzo de 1899 (compa-

ñía de Francisco Fuentes), y vuelto a representar en el de la Ciudad Lineal, de Madrid, el 30 de Mayo de 1908. Teatro de Arte, dirigido por «Alejandro Miquis».

VIII *Epistolario.*

1. Madrid.—Leonardo Williams, editor. 1904.
2. Madrid.—Librería general de Victoriano Suárez. 1919.

Algunas de esta cartas, dirigidas, como todas las que componen el volúmen, a don F. Navaro Ledesma, aparecieron con anterioridad, en la revista *Helios*. Madrid, 1903-4. Igualmente vieron la luz en esta revista otras cartas que luego no fueron incluídas en el tomo: las fechadas en 30 de Marzo de 1894 (tomo I, pág. 259), 31 de Agosto de 1891 (tomo II, página 35), 23 de Junio de 1894 y 24 de Abril de 1896 (tomo II, pág. 257), 9 de Septiembre de 1891 y 25 de Abril de 1896 (tomo II, pág. 544), 7 de Febrero de 1894 y 19 de Diciembre de 1891 (tomo III, pág. 160) y 22 de Julio de 1893 (tomo III, pág. 385).

La Revue Hispanique, núm. 118, ha reproducido dos cartas de Angel

Ganivet, dirigidas a Nicolás María López. El mismo señor López ha transcrito otras en una conferencia leída en el Centro Artístico de Granada. (Véase *Bibliografía*).

En el libro de don Antonio J. Afán de Ribera, *Entre Beiro y Dauro*. Granada. Viuda e Hijos de P. V. Sabatel, 1898, se inserta una carta que le fué escrita al autor, por Angel Ganivet, desde Helsingfors, en 4 de Abril de 1896. Fragmentos de otra correspondencia se hallan en el art. del señor Almagro San Martín, titulado «La cofradía del Avellano» (Véase *Bibliografía*). Otra carta de Ganivet publicada, es una dirigida a don Francisco Seco de Lucena, y fechada en Riga, el 19 de Octubre de 1898. (Véase «La Alhambra», 1899, núm. 46).

IX *Hombres del Norte. El porvenir de España.*

1. Madrid.—Angel T. de Ganivet, Librería general de Victoriano Suárez.—1905.

La segunda parte de este libro ha sido editada más tarde en un tomo, igualmente titulado *El porvenir de España*. (Madrid. Renacimiento. 1912) aumentado con cuatro cartas de nues-

tro autor, antes no recogidas, y las que el señor Unamuno cruzó con Angel Ganivet.

NOTA

A Los artículos sueltos que publicó Ganivet en *El Defensor de Granada*, alguno de sus trabajos universitarios y una Memoria que por imperativo de su cargo consular hubo de elevar al Ministerio de Estado, con fecha 4 de Octubre de 1898, han sido recogidos por don Modesto Pérez (Véase *Bibliografía*).

B Un fragmento de novela, titulado *Academia de los nocturnos. Tertulia* y una poesía en francés, fueron publicadas en el *Boletín del Centro Artístico de Granada*. Junio de 1915.

3.—BIBLIOGRAFÍA

Gran parte de las notas bibliográficas que aquí pudieran reunirse por guardar alguna relación con Angel Ganivet y su obra, derivarían de la consulta a periódicos y a revistas. La dificultad de apurar esta pesquisas es notoria. Y adviértase que en las más de las ocasiones, el hallazgo logrado no bastaría a compensar el derroche de tiempo y el enfado de la investigación. Aparte de que no se hallan fácilmente a mano las colecciones que hubiéramos de menester. Este último obstáculo es realmente insuperable, al referirlo a las publicaciones de América. Faltarán, pues, en este repertorio bibliográfico, las referencias de origen americano. Con todo, creo que he aportado no pequeña parte de cuanto se ha escrito en hojas periódicas sobre nuestro autor. He prescindido de indicar aquellos artículos en que las alusiones no pasan de ser incidentales. Incluirlos a todos sería prolongar sin gran ventaja esta enumeración. Los que, sin embargo, merezcan la pena, por razones especiales, registrados quedan en el cuerpo de la presente obra.

En cuanto a libros, creo que no deben de ser muchos los que hayan pasado para mí inadvertidos. No he vacilado en incluir, junto a las mono-

grafías y trabajos especiales, distintos tratados de historia literaria o ensayos de crítica de índole general, en atención a los datos o juicios, que, sin duda, contienen, y, sobre todo, por que ofrecen el interés de presentar a Angel Ganivet como valor, en relación de una época, una tendencia o una serie de escritores.

A., R. Notas críticas: *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, por Angel Ganivet. Artículo publicado en la *Revista crítica de Historia y Literatura*. Oviedo. 1898, páginas 442-44.

Acuña, José G.—«Larra y Ganivet». Artículo publicado en *Nuestro tiempo*. Madrid. 1908. IV. (Páginas 207-236).

Almagro San Martín, Melchor.—«El Idearium español». Artículo publicado en «El Defensor de Granada» el día 17 de Febrero de 1898.

«La cofradía del Avellano». Artículo publicado en «Los lunes del Imparcial» el día 3 de Septiembre de 1917.

Altamira, Rafael.—«Ganivet». Artículo publicado en «Revista popular». Barcelona. 1898.

«La literatura durante la Regencia». Artículo publicado en «Nuestro tiempo». 1902. Tomo II; págs. 19-32.

«Psicología del pueblo español». Editorial Minerva.

Anónimos.—«Actualidades». Artículo publicado en «Blanco y Negro» el 5 de Diciembre de Diciembre de 1903.

«Angel Ganivet. Epistolario». Artículo publicado en «Helios». Madrid. 1903, página 258.

«Angel Ganivet».—Artículo publicado en «La Voz». Madrid. 22 de Enero de 1921.

«Angel Ganivet».—Artículo publicado en «Nuevo Mundo» el 3 de Diciembre de 1903.

«Ganivet y Granada».—Artículo publicado en «Faro». Madrid 18 de Diciembre de 1908.

«Homenajes».—Artículo publicado en «Alma española». Madrid 6 de Diciembre de 1903.

Arco, Angel del.—«Tres ingenios granadinos». Artículo publicado en «La Alhambra». Granada 30 de Junio y 15 de Julio de 1917.

Azorín.— Véase Navarro Ledesma.

Barga, Corpus.—«Index de la littérature espagnole contemporaine en prose».

Artículo publicado en «Le disque vert». París. Février. Mars. Avril. 1923.

Bello, Luis.—«Los restos de Ganivet». Artículo publicado en «Faro». 29 de Noviembre de 1908.

Bonilla San Martín, Adolfo.—«Angel Ganivet». Artículo publicado en «Revue hispanique». Tomo LVI. Núm. 130. Págs. 530-540.

Calomarde, Juan José.—«Angel Ganivet». Artículos publicados en «El Defensor de Granada» los días 7, 18 y 30 de Julio; 7 de Agosto, 1.°, 8 y 19 de Septiembre; 25 de Octubre, 10 y 21 de Noviembre de 1912; 24 de Enero y 18 de Febrero de 1913.

Cansinos Assens, Rafael.—«La nueva litera-

tura». (1898-1900-1916). Primer volúmen. Madrid.

Cardenio.—«En torno a Ganivet». Artículo publicado en «La pluma». Madrid. Febrero de 1921.

Castro, Cristóbal de.—«Angel Ganivet». Semblanza publicada en «La Novela Corta». Madrid 23 de Noviembre de 1918.

«Un precursor. El monumento a Ganivet». Artículo publicado en «Nuevo Mundo» el 15 de Febrero de 1918.

«Prólogo» de «Ganivet».— Véase *García Mercadal.*

Cejador y Frauca, Julio.—«Historia de la lengua y la literatura castellana». Madrid. 1919. Tomo XI. Págs. 109-112.

Colombine.—«Españoles de antaño. Angel Ganivet». Artículo publicado en «Heraldo de Madrid». 28 de Enero de 1921.

Darío, Rubén.—«España contemporánea». París 1901. Capítulo titulado «La joven literatura».

Díaz-Martín de Cabrera, José.—«Angel Ganivet. Datos biográficos y genealógicos». Prólogo de don Constantino Ruíz Carnero.—Granada, 1920.

Di-Mar, Pp.—«Ganivet. Notas y recuerdos. Partida bautismal y familia. Ganivet estudiante. Inmortal.» Art. pub. en «El Defensor de Granada.» 29 de Diciembre de 1911.

Domínguez Rodiño, Enrique—«En los Um-

brales de Rusia.» Arts. pubs. en «El Imparcial», Comprende la serie siguiente: «Historia de un viaje que no se ha llegado a realizar»: 9 de Diciembre de 1920.—«La tragedia de Ganivet», 14 de Enero de 1921. «Cómo murió Ganivet», 21 de Enero de 1921, y «La tumba de Ganivet»: 23 de Enero de 1921.

Fitzmaurice-Kelly, Jaime. «Historia de la Literatura española». Madrid. MCMXIV. Página 537.

Francés, José.—«Epistolario», «de Angel Ganivet». Artículo publicado en «La Lectura». Madrid. 1904. Tomo LII. Página 448.

Gago Palomo, Rafael.—«Angel Ganivet». Artículo publicado en «La Alhambra». 30 de Noviembre de 1900.

«La esfinge granadina». Artículos publicados en «La Alhambra» del 30 de Octubre al 15 de Diciembre de 1907.

«Prólogo a Granada la bella». Granada 1904.

Gallego y Burín, Antonio.—«Ganivet». Granada 1921.

García Mercadal, José.—«Ideario español. Ganivet». Recopilación. Madrid. Biblioteca Nueva.

García Miranda, Manuel.—Conferencias pronunciadas sobre Angel Ganivet en el Ateneo de Madrid los días 19 y 21 de Enero de 1921. No publicadas. Los diarios «El Sol» y «La Voz» insertaron algunos fragmentos al reseñar el acto.

Gil, Rodolfo.—«Crónica de Granada». Ar-

tículo publicado en «Nuestro tiempo». Madrid. Febrero de 1901.

«La fuente del Avellano». Artículo publicado en «El Defensor de Granada». 24 de Marzo de 1898.

Gómez Carrillo, E.—«Une étude de Navarro Ledesma sur Ganivet» Artículo publicado en «Mercure de France». Tome cinquante-deuxième. (1904) página 823.

Gómez de Baquero, E.—«El *Epistolario* de Ganivet». Artículo publicado en «La España Moderna». Madrid. Agosto. 1904.

«*El escultor de su alma*, de Angel Ganivet». Artículo publicado en «La España Moderna». Septiembre de 1904.

«El Renacimiento de la novela en el siglo XIX». Madrid. MCMXXIV. Editorial Mundo Latino.

González Blanco, Andrés.—«Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días». Madrid. 1909. Página 701.

González Blanco, Edmundo.—«La resurrección de Ganivet». Artículo publicado en «Nuevo Mundo». 12 de Abril de 1921.

González Blanco, Pedro.—«Navarro Ledesma y Ganivet». Artículo publicado en «La Lectura». 1905. Tomo III.

«La vida literaria. Angel Ganivet. *Epistolario*.» Artículo publicado en «Nuestro Tiempo». 1904. Tomo II.

González Palencia, Angel.—Véase *Hurtado*.

González Ruíz, Nicolás.—«Ganivet». Artículo publicado en «Bulletin of Spanish Studies». Madrid. 1924.

Gómez de la Serna, Ramón.—«Variaciones. Ganivet». Artículos publicados en «La Tribuna». 31 de Enero y 2 de Febrero de 1921.

Havellock Ellis.—«The soul of Spain. London. 1908.

Holman, Adolf.—«En Spansk Kämare of Norden. Angel Ganivet y García.» Artículo publicado en «Nordisk Tidskrift». Páginas 379-93.

Hurtado y G. de la Serna, Juan, y González Palencia. Angel.—«Historia de la Literatura Española». Madrid. 1922. Páginas 1044-5.

Larvaud, Valery.—Prefacio a *Echantillons*, por Ramón Gómez de la Serna. París. 1922.

«Rouge. Jaune. Rouge».—Artículo publicado en «Intentions». Avril-Mai, 1924.

Legendre, Maurice.—«El Cristianismo Español según Angel Ganivet.» Artículo publicado en «La España Moderna». Mayo y Junio de 1909.

«Portrait de l' Espagne». Editions de «la Revue des Jeunes». París.

López Ballesteros, Luis.—«Fuerzas y reservas originales de España». Artículos publicados en «A B C» los días 6 y 25 de Julio, 9, 10, 11, 16, 24 y 25 de Agosto, y 5 de Octubre de 1917.

López, Nicolás María.—«Angel Ganivet». Artículo publicado en «Madrid Cómico». 10 de Diciembre de 1898.

«Angel Ganivet». Artículo publicado en «La Alhambra». 30 de Noviembre de 1898.

«Ganivet, íntimo». Conferencia leída en el Centro Artístico de Granada, el 4 de Enero de 1915. Incluída en el libro del señor Díaz Martín y en el de don Modesto Pérez. «Ganivet universitario y cónsul».

«Ganivet y sus obras». Prólogo a «Cartas Finlandesas». Granada, 1899.

Méndez Vellido, Matías.—«Angel Ganivet». Artículo publicado en «Granada, Corpus», 1899. Publicación de la casa Viuda e Hijos de Paulino Ventura Sabatel.

Mérimée, E.—«Precis d'histoire de la Littérature espagnole». Paris, 1908. Páginas 484-5.

Navarro Ledesma.—Francisco; Unamuno, Miguel de; «Azorín», y Salamero, C. Román. «Angel Ganivet». Valencia 1905. El trabajo del señor Navarro Ledesma se halla reproducido en las ediciones del *Epistolario* de Angel Ganivet.

«Resumen de Historia Literaria». Cuarta edición. Madrid, 1294 Páginas 390-1.

Ossorio y Bernard.—«Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX». Madrid. 1903. Página 152.

Palacios, Leopoldo.—«Notas críticas. *La conquista del Reino de Maya. Idearium español* Artículo publicado en «Revista crítica de historia y Literatura». Oviedo· Tomo III. Páginas 274-80.

Parlow, Hans.—«Tratado de la literatura española». Artículo publicado en «Revista Nueva». Madrid. 1899.

Pérez, Modesto.—«Angel Ganivet, poeta y periodista». Madrid. 1918.

«Angel Ganivet, universitario y cónsul». Madrid. 1920.

Romeo, Leopoldo.—«Angel Ganivet. Ni antipático ni repulsivo». Artículo publicado en «La Correspondencia de España», 16 de Febrero de 1921.

Rouanet, Leo.—«Angel Ganivet». Artículo publicado en «Revue Hispanique». 1898. T. V. Páginas 483-95.

Salamero, C. Román.—Véase Navarro Ledesma.

«El Epistolario de Ganivet».—Artículo publicado en «Mundo Gráfico», 12 de Julio de 1919.

«Ganivet en Finlandia». Artículos publicados en «El Imparcial», 15 y 23 de Octubre de 1917.

Salcedo Ruíz, Angel.—«La literatura española». Madrid. MCMXVII. Tomo IV. Páginas 610-1.

«Historia de España». Madrid. Página 853.

Saldaña,, Quintiliano.—«Angel Ganivet». Artículo publicado en «Estudio». Barcelona. Abril 1920.

«Angel Ganivet».—Artículo publicado en «La Esfera». Madrid, 17 de Julio de 1921.

Santa Cruz, Pascual.—«La muerte voluntaria». Artículo publicado en «Nuestro Tiempo». 1907. Tomo IV.

Segovia, Alberto de.—«Ganivet». Artículo publicado en «La Acción». 10 de Septiembre de 1918.

Seco de Lucena, Francisco.—«Algo acerca de Ganivet». Prólogo de *El escultor de su alma*. Granada. 1906.

«Angel Ganivet».—Artículo publicado en «La Alhambra». 30 de Noviembre de 1899.

Serrano Sanz, Manuel.—«Revista de Archivos». 1904. Números 8 y 9.

Soriano, Rodrigo.—«El misterioso granadino». Artículo publicado en «El Imparcial». 5 de Diciembre de 1898.

«Un precursor».—Artículo publicado en «El Día». Madrid. 6 de Julio de 1917.

Unamuno, Miguel de.—Véase Navarro Ledesma.

«Aclaraciones previas». «El porvenir de España». Madrid. 1912.

«Notas bibliográficas sobre *Vivos, tilingos y locos lindos*, por Francisco Grandmontagne. Buenos Aires. 1901». Artículo publicado en «La Lectura». 1902. Tomo I.

Valentí Camps, Santiago.—«Ideólogos, teorizantes y videntes». Barcelona. Páginas 153-70.

Valenzuela La Rosa, J.—«La Estética de Ganivet». Artículo publicado en «Revista de Aragón». Año VI. 1905.

Vidal, Fabián.—«Los que fueron y son: Angel Ganivet.» Artículo publicado en «La Vanguardia». Barcelona, 8 de Febrero de 1921.

Vincent, Ephrem.—«Angel Ganivet. *Cartas finlandesas*». Artículo publicado en «Mercure de France». Tome XXIX. 1899. Página 834-35.

«Angel Ganivet. *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*». Artículo publicado en «Mercure de France». Tome XXIX. 1899. Páginas 271-2.

POST-SCRIPTUM

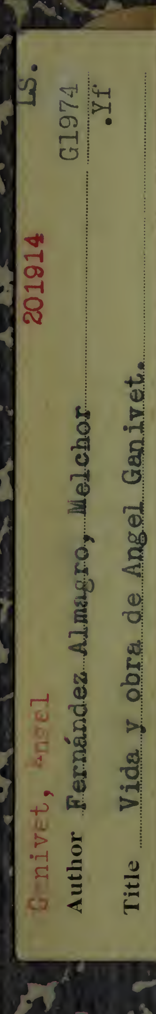
Aparece este libro cuando ya no vive quien asistiera muy de cerca a mi tarea con su estímulo: José de Ciria y Escalante, firme promesa de escritor, ejemplar realidad de amigo. No sabría yo dar por ultimado mi trabajo sin dedicar una oración al alma—nobilísima—de aquel inolvidable camarada, sustraído con veinte años al cariño y a la esperanza de cuantos le conocieron.

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice:	Debe decir:
84	5	Goucourd	Goncourt
112	15	no conoce	reconoce
129	1	contento	contenido
161	24	de	en
178	16	esta :	esto :
180	6	verdad	libertad
263	4	gastos	gustos
275	11	innania	insania

INDICE




LS.
G1974
.Yf
201914
Ganivet, Angel
Author Fernández Almagro, Melchor
Title Vida y obra de Angel Ganivet.

